

CIENCIA FICCION SELECCION 33

ePUB

En esta selección se incluye *Los asutra*, de Jack Vance, la tercera y última novela de la trilogía de Durdane o del Anomo. Tanto *Los asutra* como las otras dos novelas del ciclo (*El hombre sin rostro*, Ciencia ficción 21, y *Los Valerosos Hombres Libres*, Ciencia ficción 29) constituyen bloques narrativos autónomos y admiten lecturas independientes, si bien el escenario cósmico y los protagonistas son los mismos.

Este es el quinto volumen que dedicamos a Vance, el maestro indiscutido de la ciencia ficción exótica y aventurosa, pues aparte de las citadas novelas hemos publicado también sus mejores novelas cortas (seleccionadas por el propio autor) en dos antologías: *Lo mejor de Jack Vance* (Libro Amigo 516) y *Estación de Abercrombie* (Libro Amigo 547).

Completan la selección sendos relatos de Fritz Leiber y Edward Wellen, como de costumbre procedentes de la prestigiosa revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada como la mejor del mundo en su género.



VV. AA.

Ciencia ficción. Selección 33

ePub r1.0

viejo_oso 19.02.14

Título original: *Ciencia ficción. Selección 33*

VV. AA., 1978

Traducción: José M. Pomares

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación: *El fin de un ciclo*, Carlo Frabetti.

Los asutra (The Asutra), Jack Vance, 1973.

Los comedores de lotos (The Lotus Eaters), Fritz Leiber, 1972.

Los androides no lloran (Androids Don't Cry), Edward Wellen, 1973.

PRESENTACIÓN

El fin de un ciclo

Con Los asutra termina el ciclo de Durdane —o del Anomo— de Jack Vance. Las tres novelas que lo integran (El Hombre sin Rostro, Ciencia ficción 21, y Los Valerosos Hombres Libres, Ciencia ficción 29, además de Los asutra) constituyen bloques narrativos bien delimitados y admiten lecturas independientes, si bien el escenario general y los protagonistas son los mismos.

Este es, por otra parte, el quinto volumen que dedicamos a Vance, pues aparte de las citadas novelas hemos publicado también sus seis mejores novelas cortas (seleccionadas por el propio autor) en dos antologías: Lo mejor de Jack Vance (Libro Amigo 516) y La estación de Abercrombie (Libro Amigo 547).

Los asutra es probablemente la mejor novela de la trilogía, y una de las obras más logradas del autor. La peculiar habilidad de Vance para evocar ambientes y situaciones de una sutil extrañeza se complementa aquí con la cuidada definición de unos personajes complejos y enigmáticos —sobre todo el protagonista Etwane y el terrestre Ifness—, sumidos en un aura de inaprensible melancolía muy parecida a la que rodea a los personajes kafkianos.

Para quien no haya leído las dos primeras novelas de la trilogía, se incluye una sinopsis realizada por el propio autor, que ayudará al lector a situarse en el lugar y el momento de la saga de Etwane.

Pero para situarse en la remota psicología de los personajes, en la peculiar tensión de las situaciones, en los casi surrealistas paisajes anímicos evocados, el lector no contará con ayuda alguna. Como el del propio Etzwane, su «viaje» será una experiencia desconcertante y solitaria.

CARLO FRABETTI

LOS ASUTRA

Jack Vance

Sinopsis de los libros I y II

El mundo Durdane está más allá del trémulo muro de estrellas conocido como Schiafarilla Cluster. Los habitantes de Durdane han perdido contacto, desde hace mucho tiempo, con los mundos de la Tierra y están sólo vagamente al tanto de que puedan existir otros lugares humanos.

Durdane es un planeta grande. Su enorme territorio Caraz está habitado sólo por unos pocos bárbaros. Al este de Caraz hay un segundo continente más pequeño, integrado por Shant al norte, Palasedra al sur y el Gran Pantano de Sal en el medio.

Shant, que es la región más civilizada de Durdane, es una confederación de 62 cantones gobernados por un solo hombre, el Anomo (u Hombre sin Rostro), cuya identidad es conocida solamente por sí mismo. Todo ciudadano de Shant lleva un collar, que contiene una carga de dexax, que el Anomo puede hacer explotar, si quiere, por medio de un impulso codificado de ondas de radio. Esta posibilidad suya, junto al incógnito, da al Anomo su autoridad indiscutida.

En el centro de Shant están las montañas Hwan, territorio de una especie misteriosa y semihumana conocida como roguskhoi. Periódicamente éstos salen a saquear, matar y capturar. Su lujuria es insaciable: pueden dejar embarazadas a mujeres de cualquier edad con homúnculos pequeñísimos, que rápidamente crecen y aumentan las hordas de roguskhoi.

Los roguskhoi son un motivo de terror y de perplejidad. ¿Cuál fue su origen? ¿Quién los llevó a Shant y para qué? Mucha gente sospecha de Palasedra, pero no hay pruebas claras que sustenten esa opinión. Otras preguntas son tan misteriosas como el resto. ¿Por qué Anomo ignora a esas horrendas criaturas? ¿Por qué transige? ¿Por qué no ha tomado una acción decisiva contra los roguskhoi?

Gastel Etwane, músico, con Ifness, miembro del Instituto Histórico de la Tierra, intentan contestar esas preguntas. A través de una serie de hechos

decisivos Etwane se convierte en Anomo y apresaa a su antecesor, Sajarano de Sershan. Ifness ha olvidado, sin embargo, la primera regla de su Instituto: un Miembro no debe interferir en los asuntos del mundo que estudia. A Ifness se le pide que abandone Durdane, y así Etwane debe afrontar una tremenda carga de responsabilidades.

Etwane interroga largamente a Sajarano; éste se rehúsa a justificar su peculiar apatía, excepto para señalar que los roguskhoi no son en verdad una gran amenaza y que el esfuerzo que requeriría derrotarlos no sería proporcionado a los beneficios que pueda reportar la interrupción de sus saqueos.

Etwane rechaza tales argumentaciones como irreales y decreta la guerra, movilizandoo a los cantones de Shant. Pero, como Sajarano había pronosticado, la gente de Shant responde en forma indolente; durante demasiado tiempo se había confiado a la omnipotencia del Anomo.

El Discriminador Jefe (es decir, el director de la policía secreta) es Aun Sarah, un hombre refinado y astuto de quien Etwane desconfía. Etwane desplaza a Aun Sarah de su alto puesto y lo designa Director de Obtención de Materiales, para el disgusto de Aun Sarah.

Shant tiene una provisión deficiente de metales. Los técnicos no pueden fabricar ni armas energéticas ni maquinaria de propulsión. Los viajes se hacen a pie, o por carro de mano, o por medio de globos que atraviesan Shant a lo largo y a lo ancho, enlazados por cables que corren a lo largo de hendeduras. En cierta época Etwane sirvió como trabajador en el servicio de globos, pero escapó en el Cruce Angwin, con la ayuda involuntaria de un tal Jerd Finnerack. Etwane recuerda a Finnerack como una persona leal, en quien se podía confiar, y descubre con desaliento que Finnerack ha sido enviado al odiado Campo Tres, para opositores recalcitrantes, en el cantón Glaiy.

Etwane rescata a Jerd Finnerack, pero descubre que la persona excelente del Cruce Angwin se ha convertido en un hombre amargado, que alienta un rencor tremendo contra el sistema que le ocasionó tanto sufrimiento. Finnerack accede sin entusiasmo a convertirse en el segundo de Etwane. Asimismo Etwane recluta para su servicio a Dystar, que es un músico

distinguido, y a Mialambre:Octagon, un jurista más bien pedante. Dystar es el padre de Etwane, pero Dystar mismo ignora esa relación.

Hechos inexplicables ocurren entonces. Sajarano de Sershan desaparece del palacio y su cadáver es hallado en un bosque cercano. Etwane queda afectado y deprimido por la muerte de Sajarano. Entretanto las depredaciones de los roguskhoi son más y más destructivas. La nueva milicia les presenta batalla, pero como carece de armas adecuadas sufre una serie de derrotas desmoralizantes.

Sin embargo, en Garwiy los técnicos han creado una nueva arma de energía, que confían habrá de decidir la batalla contra los roguskhoi. Etwane toma una decisión difícil pero necesaria: la producción de collares explosivos deberá ser interrumpida para facilitar la construcción de las nuevas armas. Es una decisión de largo alcance, que preocupa a los integrantes más conservadores de su equipo. Pero antes de que las armas puedan ser entregadas en cantidades adecuadas, los roguskhoi lanzan ataques masivos contra los cantones de la costa Norte.

Los roguskhoi sufren su primera derrota. La satisfacción de Etwane queda manchada por la casi certeza de que alguien entre sus íntimos es un traidor, que por razones difíciles de suponer intriga para la derrota de Shant. ¿Puede ser Dystar? ¿Finnerack? ¿Aun Sarah? ¿Mialambre? Solamente Aun Sarah dio a Etwane algún motivo de sospecha, y buena parte de ella es sólo la consecuencia de la personalidad refinada de Aun Sarah. La prueba cierta no existe. Etwane recuerda a Sajarano y su incomprensible conducta.

Se crea un cuerpo de guerreros especiales: hombres que ya no usan collares. Éstos son los Valerosos Hombres Libres de Shant. Y Etwane quita también los collares de los cuellos de su equipo más cercano: claramente, ha terminado una época.

Finnerack toma el mando de los Valerosos Hombre Libres y también de los Voladores que hostigan a los roguskhoi desde planeadores armados. Los roguskhoi están ahora en retirada; el gran peligro para Shant ha pasado.

Etwane arma una trampa para el traidor: Aun Sarah parece ser culpable. Pero niega vigorosamente la acusación y en verdad demuestra su inocencia. ¿Entonces, quién?

Los roguskhoi se retiran hacia el Sur, a través del Gran pantano de Sal y dentro de Palasedra. Ebrio por la eficacia de sus guerreros, Finnerack insiste en expediciones de castigo contra los paladresanos, que ahora parecen ser los instigadores de la invasión roguskhoi.

Etwane, preocupado por su acusación incorrecta contra Aun Sarah, prohíbe absolutamente tales expediciones. Sin embargo ocurren. Los Duques-Águila de Palasedra amenazan con la guerra contra Shant. Niegan toda responsabilidad respecto a los roguskhoi y exigen que se les envíen emisarios a Palasedra, donde serán provistos de pruebas de sus afirmaciones.

Etwane, Finnerack y Mialambre vuelan a Palasedra, donde para el asombro de Etwane encuentra al terrestre Ifness, tan austero y reservado como siempre.

El Canciller de Palasedra no sólo niega toda responsabilidad sobre los roguskhoi, sino que afirma que éstos fueron llevados a Durdane por una nave espacial y desembarcados en un valle de Palasedra conocido como el Engh; y hacia allí se retiran ahora los roguskhoi.

Etwane, Ifness, Finnerack y Mialambre son transportados en planeador hasta el Engh, donde presencian una tremenda batalla entre los palasedranos y los roguskhoi. La inocencia de Palasedra queda demostrada; la guerra que la imprudencia de Finnerack casi provoca, ha sido evitada.

Unos pocos jefes roguskhoi quedan libres y vuelan hasta el Engh superior, donde les espera una nave espacial. Para asombro de los otros, Finnerack se aparta del grupo y procura embarcar en la nave espacial. Mialambre le reprocha su insana conducta; Finnerack se niega a explicar sus acciones; queda taciturno y se niega a hablar.

En la aldea Chemaoue de Palasedra se resuelven muchos misterios. Las autopistas hechas en cadáveres de los roguskhoi revelan que cada uno de ellos llevaba dentro de sí un *asutra*: una pequeña criatura parásita que actúa como orientador de su anfitrión. Los palasedranos han quitado esa criatura a Finnerack; por tal medio él fue empujado a actos de traición y de provocación. Etwane recuerda a Sajarano y su extraña conducta: también él debió de estar infectado.

La invasión de Shant, si es que eso fue, ha sido rechazada. Pero los

misterios prosiguen. Una civilización capaz de construir y hacer volar naves espaciales debe ciertamente ser capaz de derrotar a los débiles ejércitos de Shant. ¿Por qué, entonces, los roguskhoi con sus armas primitivas?

Ifness tiende a explicar a los roguskhoi como un experimento en la guerra biológica, armas que se reproducen a sí mismas dentro de los cuerpos del enemigo. Si él tiene razón, la invasión de Shant ha sido un experimento casual, la fase preliminar de una campaña mayor, contra su adversario también mayor. ¿Quiénes? ¿El grupo de los mundos terrenales? ¿El universo del Hombre? A falta de información significativa, Ifness se niega a especular.

CAPÍTULO PRIMERO

Los roguskhoi y sus asutra dominantes habían sido expulsados de Shant. Castigados sobre el terreno por los Valerosos Hombres Libres, atormentados desde arriba por los Voladores de Shant, los roguskhoi se habían retirado al sur, a través del Gran Pantano de Sal, entrando en Palasedra. En un valle la horda había sido destruida, y sólo un puñado de jefes escaparon en una notable nave espacial de bronce rojo. Así la invasión de Shant había tenido su fin.

Para Gastel Etwane la victoria trajo sólo una alegría temporal, tras la cual cayó en un estado anímico triste e introspectivo. Se hizo consciente de su gran aversión hacia la responsabilidad y la actividad pública en general; llegó a maravillarse de haber funcionado tan bien como lo hizo. Al volver a Garwiy renunció al Consejo de los Hombres Púrpuras con una rapidez casi ofensiva; se convirtió en Gastel Etwane el músico; sólo eso. Y su espíritu se levantó; se sintió libre e íntegro. Durante dos días continuó ese ánimo. Después se disipó, cuando la pregunta *¿Y ahora qué?* no tuvo respuesta natural ni fácil.

En una nebulosa mañana de otoño, con los tres soles que se desplazan tras sus propios discos de blanco, de rosado y de celeste, Etwane caminó por la avenida Galias. Los árboles de cintas dibujaban bandas purpúreas y grises sobre su cabeza; detrás de él corría el río Jardeen en su viaje hacia el Sualle. Otra gente caminaba también por la avenida Galias, pero ninguno de ellos notó al hombre que hasta poco antes había regido sus vidas. Cuando era Anomo, fue necesario que Etwane evitara la notoriedad; no se hizo conspicuo en ningún acontecimiento. Se movió con toda economía, habló con una voz chata, no utilizó grandes gestos, todo lo cual mostraba una fuerza sombría y desproporcionada para su edad. Cuando Etwane se miraba al espejo, a menudo sentía una discordancia entre su imagen, que era saturnina y hasta triste, con lo que sentía que era su propio yo: una persona atravesada

por dudas, agitada por pasiones, capaz aquí y allá de alegrías irracionales; una persona muy sensible al encanto y la belleza, iluso por la espera de lo inconseguible. Así Etwane se contemplaba atribulado a sí mismo. Sólo cuando interpretaba música sentía converger sus partes incongruentes.

¿Ahora qué?

Hacía tiempo que había dado la respuesta por segura: volvería a formar parte del conjunto de Frolitz y los Verdosos Rosados-Negros-Azules. Ahora no estaba ya tan seguro, y se detuvo a contemplar las ramas de los árboles de cinta que flotaban sobre el río. La vieja música sonaba lejos en su mente, como un viejo que soplara desde su juventud.

Se apartó del río y continuó por la avenida, hasta que llegó a un edificio de tres pisos con vidrios negros y verdeazulados, más unas curvas que colgaban sobre la calle. Era la posada Fontenay lo que trajo a Etwane el recuerdo de Ifness, el terrestre, investigador del Instituto Histórico. Después de la destrucción de los roguskhoi, Ifness y él habían viajado en globo a través de Shant hasta Garwiy. Ifness llevaba una botella que contenía un asutra, extirpado al cadáver de un jefe roguskhoi. La criatura parecía un insecto grande, de unos veinticinco centímetros de largo y la mitad de grosor: un híbrido de hormiga y tarántula, mezclado con algo inimaginable. Seis brazos, cada uno de ellos terminado en tres apéndices, salían del torso. De un lado, globos de una quitina púrpura-marrón protegían el aparato óptico: tres bolas aceitosas y negras, en cavidades profundas rodeadas de pelo. Abajo temblaban los mecanismos de alimentación y un racimo de mandíbulas. Durante el viaje, Ifness golpeó ocasionalmente en el vidrio, ante lo cual el asutra sólo contestaba con un parpadeo de sus órganos ópticos. Etwane creyó que ese escrutinio era irritante; en algún lado dentro de ese torso estarían ocurriendo sutiles procesos: el razonamiento o una operación equivalente, el odio o una sensación análoga.

Ifness se negó a especular sobre la naturaleza del asutra.

—Las suposiciones no tienen valor. Los hechos, tal como los conocemos, son ambiguos.

—Los asutra trataron de destruir a la gente de Shant —dijo Etwane—. ¿No es significativo?

Ifness se limitó a encogerse de hombros y miró a la distancia hacia el Cantón Sombrío. Salieron embarcados en un viento norte, saltando y ladeándose mientras el timón procuraba extraer lo mejor posible del *Conseil*, un aeróstato notoriamente inseguro.

Etzwane intentó otra pregunta.

—Tú examinaste el asutra que quitaste a Sajarano. ¿Qué aprendiste?

Ifness habló con voz mesurada.

—El metabolismo del asutra es poco habitual y está más allá de mi capacidad de análisis. Parecen ser una forma congénitamente parasitaria de vida, a juzgar por el aparato digestivo. No les he descubierto ninguna disposición a comunicarse, o quizá estas criaturas utilizan un método demasiado sutil para mi comprensión. Les gusta el uso del papel y del lápiz y hacen nítidos dibujos geométricos, a veces de considerable complicación, pero no de sentido obvio. Muestran ingenio en la resolución de problemas y parecen ser a un mismo tiempo metódicos y pacientes.

—¿Cómo supiste todo eso? —preguntó Etzwane.

—Inventé pruebas. El asunto se reduce a presentarles incitaciones.

—¿Como cuáles?

—La posibilidad de la libertad. Evitar la incomodidad.

Etwane, ligeramente disgustado, reflexionó en el asunto durante un periodo. Después preguntó:

—¿Qué piensas hacer? ¿Volver a la Tierra?

Ifness miró al cielo color lavanda, como si tomara nota de algún destino lejano.

—Confío en proseguir mis investigaciones; tengo mucho que ganar y poco que perder. Con igual certeza, encontraré el desaliento oficial. Mi jefe superior, Dasconetta, nada tiene para ganar y mucho para perder.

Curioso, pensó Etzwane. ¿Esa era la forma en que andaban las cosas en la Tierra? El Instituto Histórico imponía una disciplina rigurosa a sus miembros, los que disfrutaban de un distanciamiento completo de los asuntos mundiales. Eso sabía de Ifness, de sus antecedentes y de su trabajo. Poca cosa, bien considerado.

El viaje prosiguió. Ifness leyó partes de *Los reinos del viejo Caraz*;

Etwane se mantuvo en un austero silencio. El *Conseil* hizo todo el recorrido; los cantones Erevan, Maiy, Conduce, Jardeen y Rosa Salvaje pasaron por debajo y desaparecieron en la niebla otoñal. El valle del Jardeen se abría por delante, el Ushkadel se levantaba a ambos lados; el *Conseil* voló a través del Valle del Silencio y siguió hasta la Estación del Sur, bajo las torres imponentes de Garwiy.

El personal de la estación arrastró al *Conseil* hasta la plataforma; Ifness se incorporó y con una atenta inclinación de cabeza a Etwane cruzó la plaza.

Con una furia sardónica Etwane vio a aquella figura delgada que desaparecía entre la multitud. Claramente, Ifness procuraba evitar las relaciones, aun las más casuales. Ahora, dos días después, cruzando la avenida Galias, recordó a Ifness. Cruzó la avenida y entró en la posada Fontenay.

El cuarto diurno estaba silencioso; unas pocas figuras estaban sentadas aquí y allá, meditando sobre sus jarros. Etwane fue al mostrador, donde le atendió el mismo Fontenay.

—Bien, he aquí a Etwane el músico. Si usted y su *khitan* están buscando un sitio para actuar, no puede ser. Aquí Master Hesselrode y sus Scarlet Mauve Whitters ocupan el sitio. Lo digo sin ánimo de ofensa: usted es tan bueno como el mejor de ellos. Acepte un jarro de cerveza Rosa Salvaje, gratis.

Etwane alzó el jarro.

—Mis mejores deseos. —Bebió.

La vieja vida no había sido tan mala, después de todo. Miró la habitación. Allí estaba la plataforma baja donde tan a menudo había interpretado música; la mesa donde había encontrado a la adorable Jurjin de Xhiallinen; el rincón donde había esperado al Hombre sin Rostro. En cada sitio había recuerdos que ahora parecían irreales; el mundo se había vuelto sano y normal. Etwane miró a través del cuarto. En un rincón lejano, un hombre alto, de pelo blanco y edad incierta, estaba sentado, haciendo anotaciones en un cuaderno. La luz de uno de los ojos de buey jugaba a su alrededor; mientras Etwane miraba, el hombre alzó una copa a sus labios y bebió un sorbo. Etwane se volvió a Fontenay.

—Ese hombre en el compartimento alejado, ¿quién es?

Fontenay miró a través del salón.

—Es el caballero Ifness. Utiliza mi sitio delantero. Un tipo extraño, severo y solitario, pero su dinero cae como el sudor. Es del Cantón Cope, supongo.

—Creo que conozco al caballero.

Etwane tomó su jarro y atravesó la cámara. Ifness observó que se acercaba, de soslayo, con el rabillo del ojo. Deliberadamente cerró su cuaderno y sorbió de su copa de agua helada. Etwane hizo un saludo correcto y se sentó; si hubiera esperado una invitación, Ifness lo habría dejado de pie.

—Tuve el impulso de acercarme, para recordar nuestras aventuras juntos —dijo Etwane— y te encuentro dedicado a la misma ocupación.

Los labios de Ifness se torcieron.

—El sentimentalismo te desvía. Estoy aquí porque consigo alojamiento conveniente y porque puedo trabajar, habitualmente, sin interrupción. ¿Qué ocurre contigo? ¿No tienes deberes oficiales que te ocupen?

—Ninguno en absoluto. He renunciado a mi conexión con los Hombres Púrpura.

—Te has ganado la libertad —respondió Ifness con monotonía nasal—. Te deseo que la disfrutes. Y ahora...

Con precisión significativa arregló su cuaderno.

—No estoy reconciliado con el ocio —agregó Etwane—. Se me ocurre que yo podría trabajar contigo.

Ifness arqueó las cejas.

—No estoy seguro de comprender tu propuesta.

—Es bastante simple —explicó Etwane—. Tú eres un miembro del Instituto Histórico; haces investigaciones en Durdane y en otros lados; podrías utilizar mi colaboración. Ya hemos trabajado juntos antes; ¿por qué no podríamos seguir haciéndolo?

Ifness replicó con una voz crispada.

—La idea no es práctica. Mi trabajo, en su mayor parte, es solitario y ocasionalmente me lleva fuera del planeta, lo cual, desde luego...

Etwane levantó la mano.

—Ese es precisamente mi objetivo —declaró, aunque la idea no se le había formado antes en términos tan concretos—. Conozco muy bien Shant, he viajado por Palasedra; Caraz es una región salvaje, estoy ansioso por visitar otros mundos.

—Ésas son inclinaciones naturales y normales —replicó Ifness—. Sin embargo, debes hacer dos arreglos.

Etwane tomó su cerveza meditando. Ifness le miraba de soslayo, con rostro pétreo. Etwane preguntó:

—¿Todavía estudias los asutra?

—Sí.

—¿Crees que todavía no han terminado con Shant?

—No estoy convencido de nada —Ifness habló con su monotonía didáctica—. Los asutra probaron un arma biológica contra los hombres de Shant. Las armas, es decir, los roguskhoi, fracasaron por torpeza de ejecución, pero sin duda sirvieron un propósito; ahora los asutra están mejor informados. Pueden continuar sus experimentos, utilizando armas diferentes. Por otro lado, pueden decidir eliminar totalmente la presencia humana de Durdane.

Etwane no tuvo comentario que hacer. Vació su jarro y a pesar de la desaprobación de Ifness hizo una seña a Fontenay para que se lo volviera a llenar.

—¿Estás tratando aún de comunicarte con los asutra?

—Están todos muertos.

—Y no has hecho ningún progreso.

—Esencialmente ninguno.

—¿No planeas capturar otros?

Ifness le dedicó una fría sonrisa.

—Mis objetivos son más modestos de lo que tú supones. Estoy preocupado principalmente por mi posición en el Instituto, es decir, porque pueda disfrutar de mis prerrogativas acostumbradas. Ten en cuenta que tus intereses y los míos coinciden en muy pocos puntos.

Etwane frunció el ceño y tamborileó con sus dedos sobre la mesa.

—¿Preferirías que los asutra no destruyan Durdane?

—Como ideal abstracto, aceptaré esa propuesta.

—La situación misma no es abstracta —puntualizó Etwane—. ¡Los roguskhoi han matado a miles! Si triunfan aquí, pueden proseguir atacando los mundos de la Tierra.

—La tesis es bastante amplia —dijo Ifness—. La he planteado como una posibilidad. Mis asociados se inclinan, sin embargo, a otras opiniones.

—¿Pero cómo puede haber duda? Los roguskhoi son instrumentos agresivos.

—Así parece, pero ¿contra quién? ¿Los mundos de la Tierra? Ridículo, ¿cómo podrían enfrentarse con una tecnología bélica civilizada?

Ifness hizo un gesto abrupto.

—Y ahora discúlpame. Un cierto Dasconetta afirma su status a mi costa, y debo considerar ese asunto. Fue un placer haberte visto...

Etwane se inclinó hacia adelante.

—¿Has hallado el mundo natural de los asutra?

Ifness movió su cabeza con impaciencia.

—Puede ser uno en veinte mil, quizá fuera del centro de la galaxia.

—¿No deberíamos localizar ese mundo, estudiarlo estrechamente?

—Sí, sí, desde luego —Ifness abrió su cuaderno.

Etwane se incorporó.

—Te deseo éxito en tu lucha por el status.

—Gracias.

Etwane volvió a través del salón. Bebió otro jarro de cerveza, mirando hacia atrás nuevamente a Ifness, quien serenamente tomaba agua helada y hacía apuntes en el cuaderno.

Etwane dejó la posada Fontenay y continuó hacia el norte, al lado del Jardeen, estudiando una posibilidad que Ifness mismo podría no haber considerado... Volvió hacia un lado en la avenida de los Gorgones Púrpura, donde cogió una diligencia hacia la plaza Corporación. Pasó junto a Jurisdiccional y subió hasta las oficinas del Departamento de Inteligencia en el segundo piso. El director era Aun Sharah, un hombre apuesto, sutil y de hablar suave, que poseía la inclinación de un esteta hacia la elegancia casual.

Hoy vestía un fino manto gris sobre un traje azul-medianoche; un zafiro-estrella colgaba de su oreja izquierda mediante una cadena de plata. Saludó a Etwane afablemente, pero con una cierta distancia que reflejaba sus diferencias previas.

—Entiendo que usted es ahora nuevamente un ciudadano común —dijo Aun Sharah—. La metamorfosis fue repentina. ¿Ha sido completa?

—Absolutamente. Soy una persona diferente. Si pienso en el año pasado, me asombro de mí mismo.

—Ha asombrado a mucha gente —dijo Aun Sharah con una voz seca—. Incluyéndome a mí. —Se tiró hacia atrás en la silla—. ¿Y ahora qué? ¿Otra vez la música?

—Todavía no. Estoy indeciso e inquieto, y ahora estoy interesado en Caraz.

—El tema es amplio —dijo Aun Sharah con su manera medio bromista—. Sin embargo, tiene usted la vida por delante.

—Mi interés no es global —aclaró Etwane—. Sólo me pregunto si los roguskhoi han sido alguna vez vistos en Caraz.

Aun Sharah miró reflexivamente a Etwane.

—Parece que su etapa como ciudadano privado ha llegado rápidamente al final.

Etwane ignoró ese comentario.

—Éstas son mis ideas: los roguskhoi fueron probados en Shant y quedaron derrotados. Eso es lo que sabemos. ¿Pero, qué ocurre con Caraz? Quizá fueron originalmente lanzados en Caraz; quizá una nueva horda se está formando. Hay una docena de posibilidades, incluyendo la de que no haya ocurrido nada.

—Es cierto —dijo Aun Sharah—. Nuestras informaciones son estrictamente locales. Pero, por otro lado, ¿qué podemos hacer? Debemos esforzarnos para cubrir el trabajo que ya se nos requiere.

—En Caraz las noticias circulan por los ríos. En los puertos, los marineros se enteran de sucesos ocurridos tierra adentro. ¿Qué ocurriría si usted situara a sus hombres en los muelles y en las tabernas del puerto y procurara enterarse de las novedades sobre Caraz?

—La idea es valiosa —decidió Aun Sharah—. Voy a dar esa orden. Tres días bastarán, por lo menos, para un examen preliminar.

CAPÍTULO II

El muchacho delgado, oscuro y solitario que se había dado a sí mismo el nombre de Gastel Etwane^[1] se había convertido en un joven de mejillas hundidas con una mirada intensa y luminosa. Cuando Etwane interpretaba música, las comisuras de su boca ascendían hasta dar una melancolía poética a sus rasgos habitualmente tristes; por otro lado, su porte era tranquilo y controlado más allá de lo común. Etwane no tenía amigos íntimos, excepto quizá el viejo músico Frolitz, que lo tenía por loco...

Al día siguiente de su visita al despacho, recibió un mensaje de Aun Sarah. «La investigación ha rendido información inmediata, en la que estoy seguro estará interesado. Por favor, llámeme cuando pueda.»

Etwane fue inmediatamente.

Aun Sarah lo llevó hasta una cámara alta, en una de las cúpulas del sexto nivel. Lentes de vidrio, de más de un metro de grosor, de un color verde claro, moderaban la luz lavanda del sol e intensificaban los colores de la alfombra del Cantón Glirris. En la habitación había una sola mesa, de unos siete metros de diámetro, en la que se apoyaba un enorme mapa en relieve. Al acercarse, Etwane vio una representación de Caraz sorprendentemente detallada. Las montañas estaban construidas con ámbar pálido del Cantón Faible, más el cuarzo incrustado para indicar la presencia de la nieve y del hielo. Hilos de plata y cintas figuraban los ríos; las planicies eran de pizarra gris-púrpura; tejidos de diversas clases y colores representaban bosques y pantanos. Shant y Palasedra aparecían como islas incidentales, sobre el lado oriental.

Aun Sarah caminó lentamente hacia el borde norte de la mesa.

—Anoche —dijo— un Discriminador local^[2] trajo a un marino de los muelles de Gyrmont. Contó una historia bastante extraña, que había escuchado de un barquero en Erbol, aquí en la boca del río Keba.

Aun Sarah puso un dedo sobre el mapa.

—El barquero había llevado una carga de sulfuro desde esta zona —Aun Sarah tocó un punto situado a tres mil kilómetros de la costa— que se llama Burnoun. Acá hay un poblado, Shillinsk, que no está indicado en el mapa. En Shillinsk el barquero habló con comerciantes nómadas del Oeste, pasando estas montañas, las Kuzi Kaza...

Etwane volvió en una diligencia a la posada Fontenay, encontrando a Ifness en la puerta. Ifness le hizo un saludo distante y habría seguido su camino si Etwane no se hubiera puesto frente a él.

—Sólo necesito un momento de tu tiempo.

Ifness se detuvo, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres?

—Tú mencionaste a un tal Dasconetta. ¿Es una persona con autoridad?

Ifness le miró de soslayo.

—Ocupa un puesto de responsabilidad, sí.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con Dasconetta?

Ifness reflexionó.

—En teoría, hay varios métodos. En la práctica, tendrás que hacerlo a través de mí.

—Muy bien, ten la amabilidad de ponerme en contacto con Dasconetta.

Ifness dejó oír una risita ahogada y fría.

—Las cosas no son tan simples. Te sugiero que prepares una breve exposición del asunto. Eso deberás darme. En su momento yo entraré en contacto con Dasconetta y podré transmitir tu mensaje, suponiendo, naturalmente, que yo no lo encuentre tendencioso ni trivial.

—Está todo muy bien —replicó Etwane—, pero el asunto es urgente. Es seguro que se quejará de cualquier demora.

Ifness habló con voz mesurada.

—Dudo de que puedas predecir las reacciones de Dasconetta. El hombre hace gala de ser imprevisible.

—Sin embargo, creo que prestará una atención seria a mi asunto —persistió Etwane—, especialmente si le preocupa el prestigio. ¿No hay forma de comunicarme directamente con él?

Ifness hizo un gesto de cansada resignación.

—Bien, entonces, en pocas palabras, ¿cuál es tu propuesta? Si el asunto es urgente, podré por lo menos aconsejarte.

—Comprendo —dijo Etwane—. Pero tú estás preocupado con la investigación; dejaste claro que no cooperarías conmigo, que carecías de autoridad, e insinuaste que todo debe quedar referido a Dasconetta. Por tanto, el camino racional es discutir mi asunto con Dasconetta inmediatamente.

—Has interpretado mal mis palabras —dijo Ifness, levantando un poco la voz—. Dije que no tenía sitio para ti en mi equipo y que no podría acompañarte en una gira por los mundos de la Tierra. No indiqué que mi autoridad fuera insuficiente o que yo estuviera subordinado a Dasconetta en ningún sentido, salvo el que pueda imponer algún tecnicismo administrativo. Por tanto, ¿cuál es el asunto que tanto te ha excitado?

Etwane habló sin énfasis.

—Un informe de Caraz ha llegado hasta mí. Puede no ser más que un rumor, pero creo que debe ser investigado. Para ello necesito un vehículo rápido que estoy seguro que Dasconetta podrá proveer.

—¡Ajá! Bien, bien ciertamente. ¿Y cuál es la naturaleza de ese rumor?

Etwane continuó con una voz llana.

—Los roguskhoi han aparecido en Caraz. Son una horda considerable.

Ifness asintió ligeramente.

—Continúa.

—La horda luchó contra un ejército de hombres, que presuntamente utilizaban armas energéticas. Aparentemente, los roguskhoi fueron derrotados, pero aquí el rumor se vuelve inseguro.

—¿Cuál es la fuente de esa información?

—Un marinero que se lo escuchó decir a un barquero de Caraz.

—¿Dónde ocurrió eso?

—¿Qué más da eso? —exclamó Etwane—. Sólo estoy pidiendo un vehículo adecuado para investigar el asunto.

Ifness habló gentilmente, como si lo hiciera con una criatura irracional.

—La situación es más compleja de lo que tú supones. Si tú llegaras a pedir esto a Dasconetta, o a algún otro de Coordinación, simplemente me devolverían a mí el tema, con algún comentario suspicaz sobre mi

competencia. Además, tú conoces las procripciones que afectan a los Miembros del Instituto: nunca interferimos con los asuntos locales. He violado ese precepto, desde luego, pero hasta ahora he podido justificar mis actos. Si yo te permitiera plantear tu solicitud ante Dasconetta, me creerían no sólo irresponsable, sino tonto. No hay forma de evitarlo. Admito que el rumor es significativo, y cualesquiera que sean mis inclinaciones personales, no puedo ignorarlo. Volvamos a la taberna; ahora te pido toda la información objetiva.

La discusión continuó durante una hora: Etwane, persistente y correcto; Ifness, formal, racional e impenetrable como un bloque de vidrio. Bajo ninguna circunstancia intentaría procurar a Etwane un vehículo como el que deseaba.

—En ese caso —replicó Etwane— seguiré adelante con un transporte menos eficaz.

Esa declaración sorprendió a Ifness.

—¿Realmente intentas aventurarte hasta Caraz? Un viaje semejante te puede llevar dos o tres años..., suponiendo que mantengas la supervivencia, día tras día.

—He tenido en cuenta todo eso —confirmó Etwane—. Naturalmente que no iré a pie hasta Caraz. Tengo la intención de volar.

—¿En globo? ¿En planeador? —Ifness alzó las cejas—. ¿A través de las regiones salvajes de Caraz?

—Hace tiempo que la gente de Shant construyó un aparato combinado, el llamado «Farway». El fuselaje y el apoyo de las alas se hacen con gas inflado; las alas son largas y flexibles. Ese vehículo es lo bastante pesado como para deslizarse, pero lo bastante liviano como para levantarse en un soplo.

Ifness jugó con una cadena de plata.

—¿Y una vez que descendas?

—Soy vulnerable, pero no estoy indefenso. Un hombre solo puede embarcarse en un planeador común, pero debe esperar por el viento. El

«Farway» se levanta con una suave brisa. El viaje será un riesgo, lo admito.

—¿Un riesgo? Un suicidio, más bien.

Etwane asintió sobriamente.

—Yo preferiría utilizar un vehículo con energía, como el que Dasconetta podría aportar.

Ifness dibujó con la cadena de plata una mueca petulante.

—Vuelve aquí mañana. Arreglaré tu transporte aéreo. Estarás bajo mis órdenes.

Para la gente de Shant, los problemas del cantón vecino no eran importantes; Caraz estaba tan lejos como Schiafarilla^[3] y no era tan visible. Etwane, músico, había viajado por todas las regiones de Shant y era más amplio en sus puntos de vista; sin embargo, Caraz no era para él nada más que una lejana región de planicies ventosas, montañas y precipicios de una escala incomprensible. Los ríos de Cazar se esparcían sobre vastos llenos en una corriente demasiado ancha para ser vista totalmente de una orilla a la otra. Nueve mil años antes, Durdane había tenido sus fugitivos, recalcitrantes y disidentes; los más bravos e irredimibles habían volado a Caraz para perderse para siempre. Sus descendientes todavía vagaban por aquellas soledades.

A mediodía Etwane volvió a la posada Fontenay, pero no encontró rastro de Ifness. Pasó una hora y después otra. Salió a la calle y comenzó a pasear arriba y abajo por la avenida. Su ánimo era plácido, aunque cargado. La irritación contra Ifness, concluyó, era contraproducente. Igual daba sentir rabia contra los tres soles.

Ifness apareció finalmente, por la avenida Galias, desde el lado de Sualle. Su cara era meditativa; por un momento pareció que seguiría de largo frente a Etwane, sin darse cuenta, pero en el último momento se detuvo.

—Tú querías ver a Dasconetta —dijo Ifness—. Eso harás. Espera aquí, no tardaré más que un momento.

Entró en la taberna. Etwane miró al cielo cuando un grupo de nubes pasaba frente a los soles; cierta oscuridad se extendía sobre la ciudad. Etwane frunció el entrecejo y tuvo un ligero estremecimiento.

Ifness volvió, vistiendo una capa negra que flameaba dramáticamente con su paso.

—Ven —dijo Ifness, y tomó por la avenida. Etwane, pensando afirmar su dignidad, no hizo ningún movimiento para seguirlo.

—¿Dónde?

Ifness se dio la vuelta, con ojos relampagueantes. Habló con una voz firme.

—En una empresa conjunta, cada una de las partes debe aprender lo que puede esperar de la otra. De mí puedes esperar información adecuada a las necesidades del momento; no te abrumaré con demasiadas explicaciones. De ti yo esperaré lucidez, discreción y responsabilidad. Ahora vamos al Cantón Rosa Salvaje.

Etwane sintió que había ganado por lo menos una concesión menor y caminó silenciosamente junto a Ifness hasta la estación de los globos.

El globo *Karmoune* se acercó a los hombres; inmediatamente Ifness y Etwane saltaron sobre la góndola y la gente del equipo liberó el lastre; el globo subió. El manubrio giró con el viento; el *Karmoune* se encaminó hacia el sur, con el carrito inferior cantando en la hendedura.

Volaron a través de la Apertura Jardeen, con el Ushkadel mostrando su bulto a ambos lados. Etwane miró el palacio de los Sershans, brillando a través del bosque de cipreses. Los valles del Cantón Rosa Salvaje se extendían ante ellos, y así llegaron a la ciudad Jamilo. El *Karmoune* mostró un semáforo color naranja; el equipo de tierra afirmó el carrito inferior y lo llevó hasta el depósito, atrayendo el *Karmoune* hasta la plataforma de desembarque. Ifness y Etwane descendieron y el primero llamó una diligencia. Dio a su conductor una orden breve; los dos subieron y el *pacer*^[4] emprendió su camino.

Durante media hora recorrieron el valle de Jardeen, pasando los sitios campestres de los Estetas Garwiy^[5] y después un jardín de plantas de fresas hasta una vieja mansión. Ifness habló con voz mesurada.

—Te harán preguntas. No puedo sugerirte las respuestas, pero debes ser breve y no agregar información.

—Nada tengo que ocultar —dijo Etzwane, en forma casi cortante—. Si me preguntan, puedo contestar como me lo indique mi mejor criterio.

Ifness nada respondió.

La diligencia se detuvo a la sombra de una torre de vigía hecha al viejo estilo. Ambos hombres descendieron; Ifness indicó el camino a través de un jardín, después un patio pavimentado, hasta el vestíbulo delantero de la mansión. Se detuvo e indicó a Etzwane que lo hiciera. No se oía sonido alguno; la casa parecía desierta. El aire olía a polvo, a madera seca, a barniz. Un rayo de luz vespertina partía de una ventana alta y jugueteaba sobre el pálido retrato de la criatura vestida con ropas de otra época.

En el extremo del corredor apareció un hombre. Por un momento se detuvo a mirar; después dio un paso adelante. Ignorando a Etzwane, habló a Ifness en un suave lenguaje rítmico, a lo cual Ifness dio una breve respuesta. Ambos se movieron y pasaron a través de un portal; Etzwane les siguió, hasta una habitación alta, de doce lados, con paneles de madera marrón, iluminada por seis ojos de buey en vidrio púrpura. Etzwane examinó al hombre con tranquilo interés. ¿Podría éste ser Dasconetta, viviendo como un espectro en esta casa antigua? Era extraño, si no increíble. Era un hombre de cuerpo fuerte y mediana estatura, de movimientos abruptos, pero firmemente controlados. Un mechón de pelo negro avanzaba a través de su frente alta y prominente, cubría los lados y rodeaba las orejas. La nariz y el mentón eran pálidos; su boca casi no mostraba labios. Después de un solo vistazo de sus ojos negros, no prestó a Etzwane mayor atención.

Ifness y Dasconetta (si ésta era su identidad) hablaron con frases medidas, Ifness declarando, Dasconetta escuchando. Etzwane se acomodó en un banco de madera de alcanfor y contempló la conversación. Claramente no había amistad entre ambos hombres. Ifness no estaba a la defensiva, pero sí cauteloso; Dasconetta escuchaba con atención, como si verificara cada palabra contra algún dato previo o contra algún punto de vista. En cierto momento Ifness se volvió parcialmente hacia Etzwane, como para indicar una corroboración o subrayar algún hecho especial; Dasconetta lo detuvo con una

palabra imperativa.

Ifness presentó algún pedido, que Dasconetta rechazó. Ifness insistió y entonces Dasconetta hizo algo extraño: fue un poco más atrás y por algún método desconocido puso a la vista un panel cuadrado de poco más de un metro de lado, compuesto de un millar de formas blancas y grises. Ambos examinaron el panel cuadrado, que relampagueaba en negro, gris y blanco. Dasconetta se volvió para encarar a Ifness con una tranquila sonrisa.

La conversación se prolongó otros cinco minutos. Dasconetta dijo la frase final; Ifness se dio la vuelta y se fue del cuarto. Etwane le siguió:

Ifness marchó silenciosamente de vuelta a la diligencia. Etwane, controlando su enojo, preguntó:

—¿Qué has sabido?

—Nada nuevo. El grupo político no aprueba mis planes.

Etwane miró hacia atrás a la vieja mansión, preguntándole por qué Dasconetta habría elegido instalar allí su cuartel general. Preguntó:

—Y entonces ¿qué debe hacerse?

—¿Con qué?

—Con el vehículo que nos lleve a Caraz.

Ifness dijo con displicencia:

—Ésa no es mi preocupación principal. El transporte puede arreglarse si es necesario y cuando lo sea.

Etwane luchó para mantener una voz tranquila.

—¿Y cuál es entonces tu «preocupación principal»?

—He sugerido una investigación por otras agencias que no sean el Instituto Histórico. Dasconetta y su grupo no quieren arriesgarse a una adulteración del ambiente. Como has visto, Dasconetta era capaz de manipular para obtener un consenso.

—¿Qué ocurre con Dasconetta? ¿Vive permanentemente aquí en Rosa Salvaje?

Ifness se permitió dejar asomar una leve sonrisa a sus labios.

—Dasconetta está muy lejos, más allá de Schiafarilla. Tú viste a su simulacro; él habló con el mío. El asunto se realiza mediante un método científico.

Etwane miró hacia atrás, a la mansión.

—¿Y quién está allí?

—Nadie. Esto corresponde a una estructura similar en el mundo Glantzen Cinco.

Subieron a la diligencia, que se encaminó hacia Jamilo.

Etwane dijo:

—Tu conducta es incomprensible. ¿Por qué afirmaste que no podrías llevarnos a Caraz?

—No afirmé tal cosa —replicó Ifness—. Hiciste una falsa deducción, de la cual no tengo la culpa. En cualquier caso, la situación es más complicada de lo que tú supones, y debes estar preparado para las sutilezas.

—¿Sutileza o engaño? —exigió Etwane—. El efecto parece ser el mismo.

Ifness levantó una mano.

—Explicaré la situación, aunque sólo sea para detener tus reproches... He conferenciado con Dasconetta, no para persuadirlo ni para pedirle transporte, sino para provocarle a aceptar una política incorrecta. Ha cometido ese error y, además, obtuvo el consenso mediante el uso de información incompleta y subjetiva. El camino está ahora abierto para una demostración que quitará el terreno debajo de sus pies. Cuando ahora yo haga una investigación, actuaré fuera de los Procedimientos Habituales, lo que habrá de desconcertar a Dasconetta y colocarlo en un dilema. Deberá comprometerse aún más a una posición obviamente incorrecta o realizar un retroceso humillante.

Etwane dejó escapar un gruñido.

—¿Y Dasconetta no ha considerado todo eso?

—Creo que no. Difícilmente habría pedido un consenso y discutido desde una posición tan rígida; él se siente seguro de su posición, que está basada en las Reglas del Instituto; me imagina irritado y constreñido. La verdad es lo contrario: ha abierto la puerta a una serie de perspectivas prometedoras.

Etwane se sintió incapaz de compartir el entusiasmo de Ifness.

—Solamente si la investigación rinde resultados significativos.

Ifness se encogió de hombros.

—Si los rumores son incorrectos, no estaré peor que antes, excepto por el

estigma de ese consenso, que en todo caso, Dasconetta planeó.

—Ya veo... ¿Por qué me llevaste hasta ese encuentro?

—Confié en que Dasconetta podría interrogarte, para ponerme en una posición más incómoda. Prudentemente, decidió no hacerlo.

—Hmmm.

Etwane no se sintió halagado por el papel que Ifness le había adjudicado.

—¿Y ahora qué planeas?

—Intento estudiar los acontecimientos que han ocurrido en Caraz. El asunto me desconcierta. ¿Por qué los asutra prueban nuevamente a los roguskhoi? Son una idea errónea, ¿por qué mostrarla una segunda vez? ¿Quiénes son los hombres que han utilizado armas energéticas en esa rumoreada batalla? Ciertamente no eran de Palasedra; ciertamente no eran de Shant. Hay un misterio allí; confieso que me siento tentado. Así que, infórmame exactamente: ¿dónde habría ocurrido ese encuentro? Reuniremos nuestras fuerzas para esta investigación especial.

—Cerca del poblado Shillinsk, junto al río Keba.

—Esta noche verificaré mis referencias. Mañana partiremos. No cabe ya la demora.

Etwane quedó silencioso. La realidad de la situación le enfrentaba ya; tuvo una sensación de temor y de presentimiento. Con una voz pensativa dijo:

—Estaré listo.

Más tarde, esa noche, Etwane llamó otra vez a Aun Sharah, quien no manifestó sorpresa al enterarse de los planes de Etwane.

—Puedo aportar una pizca, no, dos pizcas, de información. La primera es negativa, porque hemos hablado con marineros de otras costas de Caraz. Ninguno mencionó a los roguskhoi. La segunda es un informe más bien vago sobre naves espaciales, que habrían sido vistas en la región Orgai, al oeste de Kuzi Kara. El informe sólo dice eso. Le deseo buena suerte y esperaré ansiosamente su vuelta. Comprendo sus motivos, pero dudo de que éstos pudieran convencerme para un viaje hasta el Caraz central.

Etwane dejó oír un chasquido.

—Por el momento no tengo nada mejor que hacer.

CAPÍTULO III

Etwane llegó temprano a la posada Fontenay. Vestía un traje grueso de color gris, una chaqueta impermeable contra las neblinas y lluvias de Caraz, botas de cuero hasta los tobillos. En su bolso llevaba el arma energética que Ifness le había dado mucho tiempo antes.

Ifness no estaba en el local. Otra vez Etwane se paseó arriba y abajo por la avenida. Pasó una hora; después una diligencia se detuvo junto a él. El conductor hizo una seña.

—¿Es usted Gastel Etwane? Por favor, venga conmigo.

Etwane examinó al hombre con sospecha.

—¿Dónde?

—A un sitio al norte de la ciudad; ésas son mis instrucciones.

—¿Quién se las ha dado?

—Un tal Ifness.

Etwane subió a la diligencia. Fueron hacia el norte junto al estuario del Jardeen, que después se ampliaba para convertirse en el Sualle. La ciudad quedó atrás; siguieron un camino del muelle, a través de un terreno desagradable con cascajos, ortigas, cobertizos, depósitos y algunas cabañas. En una casa antigua, construida con ladrillos estropeados, la diligencia se detuvo. El conductor hizo una seña; Etwane descendió. La diligencia se volvió por donde había venido.

Etwane llamó a la puerta de la casa, sin obtener respuesta. Dio la vuelta hasta la parte de atrás donde al pie de una pendiente rocosa asomaba un depósito de botes que se prolongaba sobre el agua. Etwane siguió un sendero que bajaba por la pendiente y miró en el depósito, encontrando a Ifness que cargaba paquetes en una embarcación a vela.

Etwane se detuvo, pensando que Ifness habría perdido la sensatez. Partir en ese bote a través del Océano Verde, por la costa norte de Caraz hasta Erbol, desde allí por el río Keba hasta Burnoun, era, por lo menos, poco

práctico, por la distancia del viaje, sino por otras razones.

Ifness pareció leerle el pensamiento. Con una voz seca explicó:

—Por la misma índole de nuestra búsqueda, no podemos volar aparatosamente hasta Caraz en un yate aéreo. ¿Estás listo para partir? En ese caso, sube al bote.

—Estoy listo.

Etwane subió al bote. Ifness ajustó las líneas de orientación y encaró el bote hacia Sualle.

—Ten la bondad de izar esa vela.

Etwane tiró de la driza; la vela se agitó; el bote se movió en el agua. Etwane se sentó cuidadosamente sobre el banco transversal y miró la costa que retrocedía. ¿Comida y bebida? Había lo suficiente para tres días, a lo sumo para una semana. Etwane se encogió de hombros y miró hacia el Sualle. La luz del sol relumbró en millones de puntos rosados, azules y blancos. A lo lejos se veían las hermosas formas vidriadas de Garwiy, con sus colores suavizados por la distancia. Podría no ver nunca más esas torres de vidrio de Garwiy.

Durante una hora el bote surcó el Sualle, hasta que la costa se hizo borrosa y no se vieron ya otras embarcaciones. Ifness dijo en forma cortante:

—Puedes arriar la vela y luego quitar el mástil.

Etwane obedeció. Entretanto, Ifness trajo puñados de una materia transparente que acomodó junto a un paravento. Etwane miró en silencio. Ifness hizo una última inspección del horizonte; después levantó la tapa de una caja en la popa. Etwane notó un panel negro, con un juego de botones blancos, rojos y azules: Ifness hizo unos ajustes. El bote se levantó en el aire, chorreando agua, y surcó el cielo. Ifness tocó los botones; la embarcación trazó una curva hacia el oeste, para volar sobre los llanos pantanosos de Fenesq. Con una voz casual, Ifness dijo:

—Un bote es el vehículo menos conspicuo para viajar; no llama la atención en ningún lado, ni siquiera en Caraz.

—Un artificio ingenioso —comentó Etwane.

Ifness asintió con indiferencia.

—Me faltan planos exactos, y deberemos navegar por aproximación. Los

mapas de Shant sólo son suposiciones. Seguiremos la costa de Caraz hasta la boca del río Keba, algo así como tres mil kilómetros, o eso creo. Después podremos seguir el Keba hacia el sur sin riesgo de perdernos.

Etzwane recordó el gran mapa de la oficina de Jurisdicción. En el territorio de Shillinsk había notado diversos ríos: el Panjorek, el Zura azul, el Zura negro, el Usak, el Bobol. Intentar un atajo a través de la tierra era arriesgarse a descender en un río equivocado. Prestó su atención a los llanos del Cantón Fenesq, trazando los canales y la vías de agua que irradiaban desde las cuatro ciudades Fen. El límite cantonal aparecía a la distancia; una línea de negros árboles alyptus; más allá los pantanos y los páramos del Cantón Gitanesq se extendían bajo una bruma púrpura.

Ifness, acurrucado en la cabina, preparó un recipiente con té. Sentándose bajo la pantalla delantera, con el viento que soplaba por encima, los dos bebieron té y comieron bizcochos de nuez que había en una de las cajas que Ifness había traído a bordo. Etzwane pensó que Ifness parecía descansado y hasta amable. Intentar una conversación era arriesgarse a un rechazo, pero el mismo Ifness adelantó un comentario:

—Bien, hemos partido adecuadamente y sin interferencia de ningún lado.

—¿Esperabas tenerla?

—No seriamente. Dudo de que los asutra mantengan agentes en Shant; la zona puede ser de poco interés para ellos. Dasconetta puede haber colocado alguna información en los monitores del Instituto, pero creo que fuimos demasiado rápidos para ellos.

—Tu relación con Dasconetta parece bastante extraña.

Ifness hizo un gesto de asentimiento.

—En una organización como el Instituto, un Miembro consigue su nivel demostrando un juicio superior al de sus colegas, particularmente al de aquellos que son considerados astutos. He burlado a Dasconetta tan decisivamente que empiezo a preocuparme: ¿en qué anda? ¿Cómo puede desconcertarme sin aceptar mi punto de vista? Es un asunto peligroso y sutil.

Etzwane frunció el ceño ante Ifness, cuyas motivaciones y actitudes, como de costumbre, encontró incomprensibles.

—Dasconetta me preocupa menos que nuestro trabajo en Caraz, que

quizá no sea tan sutil, pero es igualmente peligroso. Después de todo, Dasconetta no es un asesino maniático ni un caníbal.

—Tal conducta suya no ha sido probada, ciertamente —dijo Ifness con una ligera sonrisa—. Bien, bien, quizá tengas razón. Debo volcar mi atención sobre Caraz. De acuerdo con Kreposkin^[6], la región del Keba medio es relativamente plácida, especialmente al norte de las colinas Urt Unna. Y Shillinsk parece estar en esa zona. Menciona a piratas de río y a una tribu local, los sorukh. En las islas del río viven los degenerados gorioni, a quien hasta los traficantes de esclavos ignoran.

Debajo se levantaban las colinas Hurra, y donde los acantilados Day caían sobre el oleaje del Océano Verde, terminaba Shant. Durante una hora volaron sobre una agua anodina, hasta que en el horizonte apareció una vaga marca oscura: Caraz. Etwane se agitó. Ifness se sentó de espaldas al viento, meditando sobre su cuaderno de apuntes. Etwane preguntó:

—¿Cómo piensas encarar la investigación?

Ifness cerró el cuaderno, miró a un lado y al cielo antes de contestar.

—No tengo planes específicos. Estamos saliendo para resolver un misterio. Primero debemos juntar los hechos y después extraer nuestras conclusiones. Por el momento sabemos muy poco. Los roguskhoi parecen haber sido artificialmente desarrollados como un arma antihumana. Los asutra que los controlan son una especie parasitaria o, para decirlo en forma más simpática, podría afirmarse que viven en simbiosis con sus anfitriones. Los roguskhoi fallaron en Shant. ¿Por qué los encontramos en Caraz? ¿Se han dispuesto a conquistar territorio? ¿Conservar una colonia? ¿Desarrollar algún recurso? Por el momento sólo podemos hacernos preguntas.

Caraz dominaba el horizonte occidental. Ifness orientó el bote un punto o dos hacia el norte y se volvió ligeramente hacia la línea costera. Por la tarde aparecieron llanos pantanosos, marcados por puntos trémulos de oleaje. Ifness ajustó el derrotero y durante toda la noche el bote, a media velocidad, bordeó la costa, siguiendo huellas de espuma fosforescente. La niebla previa al amanecer descubrió después el bulto del cabo Comranus, y entonces Ifness

declaró que los mapas de Kreposkin eran inútiles.

—Esencialmente sólo nos informan de que existe un cabo Comranus, que debe estar en algún sitio de la costa de Caraz. Debemos utilizar estos mapas con muchas reservas.

Durante toda la mañana el bote siguió por la costa, pasando una sucesión de promontorios separados por llanos pantanosos. A mediodía volaron sobre un gran dedo de piedra que apuntaba a unos ochenta kilómetros al norte y que no estaba identificado en los mapas de Kreposkin. Otra vez apareció el mar; Ifness dejó descender el bote hasta que sólo estuvieron a poco más de trescientos metros sobre la playa.

A mitad de la tarde cruzaron la desembocadura de un vasto río, el Gever, surgido del lago Geverman, en el cual cabría totalmente Shant. Una villa de unas cien cabañas de piedra ocupaba el costado protegido de una colina; una docena de botes flotaban con sus anclas. Era el primer sitio habitado que veían en Caraz.

Persuadido por el mapa de Kreposkin, Ifness torció el bote hacia el oeste y tierra adentro, a través de una región salvaje y muy boscosa que se extendía hasta el norte más allá de donde llegaba la vista: la península Mirv. Más de cien kilómetros quedaron a popa. Desde un claro casi invisible, una columna de humo subía por el aire. Etwane llegó a divisar tres cabinas de madera, y durante diez minutos miró hacia atrás, preguntándose qué clase de hombres y mujeres vivirían perdidos en los bosques norteños de Caraz. Pasaron otros cien kilómetros. Llegaron a la orilla lejana de la península Mirv, en este caso confirmando el mapa de Kreposkin. Otra vez volaron sobre el agua. Por delante se abría el estuario del río Hietze hacia la tierra: una grieta de treinta kilómetros de ancho, llena de islas húmedas, cada una de ellas un país mágico en miniatura, con árboles deliciosos y prados mohosos. Una de las islas tenía un castillo de piedra gris; junto a otra había amarrado un barco de carga.

Hacia el final de la tarde, bajaron nubes desde el norte y una cierta tristeza cubrió el paisaje. Ifness aminoró la marcha y tras debida consideración descendió en una curva protegida de la playa. Como los relámpagos comenzaron a azotar en el cielo, Ifness y Etwane extendieron una arpillera sobre la cabina; después, mientras la lluvia caía sobre el tejido,

bebieron té y comieron carne con pan. Etwane preguntó:

—Supongamos que los asutra atacaran a Durdane con naves espaciales y armas poderosas, ¿qué harían los pueblos de los mundos terrenales? ¿Enviarían naves de guerra para protegernos?

Ifness se inclinó hacia atrás en su banco.

—Ésas son cosas imprevisibles. La Mesa Coordinadora es un grupo conservador; los mundos están preocupados por sus propios asuntos. La Liga Pan-Humánica ya no es influyente, si es que alguna vez lo fue. Durdane está lejos y olvidado; Schiafarilla está en medio. La Coordinación podría hacer una moción, derivada de un informe del Instituto Histórico, lo que supone prestigio. Dasconetta, para fines a los que he aludido, procura no dar importancia a la situación. Se niega a reconocer que los asutra son las primeras criaturas no humanas y tecnológicamente competentes que hemos encontrado, lo que supone un acontecimiento altamente importante.

—Eso es curioso. ¡Los hechos hablan por sí mismos!

—Es cierto. Pero hay algo más, como puedes suponer; Dasconetta y su grupo aconsejan la cautela y un mayor estudio; a su debido tiempo se proponen dar la noticia bajo su propia responsabilidad; y yo no seré mencionado. Ese esquema debe ser desbaratado.

Etwane, envuelto en tristes reflexiones sobre las preocupaciones de Ifness, salió a contemplar la noche. La lluvia se había reducido a unas pocas gotas oscuras; los relámpagos aleteaban hacia el Este, sobre el Mirv. Etwane escuchó atentamente, pero no pudo oír sonido alguno. También Ifness salió a mirar hacia la noche.

—Podríamos seguir, pero no estoy seguro sobre el Keba y los ríos cercanos. Kreposkin es exasperante, porque no puede ser totalmente dejado de lado ni se puede confiar tampoco totalmente en él. Es mejor que esperemos la luz.

Se quedó escrutando a través de la oscuridad.

—Según Kreposkin, a lo largo de la playa se alza Suserane, una ciudad construida por los Shelm Fyrids hace unos seis mil años. Igual que ahora, Caraz era entonces salvaje y enorme. No importa cuántos enemigos pudieran caer, siempre venían más. Alguna de esas tribus guerreras arrasó Suserane;

ahora no queda nada allí; sólo las influencias que Kreposkin llama *esméricas*.

—No conozco esa palabra.

—Deriva de un dialecto del antiguo Caraz y significa la asociación o atmósfera que se adhiere a un sitio: los fantasmas no vistos, los sonidos extinguidos, la gloria acabada, la música, la tragedia, la exaltación, la angustia, el terror, que según Kreposkin nunca se disipan.

Etzwane miró a través de la oscuridad hacia el sitio de la antigua ciudad; si lo esmérico estaba presente, sólo llegaba débilmente a través de la oscuridad. Etzwane volvió a la embarcación trató de dormir sobre el estrecho catre de madera.

El cielo matutino estaba claro. El sol azul Etta se levantaba cerca del horizonte, produciendo una falsa aurora azul; después el Sassetta rosado subía hacia un lado del cielo; después el Zael blanco; después otra vez el Etta azul. Tras un almuerzo de té y fruta seca, y de un vistazo superficial al sitio del viejo Suserane, Ifness levantó la embarcación en el aire. Hacia adelante, lisa como plomo bajo la luz del Este, una gran boca de río se abría hacia la masa de Caraz. Ifness denominó Usak al río. A mediodía pasaron el Bobol y a media tarde llegaron a la desembocadura del Keba, que Ifness identificó por los acantilados de tiza sobre la costa occidental y sobre el puesto de comercio llamado Erbol, ocho kilómetros tierra adentro.

Ifness giró hacia el sur sobre el curso del agua, que aquí tenía sesenta kilómetros de ancho, con tres soles que relucían sobre la superficie. El río parecía curvarse hacia la derecha, y después junto al horizonte volvía majestuosamente hacia la izquierda. Tres embarcaciones, minúsculas desde la altura, flotaban sobre el río, dos de ellas contra la corriente, empujadas por velas cuadradas, la otra dejándose llevar por la corriente en sentido contrario.

—Los mapas son poco útiles a partir de aquí —dijo Ifness—. Kreposkin no menciona poblaciones en el Keba medio, aunque hace una referencia a la raza sorukh, gente guerrera que nunca da la espalda en una batalla.

Etzwane estudió los rudimentarios mapas de Kreposkin.

—Tres mil kilómetros hacia el sur a lo largo del río, hasta el distrito

Burnoun, eso nos llevaría hasta aquí, a la Planicie de la Flores Azules.

Ifness no estaba interesado en las opiniones de Etwane.

—Los mapas sólo son aproximaciones —dijo con aire cortante—. Volaremos una cierta distancia y entonces haremos una investigación local. —Cerró el libro y, dándose la vuelta, quedó absorto en sus pensamientos.

Etwane sonrió con cierta tristeza. Se había acostumbrado a las rarezas de Ifness y ya no se permitía enojarse. Se adelantó y contempló los tremendos bosques púrpura, las distancias de azul claro, los pantanos verdes y, dominando el paisaje, la corriente del río Keba. Aquí es donde había venido, al salvaje Caraz, porque temía la quietud y la rutina. ¿Y qué ocurría con Ifness? ¿Qué había llevado al sensible Ifness a tales vicisitudes? Etwane comenzó a plantear su pregunta, pero retuvo su lengua, porque Ifness habría dado alguna respuesta cortante, sin dejar mejor informado a Etwane.

Etwane se volvió y miró hacia el sur, hacia Caraz, donde tantos misterios esperaban ser iluminados.

La embarcación voló toda la noche, conservando su curso con el reflejo de Schiafarilla sobre el río. A mediodía Ifness hizo descender el bote hacia el río, que en ese sitio corría irregularmente con unos quince kilómetros de ancho, torciéndose, estrechándose y rodeando una miríada de islas boscosas.

—Fíjate si encuentras sitios habitados, o aún mejor alguna embarcación fluvial —pidió Ifness a Etwane—. Ahora nos hará falta la información local.

—¿Y cómo te entenderás? La gente de Caraz habla en una jerga incomprensible.

—Ya nos las arreglaremos, o por lo menos eso creo —continuó Ifness con su aire más didáctico—. El Burnoun y el Keba Basin son lingüísticamente uniformes. La gente usa un dialecto derivado de la lengua de Shant.

Etwane le miró de soslayo, sin creerle.

—¿Cómo puede ser? Shant está muy lejos.

—Eso deriva de la Tercera Guerra de Palasedra. Los Cantones Maseach, Gorgach y Parthe colaboraron con los Duques Águila, y mucha gente,

temiendo la venganza de Pandamon, huyó de Shant. Consiguieron abrirse camino hacia arriba en el Keba e impusieron su idioma a los sorukhs, quienes en definitiva los esclavizaron. La historia de Caraz está muy lejos de ser alegre.

Ifness se apoyó contra la borda y señaló un grupo de chozas en la ribera del río, difícilmente entrevistadas a través de altos cañaverales.

—Una aldea donde podemos obtener información aunque sea negativa — reflexionó—. Podemos utilizar una trampa inofensiva para facilitar el asunto. Esta gente es tremendamente supersticiosa y disfrutará de una demostración de sus creencias.

Ajustó un dial; el bote disminuyó su marcha y se mantuvo inmóvil en medio del aire.

—Pongamos ahora el mástil y subamos la vela; después haremos uno o dos cambios en nuestra vestimenta.

Bajando del cielo flotaba el bote, con Etwane al timón, conduciendo en forma ostensible. Tanto él como Ifness llevaban turbantes blancos y se conducían con modales de gran porte. El bote se detuvo frente a las chozas, todavía húmedo de la lluvia de los dos días previos. Media docena de hombres estaban de pie y tiesos; niños desnudos que retozaban en el fango se quedaron paralizados en sus sitios o corrieron hasta sitios protegidos. Saltando del bote, Ifness lanzó un pañuelo de gemas de vidrio, azules y verdes, sobre el suelo. Hizo señas a un anciano que se había quedado de pie cerca de ellos.

—Acércate, por favor —dijo Ifness en un dialecto extraño, apenas inteligible para Etwane—. Somos brujos buenos y no queremos haceros daño; queremos información sobre nuestros enemigos.

La mandíbula del viejo tembló, agitando sus sucias patillas; arregló su túnica raída sobre su barriga y ensayó algunos pasos hacia adelante.

—¿Qué información queréis? Somos recogedores de mariscos y nada más; no sabemos de nada que esté lejos del curso del río.

—Ah, sí —admito Ifness—. Aun así, presenciáis idas y venidas. Observo

que hay un cobertizo para guardar mercaderías.

—Sí, hacemos algunos modestos negocios con pasta de mariscos, vino de mariscos y caparazón aplastado de buena calidad. Pero para enterarse sobre mercaderías de pillaje o sobre materias preciosas deberéis preguntar en algún otro lugar. Hasta los traficantes de esclavos nos pasan de largo.

—Estamos buscando información sobre una tribu de guerreros invasores: demonios grandes, de piel roja, que acuchillan a los hombres y copulan con las mujeres, en grado notorio. Se llaman los roguskhoi. ¿Tenéis alguna noticia sobre esa gente?

—No nos han molestado, bendita sea la Anguila Sagrada. Los comerciantes nos hablan de peleas y de una batalla épica, pero en toda mi vida no he oído otra cosa, y nadie ha utilizado la palabra «roguskhoi».

—¿Dónde fue la pelea?

El pescador apuntó hacia el sur.

—Las regiones sorukh quedan todavía muy lejos: es un viaje de diez días hasta la Planicie de las Flores Azules, aunque vuestro bote mágico podrá hacer ese viaje en la mitad de ese tiempo. ¿Os está permitido enseñar los mecanismos que empujan a la embarcación? Para mí sería una gran ventaja.

—Mejor no hacer esa pregunta —contestó Ifness—. Ahora iremos a la Planicie de las Flores Azules.

—Que la Anguila os facilite el viaje.

Ifness embarcó de nuevo en el bote e hizo una señal a Etwane. Éste acomodó el timón y ajustó las velas, mientras Ifness tocaba los botones de control. Las velas tomaron viento, y el bote partió cruzando el río. Los hombres corrieron hasta el borde del agua para mirarlos desde atrás, seguidos por los niños y las mujeres de las chozas. Ifness dejó oír una risita.

—Hemos hecho memorables por lo menos un día de sus vidas y hemos roto una docena de reglas del Instituto.

—Un viaje de diez días —medió Etwane—. Las barcas se mueven a cuatro o cinco kilómetros por hora; cien por día, más o menos. Un viaje de diez días supone unos mil kilómetros.

—Ése es el grado en que los mapas de Kreposkin se convierten en inexactos.

De pie en la cabina, Ifness levantó una mano con un ademán final de benigno adiós a la gente de la aldea. Un grupo de árboles se interpuso en la línea visual. Ifness habló sobre su hombro a Etwane.

—Arría la vela, desconecta el mástil.

Etwane obedeció silenciosamente la orden, reflexionando que Ifness parecía disfrutar con el papel de mago milagroso. El bote se movió hacia el sur sobre el río. Arbustos de tronco plateado se alineaban en las orillas, con sus copas plateadas y púrpura que relucían de verde ante el soplo de la brisa. A derecha e izquierda los llanos desaparecerían en la niebla de la distancia, y siempre el gran Kebe seguía hacia adelante.

La tarde se desvanecía y las orillas seguían privadas de vida, para el mudo disgusto de Ifness. Los soles se escondieron; el crepúsculo cayó sobre el paisaje. Ifness se mantuvo precariamente de pie sobre la cubierta delantera, escudriñando en la oscuridad. Al final una fila de puntos rojos titilantes apareció en la orilla. Ifness giró el bote en redondo y luego hacia abajo; los puntos se convirtieron en una docena de fogatas dispuestas aproximadamente en un círculo de unos veinte metros de diámetro.

—Levanta el mástil —dijo Ifness—. Iza la vela.

Etwane contempló pensativamente los fuegos y la gente que trabajaba en el círculo de luz. Más allá vio grandes carretas con ruedas vencidas de pucha. Habían encontrado una banda de nómadas, de un temperamento presumiblemente más susceptible y truculento que los plácidos recogedores de mariscos. Etwane miró con incertidumbre a Ifness, que estaba erguido como una estatua. Muy bien, pensó Etwane, aceptaría las locas bromas de Ifness, incluso con el riesgo de que corriera sangre. Levantó el mástil, colocó la gran vela cuadrada, se ajustó el turbante y volvió al timón.

El bote remontó sobre el círculo de fuegos. Ifness advirtió:

—Cuidado abajo, muévete hacia un lado.

Los de la tribu miraron hacia arriba, saltando y maldiciendo. Un anciano tropezó y derramó un cubo de agua sobre un grupo de mujeres, que gritaron con furia.

El bote aterrizó; Ifness, con semblante severo, levantó su mano.

—¡Quietos! Somos solamente dos brujos nocturnos. ¿Es que nunca habéis visto magia? ¿Dónde está el jefe del clan?

Nadie habló. Los hombres, vestidos con blancas camisas sueltas, pantalones negros y bolsudos, botas negras, quedaron expectantes, sin saber si debían huir o atacar. Las mujeres, con vestidos sueltos y estampados, se quejaban y mostraban el blanco de sus ojos.

—¿Quién es el jefe? —gritó Ifness—. ¿Es que no oye? ¿No puede dar un paso adelante?

Un hombre de cejas y bigotes negros se adelantó con lentitud.

—Yo soy Rastipol, jefe de los ripchiks. ¿Qué queréis de mí?

—¿Por qué estás aquí y no peleando con los roguskhoi?

—¿Roguskhoi? —Rastipol parpadeó—. ¿Quiénes son? No peleamos con nadie actualmente.

—Los roguskhoi son guerreros rojos demoníacos. Sólo son medio humanos, aunque muestran entusiasmo por la mujeres humanas.

—He oído hablar de ellos. Pelean con los sorukh; no es asunto nuestro. Nosotros no somos sorukh, pertenecemos a la raza melch.

—¿Y si destruyen a los sorukh, qué pasará?

Rastipol se rascó la barbilla.

—No he pensado en eso.

—¿Dónde ha ocurrido exactamente esa pelea?

—Más al sur, en la Planicie de las Flores Azules, o por lo menos eso supongo.

—¿A qué distancia queda?

—A cuatro días de distancia hacia el sur está la ciudad de Shillinsk, al borde de la Planicie. ¿Es que no lo sabéis con la magia?

Ifness levantó un dedo hacia Etwane.

—Transforma a Rastipol en un ahulph enfermo.

—No, no —gritó Rastipol—, me habéis juzgado mal. No quise ofenderos. Ifness hizo un distante gesto de asentimiento.

—Cuida tu lengua; le estás permitiendo una peligrosa libertad.

Hizo otra seña a Etwane.

—Partamos.

Etwane movió el timón y extendió su mano hacia la vela, mientras Ifness movía el dial. El bote se levantó hacia el cielo nocturno mientras los ripchiks lo contemplaban silenciosamente desde abajo.

Durante la noche el bote navegó lentamente hacia el sur. Etwane durmió en uno de los bancos estrechos; no supo si Ifness estaba haciendo lo mismo. Por la mañana, que fue fría, se acercó hasta la cabina, encontrando a Ifness que miraba hacia afuera desde la borda. La neblina ocultaba la tierra de abajo y el bote flotaba solitario, entre la niebla gris y el cielo color lavanda.

Durante una hora los dos se sentaron en un austero silencio, bebiendo té. Al final los tres soles se levantaron y la neblina comenzó a disiparse, a girar y a desplazarse, revelando distritos irregulares de tierra y de río. Bajo ellos, el Keba torcía poderosamente hacia el oeste, donde se reunía con un afluente que venía del Este, el Shill. En la orilla occidental tres muelles penetraban en el Keba, marcando una población de unas cincuenta o sesenta cabañas y media docena de estructuras mayores. Ifness exclamó con satisfacción:

—¡Shillinsk, al fin! ¡Existe a pesar de Kreposkin!

Hizo descender el bote hasta el agua. Etwane colocó el mástil e izó la vela; el bote continuó por el agua hasta los muelles. Ifness acercó el bote hasta la escalera del muelle; Etwane saltó a tierra con una cuerda; Ifness le siguió. Etwane tiró de la cuerda; el bote se deslizó corriente abajo y ocupó un lugar entre una docena de barcas de pesca, que no le eran muy diferentes. Ifness y Etwane se encaminaron hacia la ciudad de Shillinsk.

CAPÍTULO IV

Las cabinas y los cobertizos de Shillinsk se habían construido con piedra gris, sacada de una cantera cercana y acomodada entre vigas de madera. Directamente detrás de los muelles estaba la posada Shillinsk, un edificio de tres pisos relativamente importante. Una luz de lavanda caía sobre la piedra gris y la madera negra; las sombras, por algún fenómeno óptico, parecían verdes, como el agua estancada en un barril.

La ciudad de Shillinsk parecía quieta, sólo a medias viva. No se escuchaba sonido alguno excepto el golpe de las olas en la playa. Dos mujeres caminaban lentamente por la costa; vestían pantalones negros anchos, blusas de un color púrpura oscuro, pañoletas de cabeza en un tono oscuro de naranja. Tres barcas estaban ancladas junto a los muelles, una vacía y dos parcialmente cargadas. Algunos barqueros se dirigían hacia la taberna; Ifness y Etwane les siguieron unos pocos pasos atrás.

Los barqueros empujaron las puertas de madera, con Ifness y Etwane detrás de ellos, hasta una sala, mucho más confortable de lo que sugería su exterior. Un fuego de carbón de piedra ardía en un gran hogar; las paredes habían sido recubiertas, blanqueadas y decoradas con festones y rosetas de madera labrada. Un grupo de barqueros se había sentado frente al fuego, comiendo un guiso de pescado y de raíces rojas. A un lado, medio en las sombras, dos hombres del distrito se sentaban, inclinados sobre jarros de madera. La luz del fuego moldeaba sus rostros; hablaban poco y miraban desconfiadamente hacia los lados, examinando a los barqueros. Uno tenía un bigote negro, espeso como un cepillo; el otro llevaba una pequeña barba en el mentón y un anillo de cobre en la nariz. Con cierta fascinación, Etwane le vio levantar el anillo con el borde de su jarro cuando bebía. Vestían la ropa sorukh: pantalones negros, camisas sueltas bordadas con signos de fetiches, y de sus cinturas colgaban cimitarras hechas con el metal blanco *ghisim*: una mezcla de plata, platino, estaño y cobre, forjada y endurecida por un

procedimiento secreto.

Ifness y Etwane se acomodaron en una mesa cercana del fuego. El posadero, un hombre calvo y de cara lisa, con una pierna deformada y una mirada dura, se inclinó para preguntar qué querían tomar. Ifness pidió alojamiento y la mejor comida que se consiguiera. El posadero anunció que podría darles una sopa de mariscos, verduras, escarabajos dulces, carne salada, pan, mermelada de flores azules, té de verbena: una comida que Ifness no se esperaba y que declaró satisfactoria.

—Debo discutir el pago —dijo el posadero—. ¿Qué han traído para el trueque?

Ifness sacó una de sus joyas de vidrio.

—Esto.

El posadero retrocedió y mostró la palma de la mano con disgusto.

—¿Por quién me toman? Esto sólo es vidrio ordinario, una fruslería para niños.

—Muy bien, —dijo Ifness—. ¿De qué color es?

—Es de color del pasto viejo que se inclina hacia el agua del río.

—Mire. —Ifness apretó la joya con su mano y luego la mostró—. ¿De qué color es ahora?

—¡Carmesí claro!

—¿Y ahora? —Ifness expuso la joya al color de fuego, y relució verde como una esmeralda—. Ahora llévela a la oscuridad y dígame qué es lo que ve.

El posadero se alejó hasta un apartado y luego volvió.

—Brilla en azul y lanza rayos de varios colores.

—Ese objeto es una piedra de estrella —informó Ifness—. Algunas veces se las obtiene en el centro de los meteoritos. De hecho, es demasiado valiosa para cambiarla por alojamiento y comida solamente, pero no tenemos otra cosa.

—Bastará, o eso supongo —dijo el dueño con una voz pomposa—. ¿Hasta cuándo se quedará su barca en Shillinsk?

—Algunos días, hasta que terminemos unos negocios. Comerciamos en cosas exóticas, y en este momento precisamos huesos de nuca de los roguskhoi muertos, que tienen un valor medicinal.

—¿Roguskhoi? ¿Qué son?

—Por aquí les dan un nombre diferente. Me refiero a los guerreros rojos, semihumanos, que han saqueado la Planicie de las Flores Azules.

—¡Ah! Nosotros los llamamos Diablos Rojos. ¿Tienen, pues, algún valor?

—No hago afirmaciones; yo sólo hago comercio de huesos. ¿Quién puede ser el comerciante local que se ocupe de esa mercadería?

El posadero lanzó una grosera carcajada, que rápidamente interrumpió, y se volvió hacia los dos sorukh, que habían estado escuchando la conversación.

—En estos sitios —dijo el posadero— los huesos son tan comunes que ya no valen nada, y la vida de un hombre vale muy poco más. Miren esta pierna que mi madre me cortó para protegerme de los mercaderes de esclavos. Entonces eran los esches, que venían de las Montañas Murd, más allá del Shill. Ahora se fueron los esche y vinieron los hulka, y todo está como antes, o peor. Nunca deis la espalda a un hulka, porque habrá una cadena alrededor de vuestro cuello. Cuatro de Shillinsk han sido atrapados durante este último año. Hulka o Demonios Rojos, ¿cuál es peor? Se puede elegir.

El sorukh de bigote intervino repentinamente en la conversación.

—Los Demonios Rojos han sido exterminados, excepto por sus huesos, que como ustedes saben, nos pertenecen.

—Ése es precisamente el caso —declaró el segundo sorukh, con el anillo que bailaba sobre su labio mientras hablaba—. Conocemos el efecto terapéutico de los huesos de los Diablos Rojos, y pensamos sacar nuestra ganancia.

—Está bien —dijo Ifness—; ¿pero por qué aseguran que ya están exterminados?

—Eso es sabido a través de la planicie.

—¿Y quién los exterminó?

El sorukh se mesó la barba.

—Quizá los hulkas, o una banda que vino de Kaza. Parece que la magia funciona de ambos lados.

—Los hulkas no tienen magia —acotó el posadero—. Son ordinarios traficantes de esclavos. Las tribus de más allá de Kuzi Kaza son feroces, pero nunca escuché que tuvieran magia.

El sorukh del anillo en la nariz hizo un gesto repentino.

—Eso no es cierto. —Se volvió hacia Ifness—. ¿Piensa comprar nuestros huesos, o los llevamos a otra parte?

—Naturalmente quiero inspeccionarlos —dijo Ifness—. Veámoslos y entonces hablaremos.

Los sorukhs se sentaron asombrados.

—Ése es un absurdo llevado hasta el grado de la ofensa. ¿Creen que llevamos la mercancía a la espalda, como las mujeres de Tshark? ¡Somos gente orgullosa y protestamos contra esa afrenta!

—No quise ofender —aclaró Ifness—. Sólo expresé mi deseo de ver la mercancía. ¿Dónde está depositada?

—Vamos a resumir la situación —dijo el sorukh del bigote—. Los huesos están en el campo de batalla, o eso supongo. Nosotros venderemos nuestro derecho por una módica suma, y después ustedes pueden hacer lo que deseen con los huesos.

Ifness pensó un momento.

—Ese procedimiento no me conviene. ¿Qué ocurre si los huesos son de mala calidad? ¿O imposibles de transportar? O traen los huesos aquí o nos llevan hasta los huesos, para que podamos juzgar su valor.

Los sorukhs quedaron sombríos. Se volvieron y murmuraron entre sí. Ifness y Etwane atacaron la comida que trajo el posadero. Etwane, mirando hacia los sorukhs, dijo:

—Están planeando cómo asesinarlos y llevarse nuestra riqueza.

Ifness asintió.

—También están desconcertados porque no nos mostramos más ansiosos; temen alguna trampa inesperada. Sin embargo, no van a rechazar el anzuelo.

Los sorukhs llegaron a una decisión y esperaron con los ojos entrecerrados hasta que Ifness y Etwane terminaron de comer. Entonces se

movieron a la otra mesa, trayendo su olor propio. Ifness corrigió su posición y les contempló con la cabeza echada hacia atrás. El sorukh de bigote ensayó una sonrisa amistosa.

—El caso puede arreglarse para beneficio de ambas partes. ¿Están preparados para inspeccionar los huesos y pagar por ellos en seguida?

—Decididamente no —contestó Ifness—. Examinaré los huesos y les informaré si valen el transporte hasta Shillinsk.

La sonrisa del sorukh se mantuvo uno o dos segundos, y después desapareció. Ifness prosiguió:

—¿Pueden conseguir transporte? ¿Un carro comfortable arrastrado por animales?

El sorukh de anillo en la nariz hizo un gesto de desdén.

—Eso no es posible —dijo el del bigote—. El Kuzi Kaza destrozaría ese carro.

—Muy bien entonces, usaremos animales de montar.

Los sorukhs se tiraron hacia atrás. Murmuraron juntos, el del anillo con actitud hosca y poco voluntariosa, el de bigote mostrándose primero apremiante, después persuasivo y después autoritario, hasta que finalmente triunfó. Se volvieron hacia Ifness y Etwane.

—¿Cuándo estarían prontos para partir? —preguntó el de bigote.

—Mañana por la mañana, tan temprano como sea posible.

—Al amanecer estaremos listos. Pero queda un asunto importante: hay que pagar un alquiler por los animales.

—¡Ridículo! —rechazó Ifness—. ¡No estoy seguro ni de que existan los huesos! ¿Y esperan que yo pague alquiler por lo que podría ser una persecución de gansos salvajes? De ninguna manera, no nací ayer.

El sorukh del anillo en la nariz comenzó una discusión enojada, pero el del bigote levantó su mano.

—Verán los huesos, y el alquiler del transporte quedará comprendido en la transacción final.

—Eso es más justo —dijo Ifness—. A nuestra vuelta a Shillinsk arreglaremos un precio total.

—Al amanecer partiremos; estén listos.

Los dos sorukhs dejaron la posada; Ifness bebió una infusión caliente de una taza de madera. Etwane preguntó:

—¿Planeas atravesar la planicie sobre un animal? ¿Por qué no utilizar el bote?

Ifness levantó las cejas.

—¿No está claro? Un bote en medio de una planicie seca es un objeto engorroso. No tendríamos libertad de acción; nunca podríamos dejar el bote.

—Si dejamos el bote en Shillinsk, ciertamente nunca lo volveremos a ver —rechazó Etwane—. Estos tipos no son más que ladrones.

—Haré ciertos arreglos. —Ifness reflexionó un momento, después cruzó la habitación y habló con el posadero. Volvió y retomó su asiento en la mesa —. El posadero dice que podríamos dejar diez cofres de tesoros a bordo del bote sin miedo de interferencia. Acepta toda la responsabilidad y el riesgo por lo tanto se reduce.

Ifness meditó frente a las llamas del fuego.

—Sin embargo, arreglaré un dispositivo de alarma, para desalentar a los rateros que puedan burlar su vigilancia.

Etwane, que no sentía ningún placer por un viaje arduo a través de la Planicie de Flores Azules junto a los sorukhs, dijo amargamente:

—En lugar de un bote volador, deberías haber inventado un carro volante o un par de animales voladores.

—Tus ideas tienen cierto mérito —contestó Ifness benignamente.

Para el reposo de sus clientes la posada proveía compartimentos dotados de paja, en una fila de pequeñas cámaras del segundo piso. El cubículo de Etwane daba sobre el muelle. La paja, sin embargo, no era fresca; durante la noche crujía con alguna oscura actividad, y el ocupante previo había orinado en una esquina de la habitación. A medianoche Etwane, alertado por un ruido, fue a mirar por la ventana. Notó alguna actividad furtiva a lo largo del muelle, cerca del sitio donde habían anclado el bote. La luz de las estrellas era muy escasa para una visión más precisa, pero Etwane notó cierta cojera en el andar del intruso. El hombre subió en el bote pequeño y remó silenciosamente hasta el de ellos. Sujetó los remos, ató su embarcación y subió al otro bote, para ser rodeado inmediatamente por lenguas de fuego

azul mientras las chispas saltaban desde su pelo. El hombre bailó en la cubierta, y más por accidente que a propósito se zambulló al agua. Pocos momentos después se subió a su embarcación y remó nuevamente hacia el muelle.

Al amanecer Etzwane se levantó de la paja y fue al baño del primer piso, donde descubrió que Ifness no mostraba gran sorpresa ante su relato.

En el desayuno el posadero sólo sirvió té y pan. Su cojera era más pronunciada que antes, y se inclinó con desprecio hacia Ifness mientras golpeaba al poner los alimentos sobre la mesa. Ifness dijo severamente:

—Esto es muy escaso. ¿Está usted tan cansado de su expedición que no puede obtener un desayuno adecuado?

El posadero intentó alguna respuesta cortante, pero Ifness le interrumpió.

—¿Sabe por qué está aquí, en lugar de estar bailando con música de centellas azules? Porque necesito un desayuno satisfactorio. ¿Debo decir algo más?

—He oído bastante —murmuró el posadero. Volvió a la cocina y trajo una olla con pescado guisado, un bandeja de pan de avena y jalea de anguila—. ¿Pacificará esto su apetito? Si no, puedo obtener algo de *ermink* hervido y un queso.

—Tenemos bastante —dijo Ifness—. Recuerde, si a mi vuelta encuentro sólo una astilla de mi bote fuera de sitio, le haré bailar nuevamente con música azul.

—No ha interpretado bien mi celo —declaró el posadero—. Yo remé hasta el bote porque creí escuchar un ruido sospechoso.

—El asunto queda terminado —dijo Ifness con indiferencia.

Los dos sorukhs miraron hacia dentro de la posada.

—¿Están listos para la partida? Las monturas esperan.

Etzwane e Ifness salieron hacia la mañana fría. Cuatro rumiantes tiraban nerviosamente de sus frenos, mostrando sus cuerpos crecidos hacia atrás. Etzwane los consideró de buena clase, con patas largas y pecho profundo. Habían sido equipados con sillas de cuero chumpa^[7], que tenían bolsas para alimentos y una correa en la que se podían sujetar tienda de campaña, mantas y botas nocturnas. Los sorukhs se negaron a proveer estos artículos para

Ifness y Etwane. Las amenazas y la persuasión no surtieron efecto, por lo que Ifness se vio obligado a separarse de otra de sus joyas multicolores antes de conseguir el alimento y el equipo solicitados.

Antes de la partida Ifness preguntó la identidad de ambos sorukhs. Ambos eran del fetiche Bellbird en el clan Varsk. Ifness escribió los nombres de ambos con tinta azul en una tira de pergamino. Agregó una serie de marcas en carmesí y amarillo, mientras los sorukhs miraban con aire incómodo.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Srenka.

—Tomo las precauciones comunes —contestó Ifness—. He dejado mis joyas en un sitio secreto y ahora no llevo objetos valiosos; pueden revisarme si quieren. He escrito una maldición junto a vuestros nombres, que dejaré sin efecto a su tiempo. Los planes de asesinarlos y robarlos no son atinados y será mejor descartarlos.

Gulshe y Srenka se disgustaron con lo que obviamente suponía un giro desagradable de los acontecimientos.

—¿Partimos? —sugirió Ifness.

Los cuatro montaron y se dirigieron hacia la Planicie de las Flores Azules.

El Keba retrocedió y finalmente se perdió de vista. A los lados la llanura se extendía en grandes planicies bañadas por el resplandor lavanda del sol. Un musgo púrpura cubría el suelo; los matorrales mostraban flores que coloreaban el llano con un azul claro, en todas las direcciones. Hacia el sur aparecía una sombra casi imperceptible de montañas.

Durante todo el día los cuatro hombres cabalgaron y al anochecer acamparon en un terreno bajo y húmedo, junto a una caída de agua. Se sentaron alrededor del fuego, en una atmósfera de cuidada cordialidad. Se supo que Gulshe mismo había tropezado en una escaramuza con una banda de roguskhoi, dos meses antes.

—Bajaron de las montañas Orgai, no lejos de Shagfe, donde los hulka tienen un depósito de esclavos. Los Demonios Rojos habían saqueado ya dos veces ese depósito, matando a los hombres y llevándose a las mujeres, por lo que Hozman Garganta Ronca, el agente, procuró proteger su propiedad.

Ofreció media libra de hierro por cada mano de Demonio Rojo que le lleváramos. Yo, con dos docenas de hombres más, salí a buscar ganancias, pero no conseguimos nada. Los Demonios ignoran las flechas y cada uno de ellos vale por diez hombres en una pelea, así que volvimos a Shagfe sin trofeo alguno. Cabalgué al Este, hacia Shillinsk, para el cónclave de Varsk, y no vi nada de la gran batalla en la que los Demonios Rojos fueron destruidos.

Ifness preguntó con tono de moderado interés:

—¿Debo entender que los hulka derrotaron a los Demonios Rojos? ¿Cómo es posible eso, si cada Demonio vale por diez hombres?

Gulshe escupió sobre el fuego pero no dio respuesta. Srenka se adelantó para empujar un leño sobre los carbones, mientras el anillo de la nariz brillaba con reflejos anaranjados.

—Se dice que usaron armas mágicas.

—¿Los hulka? ¿Y dónde habrían conseguido arma mágicas?

—Los guerreros que derrotaron a los Demonios Rojos no eran hulka.

—Y entonces ¿quiénes eran?

—No sé nada de ese asunto. Yo estaba en Shillinsk.

Ifness no prosiguió con el tema. Etwane se incorporó y subieron hasta la parte más alta del pequeño cerro, escrutó el horizonte en su alrededor. Sólo vio oscuridad. Aguzó el oído, pero no escuchó sonido alguno. La noche era espléndida; no parecía haber amenazas de los chumpa ni de los malos ahulphs. Los dos sorukhs eran otro asunto. La misma idea se le ocurrió a Ifness, quien ahora se arrodilló frente al fuego. Sopló sobre un leño, y manteniendo sus manos a ambos lados movió las llamas, adelante y atrás, mientras los sorukhs miraban con asombro.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Gulshe con temor.

—Es una pequeña magia para mi protección. Doy una orden al espíritu del fuego para que entre en el hígado de quien me haga daño y se quede allí.

Srenka tiró de su anillo nasal.

—¿Es usted un verdadero mago?

Ifness se rió.

—¿Lo duda? Extienda su mano.

Srenka estiró prudentemente el brazo. Ifness apuntó con un dedo y una

mancha azul apareció en la mano de Srenka. Éste emitió un quejido de asombro, en un ridículo falsete, y retrocedió sin hablar. Gulshe se mantuvo erguido y apresuradamente se retiró del fuego.

—Esto no es nada —dijo Ifness—. Sólo una fruslería. Están todavía vivos, ¿no? Así que dormiremos tranquilos, todos nosotros, sabiendo que la magia nos protege del daño.

Etwane extendió su manta y se acostó. Después de un murmullo o dos, Gulshe y Srenka arreglaron su propio equipo un poco alejados, cerca de las monturas atadas. Ifness fue más pausado y se sentó durante media hora mirando al fuego que se extinguía. Al final también se acostó. Durante media hora Etwane miró cómo relucían los ojos de Gulshe y de Srenka bajo sus capuchas; después se durmió.

El segundo día fue como el primero. A media tarde del tercer día las colinas de Kuzi Kaza descendían a juntarse con la planicie. Gulshe y Srenka deliberaron y dejaron algunas marcas en la región alta y desolada, con acantilados y cerros. Hicieron campamento junto a un gran pozo de agua negra y brillante.

—Estamos ahora en territorio hulka —dijo Gulshe a Ifness—. Si los encontramos, lo mejor que podríamos hacer sería dispersarnos en cuatro direcciones diferentes, a menos que por la magia usted pueda asegurar nuestra defensa.

—Actuaremos como lo indiquen las circunstancias —contestó Ifness—. ¿Dónde están esos huesos de los Demonios Rojos?

—No muy lejos, pasado el cerro. ¿No siente la presencia de tanta muerte? Ifness respondió con voz calmada.

—Una inteligencia en pleno control de sí misma debe sacrificar, lamentablemente, esa receptividad que distingue a la mentalidad primitiva. Ése es un paso de la evolución que, en conjunto, he tenido la suerte de dar.

Srenka se tiró del anillo, inseguro de si Ifness había querido hablar con menosprecio. Miró a Gulshe; ambos intercambiaron signos de perplejidad, fueron a sus lechos y conversaron quedamente durante media hora. Srenka parecía proponer alguna acción a la que Gulshe se resistía; Srenka gruñó roncamente; Gulshe dijo algo y después ambos callaron.

Etzwane buscó su propia manta, donde yació desvelado e incómodo por motivos que no comprendía. «Quizá —se dijo—, mi mentalidad es primitiva y crédula.»

Durante la noche se despertó a menudo para escuchar, y una vez oyó el murmullo de ahulphs a la distancia. En otro momento un silbido melifluido y lejano reverberó en el desfiladero de piedra, produciendo escozores en la piel de Etzwane; era un sonido que no podía identificar. No se dio cuenta de que se volvía a dormir, pero cuando despertó, el cielo relucía con su color lavanda ante la proximidad de los tres soles.

Después de un sobrio desayuno de fruta seca y té, los cuatro reemprendieron el camino, pasando una serie de desfiladeros y después frente a un gran prado. Cabalgaron por un bosque de árboles altos y después por un valle yermo. Un risco de unos doscientos metros apareció ante ellos, y en la cima los parapetos de un castillo en ruinas. Gulshe y Srenka se detuvieron a examinar el camino que tenían por delante.

—¿Está habitado el castillo? —preguntó Etzwane.

—¿Quién lo sabe? —refunfuñó Gulshe—. Existen muchos sitios como éste, con bandidos y asesinos esperando para tirar una roca, así que el viajero debe cuidarse.

Srenka señaló con su dedo sucio.

—Pájaros lira vuelan sobre las piedras; el camino puede considerarse seguro.

—¿A qué distancia está el campo de batalla? —preguntó Ifness.

—Una hora de viaje, dando la vuelta a la base de aquella montaña... Vamos, apurémonos. Con pájaros lira o sin ellos, desconfío de estas cuevas de bandidos.

Los cuatro cabalgaron a buen paso, pero el castillo en ruinas no ofrecía amenaza alguna y los pájaros lira revoloteaban como antes.

Descendieron desde el pasadizo. Gulshe señaló hacia la enorme montaña, que se encorvaba como una bestia sobre la planicie.

—Por aquí vinieron los Demonios Rojos, yendo hacia Shagfe, allí al

norte; apenas se ve desde aquí la empalizada de Shagfe. A primera hora de la mañana los hombres atacaron desde las posiciones que habían tomado por la noche, y los Demonios Rojos quedaron rodeados. La batalla duró dos horas y todos los Demonios Rojos fueron muertos, con todas sus mujeres cautivas, y la banda que los destruyó siguió después hacia el sur y nunca más fue vista; un gran misterio. ¡Allí...! Ése en el sitio donde los Demonios Rojos acamparon. La batalla fue cruda. ¡Ah! ¡Huele a carroña!

—¿Qué le parecen los huesos? —preguntó Srenka con una mueca—. ¿Están de acuerdo a lo esperado?

Ifness se adelantó hasta la escena de la carnicería. Había cadáveres de roguskhoi por todos los lados, en una mezcla de extremidades torcidas y posturas contorsionadas. La descomposición ya había avanzado; los ahulphs habían jugado con la idea de devorar esa carne negra, y algunos habían muerto en el experimento: yacían retorcidos como bolas peludas abajo de la pendiente.

Ifness cabalgó en un gran círculo, inspeccionando atentamente los cadáveres, y deteniéndose alguna vez para estudiar largamente una u otra de las hediondas formas rojas. Etwane detuvo su cabalgadura un poco al margen, desde donde podía mirar a los sorukhs. Ifness avanzó y se detuvo junto a Etwane.

—¿Qué te parece la situación?

—Igual que tú, estoy desconcertado —contestó Etwane.

Ifness miró, subiendo las cejas con desaprobación.

—¿Y por qué estoy desconcertado?

—Por las heridas, que no son de espadas ni de garrotes.

—Hummm. ¿Y qué más has notado?

Etwane señaló.

—Aquel con la pechera de cadena parece haber sido un jefe. Ha sido herido en el pecho. El asutra que llevaba fue destruido. Noté otro jefe muerto al otro lado del campo, y tenía una herida similar. Quienes mataron a los roguskhoi, igual que nosotros, conocían a los asutra.

Ifness asintió con la cabeza.

—Así parece.

Los sorukhs se aproximaron, con sus sonrisas artificiales.

—Ahí están los huesos —señaló Srenka—; ¿qué hacemos con esos hermosos huesos?

—Obviamente no están en condiciones de ser vendidos —replicó Ifness—. No les puedo hacer una oferta firme hasta que los limpien y los sequen, los envuelvan en fardos y los envíen al muelle de Shillinsk.

Gulshe dio a su bigote una torsión; Srenka fue menos controlado.

—Me temía esa duplicidad —gritó—. No tenemos ninguna garantía de ganancia, hemos invertido tiempo y equipo sin utilidad alguna, y yo, por lo pronto, no dejaré el asunto así.

Ifness dijo fríamente:

—Cuando volvamos a Shillinsk habré de compensar generosamente a usted y a su camarada; como dice muy bien, han hecho lo que mejor pudieron. Sin embargo, no me voy a llevar un campo lleno de cadáveres para gratificar vuestra avaricia. Deben encontrarse otro cliente.

Srenka torció su rostro en un gesto feroz, con sus dientes caninos que asomaban ya hasta el anillo nasal. Gulshe lo contuvo con un gesto.

—Las protestas son razonables. Comprensiblemente, nuestro amigo no puede cargar con la mercancía en su actual estado. Estoy seguro de que un arreglo conveniente para ambas partes es posible. Dentro de un año los huesos estarán aireados y en buena condición, o podemos alquilar esclavos que hiervan y pelen las osamentas. Entretanto, dejemos este horrible lugar; tengo un presentimiento.

—Vayamos a Shagfe entonces —gruñó Srenka—. En Shagfe me habré de beber un trago de la bodega de Baba.

—Un momento —dijo Ifness, escudriñando hacia las colinas—. Estoy interesado en esa banda que destruyó a los Demonios Rojos. ¿Dónde se fueron después de su victoria?

—Se fueron por donde habían venido —dijo Srenka con desdén—. ¿A qué otro lado podían ir?

—¿No visitaron Shagfe?

—En Shagfe podrá preguntar.

Etwane dijo:

—Los ahulphs podrían seguirles el rastro.

—Hace un mes que se fueron lejos —dijo Ifness—. El esfuerzo podría ser tedioso.

—En Shagfe oiremos noticias, sin duda —sugirió Gulshe.

—Vayamos a Shagfe entonces —propuso Srenka—. Tengo ganas de llegar hasta la bodega del viejo Baba.

Ifness se volvió para echar un vistazo hacia Shagfe. Ya Gulshe y Srenka cabalgaron hacia abajo por la pendiente. Se detuvieron y miraron hacia atrás.

—Vamos, el día no es eterno ¡más allá está Shagfe!

—Muy bien —dijo Ifness—. Visitaremos Shagfe.

Shagfe, una población lúgubre y humilde, se conocía bajo una luz solar lavanda. Chozas de barro primitivo se alineaban en una calle barrida por el viento; más allá había un grupo de tiendas de cuero. Una estructura de techo bajo, hecha de barro y zarzo, dominaba el pueblo: era la posada. Un sonoro molino cercano echaba agua sobre un tanque, que desbordaba sobre un canalillo; allí había una banda de ahulphs que habían venido a beber. Habían traído cristales de roca y los habían cambiado ya por tiras de tela amarilla que se habían atado a sus aparatos de oír.

De camino a Shagfe los cuatro habían pasado frente a los depósitos de esclavos: un conjunto de tres cobertizos y tres patios cercados donde se alojaban un grupo de hombres, igual cantidad de mujeres y algunas docenas de niños de ojos ciegos.

Ifness, deteniendo su cabalgadura, se volvió a Gulshe.

—¿Quiénes son estos cautivos: personas locales?

Gulshe examinó al grupo sin mucho interés.

—Parecen extranjeros, probablemente gente en exceso, vendida por el caudillo de su clan. Podrían ser personas atrapadas en expediciones más allá de las montañas. O podrían ser personas capturadas y vendidas por empresas privadas. —Gulshe dejó oír un curioso chasquido—. En una palabra, son alguien que no puede impedirlo. Aquí no hay nadie, y cada uno debe preocuparse de sí mismo.

—Semejante existencia es desagradable —dijo Etwane con disgusto.

Gulshe le miró sin comprenderle y se volvió a Ifness como cuestionando el equilibrio mental de Etwane. Ifness sonrió tristemente.

—¿Quién compra los esclavos?

Gulshe se encogió de hombros.

—Hozman Garganta Ronca se los lleva todos, y paga su buen peso en metal por la compra.

—Usted sabe mucho sobre ese tema —dijo Etwane con una voz amargada.

Srenka dijo:

—¿Y qué hay con eso? ¿Nos va a quitar un medio de vida? Quizá ha llegado el momento de que nos entendamos.

—Sí —dijo Gulshe—. Ha llegado el momento. —Sacó un cuchillo de gran hoja, con mango de vidrio negro pulido—. La magia no podrá gran cosa contra mi cuchillo, y puedo partirles como si fueran melones. Desmonten y quédense frente a los cobertizos.

Ifness preguntó con voz suave:

—¿Debo entender que nos está procurando alguna incomodidad?

—Somos hombres de negocios —prorrumpió Srenka con voz sonora—. Vivimos de hacer ganancias. Si no podemos vender huesos, venderemos esclavos, y para eso les trajimos a Shagfe. Y además soy muy diestro arrojando cuchillos. ¡Desmonten!

—Es humillante ser capturado justo enfrente de los cobertizos de esclavos —opinó Ifness—. Usted no muestra ninguna contemplación por nuestra sensibilidad, y aunque sólo sea por esa razón, nos negamos a gratificar sus deseos.

Srenka resopló. Gulshe permitió que una línea de dientes amarillos asomara bajo su bigote.

—¡Desmonten! ¡Al suelo, y pronto!

Etwane habló con suavidad.

—¿Habéis olvidado la maldición impuesta en Shillinsk?

—Cientos de maldiciones pesan ya sobre nuestras espaldas, ¿qué daño podrá hacernos otra? —Gulshe agitó su cuchillo—. ¡Desmonten!

Ifness se encogió de hombros.

—Bien, entonces, si debemos, debemos... El destino juega extrañas trampas.

Levantándose pesadamente, puso su mano sobre la cadera de la cabalgadura. El animal rugió de dolor y embistió contra la de Gulshe, tirando a la bestia al suelo. Srenka arrojó su cuchillo contra Etwane, que se había tirado al suelo; el cuchillo cortó el aire poco arriba de su hombro. Ifness se adelantó y atrapó el anillo de la nariz de Srenka. Éste emitió un silbido que habría sido un grito si hubiera sido capaz de articular.

—Tenlo asido por el anillo —instruyó Ifness a Etwane—. Consérvalo sujeto.

Ifness fue hasta donde Gulshe, tambaleando, maldiciendo, apoyándose en el suelo, procuraba reincorporarse. Le puso una mano amistosa en el hombro; Gulshe hizo una contorsión espasmódica y cayó otra vez al suelo.

—Me temo que debo llevarme su cuchillo —anunció Ifness—. Ya no habrá de necesitarlo.

Ifness y Etwane continuaron hacia la posada de barro y zarzo, conduciendo a las bestias sin jinetes. Ifness dijo:

—Seis onzas de plata por dos individuos aptos. No parece una gran suma. Quizá fuimos engañados. Pero no importa, de cualquier manera. Gulshe y Srenka se beneficiarán enormemente al aprender otra faceta del negocio de esclavos... Casi desearía que... ¡Pero no! No es cortés pensar en mi colega Dasconetta en ese sentido. En cierta manera lamento la separación de Gulshe y Srenka. Eran compañeros pintorescos.

Etwane miró atrás sobre su hombro hacia los cobertizos de los esclavos. Si no fuera por el equipo de energía de Ifness, ahora estaría mirando a través de las rejas. Pero éstos eran los riesgos que había sopesado en Garwiy; había elegido enfrentarlos en lugar de proseguir una vida de seguridad, música y comodidad. Ifness estaba hablando, a sí mismo y también a Etwane.

—Sólo lamento que no aprendimos más de Gulshe y Srenka... Bien, aquí estamos ya en la posada. En comparación, la de Shillinsk parece un ideal de lujo palaciego. Nos presentaremos, no como magos ni como estudiantes en investigación, ni siquiera como mercaderes en huesos. La ocupación más

prestigiosa en Shagfe es el tráfico de esclavos, y ése será nuestro oficio.

En la posada se detuvieron para inspeccionar el sitio. La tarde era cálida y plácida; los niños jugaban en el polvo, otros mayores jugaban entre las tiendas a atrapar esclavos, adelantándose con cuerdas para arrastrar a sus cautivos. En el canal, debajo del molino, tres mujeres de pelo negro, con pantalones de cuero y capas de paja, jugaban con los ahulphs. Las mujeres llevaban palos y pegaban en los pies largos y sensibles de los ahulphs cada vez que éstos querían beber; a su vez los ahulphs tiraban polvo sobre las mujeres y gritaban por el castigo. Del otro lado del camino, una docena de individuos con capas informes de paja ofrecían mercancías en venta: bolas de alimento rojo oscuro, lenguas de carne seca, dedos azul-negros en cajas de moho húmedo, escarabajos verdes y gordos atados en estacas, barras de azúcar, pájaros hervidos, cardamomos, costras de sal. Arriba había un vasto cielo brillante; a los lados, la planicie, visible sólo como una vibración de puntos negros, con una delgada capa de polvo lavanda sobre ellos...

Ifness y Etzwane se acercaron a la posada y entraron por un orificio en la pared de barro. El cuarto común era estrecho y olía a humedad. Una estantería detrás del mostrador sostenía tres barriles; en otros lados había bancos y taburetes donde media docena de hombres se sentaban con recipientes de barro que contenían vino agrio, o con jarros del famoso licor de la bodega de Shagfe. La conversación se detuvo; los hombres miraron a Ifness y a Etzwane con intensidad. La única iluminación era el reflejo púrpura del exterior que se filtraba por el agujero de la puerta. Ifness y Etzwane escrutaron el cuarto en su derredor, mientras sus ojos se acomodaban a la penumbra.

Un hombre bajo con el pecho desnudo y un largo cabello blanco se adelantó. Vestía un delantal de cuero y botas hasta la rodilla; aparentemente era Baba, el propietario. En un rudo dialecto preguntó qué necesitaban, lo que Etzwane comprendió más bien por adivinación.

Ifness contestó con una aceptable simulación del dialecto.

—¿Qué clase de alojamiento nos pueden proveer?

—El mejor de Shagfe —declaró el posadero Baba—. Cualquiera puede decirles eso. ¿Esa pregunta es sólo por curiosidad?

—No —replicó Ifness—. Puede mostrarnos lo mejor que tenga para ofrecer.

—Eso es bastante simple —comentó Baba—. Por aquí, si me hacen el favor.

Les condujo hacia abajo por un corredor pestilente y pasaron una cocina rudimentaria, donde una gran caldera hervía sobre el fuego, y después a un patio descubierto, rodeado en todo el perímetro por un techo saliente.

—Seleccionen la zona que deseen. La lluvia generalmente viene inclinada desde el sur, y la parte sur es la más seca.

Ifness asintió con un gesto serio.

—El alojamiento es adecuado. ¿Qué hacemos con las cabalgaduras?

—Las llevaré al establo y les daré pienso, suponiendo que paguen lo adecuado. ¿Cuánto tiempo habrán de quedarse?

—Un día o dos, quizá más, según marchen nuestros negocios. Somos traficantes de esclavos, con una comisión asignada para comprar una docena de Demonios Rojos, fuertes, para la galera de un potentado de la costa oriental. Tenemos entendido sin embargo, que todos los Demonios Rojos han sido muertos, lo que ha sido una mala noticia.

—Vuestra desgracia es mi buena suerte, porque estaban marchando hacia Shagfe y pudieron haber destruido mi posada.

—¿Quizá los conquistadores se llevaron prisioneros?

—Creo que no, pero en el cuarto grande está sentado Fabrache *el Afortunado Pequeño Sobreviviente*. Aduce haber presenciado una batalla, y ¿quién puede discutir su palabra? Si le invitan con un jarro o dos, su lengua habrá de agitarse libremente, estoy seguro de eso.

—Una feliz idea. Ahora, en cuanto a los gastos por nosotros y nuestras cabalgaduras...

El regateo prosiguió. Ifness haciéndose el difícil para evitar una reputación de dispendioso. Después de cinco minutos, un valor especificado como dos onzas de plata compensaría alimentos de alta calidad y alojamiento durante cinco días.

—Muy bien, entonces —dijo Ifness—, aunque como de costumbre he permitido que un hábil conversador me convenza de una loca extravagancia.

Ahora habremos de conferenciar con Fabrache *el Afortunado Pequeño Sobreviviente*. ¿Cómo obtuvo ese apelativo tan curioso?

—No es más que un apodo infantil. Cuando era niño, su madre intentó ahogarlo tres veces, y las tres veces él emergió a través del barro. Ella abandonó el propósito y hasta le puso el apelativo. Se supone que si Gaspard el Dios hubiera deseado su muerte, no habría desperdiciado aquella temprana oportunidad.

Baba les condujo de vuelta al salón. Los presentó alzando la voz:

—Presento a esta compañía a los nobles Ifness y Etwane, que han venido a Shagfe a comprar esclavos.

Un hombre que estaba a un lado lanzó un quejido.

—¿Así que ahora compiten con Hozman Garganta Ronca para elevar aún más los precios?

—Hozman Garganta Ronca no ha pedido Demonios Rojos, que es lo que estos comerciantes requieren.

Baba el posadero se volvió hacia un hombre alto y delgado con cara larga y una barba que le colgaba del mentón como un mechón de pelo negro.

—Fabrache, ¿cuál es la verdad? ¿Cuántos Demonios Rojos sobreviven?

Fabrache contestó con la deliberación de un hombre obstinado.

—Los Demonios Rojos han sido exterminados en el distrito Mirkil, es decir, en la vecindad de Shagfe. He hablado con hombres de la raza tchark, al sur de Kuzi Kaza; informaron que las bandas de Demonios Rojos se unieron en una sola horda, que luego marchó hacia el norte. Dos días después presencié cómo un ejército de magos destrozaba a esa horda. Cada Demonio Rojo fue muerto y después remuerto; una visión que nunca olvidaré.

—¿El ejército mágico no tomó prisioneros? —preguntó Ifness.

—Ninguno. Destrozaron a los Demonios Rojos y marcharon hacia el Este. Yo bajé al campo de batalla para llevarme el metal, pero los ahulphs me habían precedido y se lo habían llevado. Pero aquí no termina la historia. Cuando volvía hacia Shagfe, vi un gran barco que se elevaba en el aire, liviano como una pluma, y desaparecía detrás de las nubes.

—¡Visión milagrosa! —declaró Ifness—. Posadero, sirva a este hombre otro jarro de la bebida de la casa.

Etzwane preguntó:

—¿La nave era redonda como un disco y del color cobre-bronce?

Fabrache *el Afortunado Pequeño Sobreviviente*, hizo un signo negativo.

—Era un impresionante globo negro. Los discos de cobre que usted menciona fueron vistos en la gran batalla de naves espaciales; los discos y los globos negros combatían entre sí.

Ifness asintió gravemente y lanzó una mirada de advertencia a Etzwane.

—Hemos oído algo sobre esa batalla. Ocho naves de cobre se enfrentaron a seis globos negros en un sitio cuyo nombre no recuerdo.

Los otros que estaban en la habitación se apresuraron a contradecirle.

—Su información es inexacta. Cuatro de los globos negros atacaron a dos discos de cobre, y estos discos de cobre fueron destrozados en fragmentos.

—Me pregunto si hablamos de la misma batalla —musitó Ifness—. ¿Cuándo ocurrió la que ustedes mencionan?

—Hace sólo dos días; casi no hemos hablado después de otra cosa. Hechos semejantes nunca habían ocurrido antes en el distrito Mirkil.

—¿Y dónde fue esa batalla? —insistió Ifness.

—Más allá, sobre las montañas Orgai —explicó Fabrache—. Pasando el Thrie Orgai, o así se dice; yo nunca he estado allí.

—¡Cuando uno lo piensa, es cerca de Shagfe! —exclamó el posadero Baba—. ¡Apenas dos días de cabalgata!

—Viajamos en esa dirección —dijo Ifness—. Me gustaría inspeccionar el sitio.

Se dirigió al Afortunado Pequeño Sobreviviente.

—¿Le gustaría ser nuestro guía?

Fabrache se mesó la barba. Miró hacia un lado, a uno de sus compañeros.

—¿Qué noticias hay del clan gogursk? ¿Han hecho su viaje al oeste?

—No hay que temer por los gogursk —explicó su amigo—. Este año van al sur, hasta el lago Urman, buscando cangrejos. El Orgai está libre de amenazas, excepto, desde luego, por los saqueos de Hozman Garganta Ronca.

Desde fuera de la posada se escuchó un ruido de cascos y el sonido de voces gruesas y ásperas. El dueño miró a través de la puerta y habló sobre su

hombro.

—Gusanos azules de Kash.

Entonces dos de los hombres presentes se levantaron con rapidez y partieron por el corredor trasero. Otro llamó:

—Fabrache, ¿qué has hecho? ¿No has llevado cuatro chicas de Gusanos Azules a Hozman?

—No discuto mis negocios en público —contestó el Afortunado Pequeño Sobreviviente—. De cualquier manera, ese episodio ocurrió el año pasado.

Los hombres de la tribu entraron en la habitación. Después de escudriñar en la penumbra, se sentaron a las mesas y golpearon pidiendo bebidas. Eran nueve hombres, con caras redondas y barba escasa, que vestían pantalones de cuero, botas negras de capuchón, blusas de yute verde, casco puntiagudo con lentejuelas bordadas que se agitaban con cada movimiento de cabeza. Etwane los catalogó como la banda más rufianesca de su experiencia y se tiró hacia atrás por el olor que les había acompañado hasta la habitación.

El más viejo de los kash dio a su casco una sacudida y exigió con voz perentoria:

—¿Dónde está el hombre que compra esclavos a alto precio?

Fabrache contestó con voz leve:

—Ahora no está presente.

El posadero Baba preguntó con cautela:

—¿Tienen esclavos para vender?

—Por cierto que sí, y son las personas que ahora están presentes, salvo el posadero. Considérense nuestros prisioneros.

Fabrache lanzó un grito de indignación.

—¡Ése no es el procedimiento correcto! ¡Un hombre tiene derecho en Shagfe a beber su cerveza creyéndose seguro!

—Por otra parte —declaró Baba—, no toleraré tal conducta. ¿Qué ocurriría con mis clientes? Esa amenaza debe ser retractada.

El viejo kash sonrió y agitó las bordaduras de su casco.

—Muy bien, en vista de la protesta general, dejaremos de lado nuestros mejores intereses. Sin embargo, debemos cambiar una palabra con Hozman Garganta Ronca. Ha tratado con severidad al clan kash. ¿Dónde vende a

nuestra gente?

—Otros han hecho preguntas similares sin recibir respuesta —dijo Baba—. Hozman Garganta Ronca no está ahora en Shagfe, e ignoro sus planes.

El viejo Gusano Azul hizo un gesto de resignación.

—En ese caso beberemos y haremos una comida con eso que se cocina y cuyo olor ya siento.

—Está muy bien. ¿Y cómo van a pagar?

—Llevamos algunos sacos de aceite de safad, para compensar nuestras cuentas.

Baba dijo.

—Traigan el aceite, mientras voy a buscar otro jarro del brebaje del sótano.

La noche transcurrió sin derramamiento de sangre. Ifness y Etwane se sentaron a un lado, viendo a aquellas enormes figuras que iban de un lado a otro por delante del fuego. Etwane trató de definir la cualidad con la que esos ruidosos celebrantes se diferenciaban de la población general de Shant... Intensidad, buen gusto, un enfoque de cada sentido sobre el instante inmediato, eso caracteriza a la gente de Caraz. Los actos triviales inducían a reacciones exageradas. La risa sacudía las costillas; la rabia venía enfurecida y repentina; la pena era tan intensa que se convertía en intolerable. En cada aspecto de la existencia los hombres del clan fijaban una percepción estrecha y minuciosa, no dejando que nada pasara inadvertido. Tales raptos y transportes de la emoción dejaban poco tiempo para la meditación, razonó Etwane. ¿Cómo un Gusano Azul Hulka podía convertirse en músico si sufría de una congénita falta de paciencia? Bailes salvajes alrededor de la hoguera, peleas y crímenes, ése era el estilo de los bárbaros.

Ifness y Etwane abandonaron esa compañía. Desenrollaron sus mantas bajo la cubierta del patio y se acostaron a descansar. Durante un rato Etwane escuchó los ruidos de la sala. Quería preguntar a Ifness sus teorías sobre las batallas entre naves espaciales que habían ocurrido más allá del Thrie Orgai, pero no tenía estómago para tolerar una respuesta cáustica o ambigua... Si

los asutra y sus anfitriones habían construido los discos de cobre, ¿qué raza había hecho los globos espaciales negros? Y en todo caso, ¿qué raza de hombres con armas mágicas había destrozado a los roguskhoi? ¿Por qué los hombres, los roguskhoi, las naves espaciales cobrizas y las negras habían venido a Caraz para librar sus batallas? Etwane hizo una pregunta cautelosa a Ifness:

—¿Alguno de los mundos de la Tierra construye vehículos espaciales en forma de globos negros?

La pregunta era sucinta y precisa; Ifness no podría encontrarle defectos. Contestó con voz neutral:

—Que yo sepa, no. —Y agregó—: Estoy desconcertado como tú. Parecería que los asutra tienen enemigos entre las estrellas. Quizá enemigos humanos.

—Esa posibilidad por sí sola ya justifica tu desafío a Dasconetta —declaró Etwane.

—Así parecería —convino Ifness.

Los Gusanos Azules de Kash eligieron pasar la noche al aire libre durmiendo al lado de sus monturas; Ifness y Etwane pudieron pasar una noche tranquila.

En la mañana fría, Baba les trajo jarros del brebaje caliente, con trozos flotantes del queso agrio local.

—Si es que van a salir para Thrie Orgai, partan rápidamente. Cruzarán el Desierto Salvaje a media tarde, y pueden pasar la noche en un árbol junto al Vurush.

—Buen consejo —dijo Ifness—. Prepárenos un desayuno de carne frita con pan y envíe un chico a despertar a Fabrache. Además, beberemos té de hierbas con nuestra comida, en lugar de ese brebaje excelente, pero demasiado nutritivo.

—Fabrache está listo —dijo el posadero—. Quiere partir mientras los Gusanos Azules están aún adormilados. El desayuno ya está preparado. Contiene cereales y pasta de langosta, como el de todos. En cuanto al té, les puedo hervir un caldo de yuyo de pimienta, si eso va bien con vuestro gusto.

Ifness hizo una señal de resignada aquiescencia.

—Traiga nuestras monturas hacia el frente; partiremos lo antes posible.

CAPÍTULO V

Los Gusanos Azules de Kash estaban levantándose cuando Ifness, Etwane y Fabrache partieron. Un hombre lanzó una maldición; otro se incorporó para mirarlos, pero no estaban con ánimo de perseguirlos.

Desde Shagfe los tres cabalaron a través del Desierto Salvaje, un llano calizo que se extendía hasta los límites de la visión. La superficie era una costra dura, blanca como el hueso, cubierta de un polvo fino y acre. A través del desierto soplaban una docena de demonios de vientos, hacia un lado y otro, como bailarinas de una pavana, hasta el horizonte y otra vez de vuelta, algunos altos e imponentes contra el cielo brillante, otros bajos hasta el suelo, escurriéndose sin dignidad, deshaciéndose en pizcas. Durante un rato Fabrache vigiló la retaguardia, pero cuando desapareció la hilera de chozas en la distancia lavanda y polvorienta y no aparecieron formas negras de perseguidores, mostró una disposición más confiada. Mirando de soslayo hacia Ifness, habló con voz cauta.

—Anoche no hicimos ningún contrato formal, pero supongo que viajamos con un acuerdo recíproco y que ninguna de las parte intentará dominar a la otra.

Ifness apoyó ese punto de vista.

—No tenemos ningún interés en la esclavitud. Hemos vendido un par de sorukhs en nuestro viaje hacia Shagfe, pero, para hablar francamente, la vida de un traficante de esclavos es demasiado precaria y poco conveniente, por lo menos en el distrito Mirkil.

—La región ha sido muy explotada —comentó Fabrache—. Desde que Hozman Garganta Ronca se puso activo la población ha disminuido a la mitad. En la posada de Shagfe veíamos muchos rostros extraños, muy diferentes vestuarios y estilos. Cada clan hulka mantiene de tres a siete grupos-fetiché; después están los sorukhs del distrito Shillinsk, los Cabezas de Pala y los alulas del lago Nios, la gente de Kuzi Kaza. Una modesto

traficante de esclavos como yo mismo podía ganar un cierto ingreso y mantener a una mujer o dos para su propio uso. Pero Hozman Garganta Ronca terminó con todo eso. Ahora debemos rastrear las cercanías para conseguir nuestro sustento.

—¿Dónde vende Hozman Garganta Ronca su mercancía?

—Hozman tiene sus secretos —explicó Fabrache con un tono de desprecio—. Algún día irá demasiado lejos. El mundo se está volviendo agrio; no era así cuando yo era muchacho. ¡Dése cuenta! Naves espaciales en combate; Demonios Rojos que saquean y matan; Hozman Garganta Ronca y su aumento ilusorio de precios inflacionarios. Y entonces, cuando nos destruya y consiga despoblar Mirkil, se mudará a otro lado y hará allí el mismo pillaje.

—Estoy ansioso por encontrar a Hozman —anunció Ifness—. Debe de tener cosas interesantes para contar.

—Por el contrario, es tan seco como un chumpa estreñido.

—Ya veremos, ya veremos.

Mientras el día avanzaba, el aire se aquietó y los demonios de viento desaparecieron; los tres cruzaron la planicie sin otra incomodidad que un calor de horno. A media tarde aparecieron las primeras laderas del Orgai, y el Desierto Salvaje quedó atrás. Cuando los tres soles se ocultaron tras las montañas, cabalgaron hacia la cima de una colina y vieron ante sí al ancho Vurush, que corría desde detrás del Thrie Orgai y luego hacia el norte en una neblina. Un bosquecillo de arbustos retorcidos crecía junto al agua, y aquí Fabrache eligió acampar durante la noche, aunque las huellas de chumpa eran evidentes a lo largo de la orilla.

—No pueden ser evitados, cualquiera que sea el sitio en que acampemos —explicó Fabrache—. Tres hombres con antorchas pueden mantenerlos a distancia, si hace falta.

—¿Así que debemos vigilar durante la noche?

—De ninguna manera —contestó Fabrache—. Los animales habrán de vigilar, y yo mantendré el fuego encendido.

Ató las monturas a un árbol y armó un fuego en la orilla. Después, mientras Ifness y Etwane juntaban un hato de ramas resinosas, Fabrache

recogió una docena de cangrejos del barro, los limpió, los tostó y entretanto cocinó unos bizcochos sobre piedras calientes.

—Usted es muy eficiente —comentó Ifness—. Es un placer verle trabajar.

Fabrache sacudió la cabeza.

—Esto es lo único que sé. Es una habilidad adquirida a través de una vida dura. Su cumplimiento no me da ningún placer.

—Pero seguramente tiene otras habilidades.

—Sí. Me consideran un buen barbero. Ocasionalmente imito en broma las costumbres del apareamiento de los ahulphs. Pero son logros modestos, diez años después de mi muerte habré sido olvidado y me habré unido con el suelo de Caraz. Y sin embargo me considero un hombre afortunado; más que la mayoría. A menudo me he preguntado por qué se me dio a vivir la vida de Kyril Fabrache.

—Esas reflexiones, en un momento u otro, se nos han ocurrido a todos —sentenció Ifness—, pero a menos que aceptemos una religión de reencarnaciones graduadas, la pregunta es ingenua.

Se levantó y contempló el paisaje.

—Supongo que los Demonios Rojos nunca han llegado tan al oeste.

Molesto por la indiferencia de Ifness a sus inquietudes por la verdad personal, Fabrache dio sólo una breve respuesta.

—Nunca llegaron siquiera a Shagfe.

Se fue a atender a las monturas.

Ifness consideró la masa del Orgai hacia el norte, donde el Thrie Orgai relucía en púrpura contra los últimos rayos de los soles que se ocultaban.

—En este caso, la batalla de naves espaciales parecería independiente de la masacre de los roguskhoi —reflexionó—. Los hechos, desde luego, están relacionados; de eso no puede haber duda... Mañana será un día interesante.

Hizo una de sus raras gesticulaciones.

—Si yo pudiera obtener una nave espacial, o siquiera su casco, estaría vindicado. Dasconetta quedará gris de rabia; ahora mismo se está mordiendo los nudillos... Sólo podemos confiar en que esas naves espaciales existan y que sean algo más que ilusiones.

Etwane, vagamente fastidiado por las aspiraciones de Ifness, acotó:

—No veo qué valor podría tener una nave espacial ya destruida; han sido conocidas durante millares de años y deben de ser comunes en todo el sistema de los mundos de la Tierra.

—Cierto —aceptó Ifness, aún elevado por sus visiones de triunfo—, pero son el producto del conocimiento humano, y existen muchos conocimientos.

—¡Bah! —gruñó Etwane—, el hierro es el hierro, el vidrio es el vidrio, y eso es lo mismo aquí que en el confín del universo.

—También es cierto. Los elementos básicos son conocidos por todos. Pero no hay límite definido para el conocimiento. Cada conjunto de verdades últimas es susceptible de examen y debe ser analizado en términos nuevos. Estas capas sucesivas de conocimiento son innumerables. Las que no son familiares derivan del nivel superior o del inferior. Es concebible que existan frases disociadas del conocimiento; se me ocurre el campo de la parapsicología. La ley básica del cosmos es ésta: en una situación de infinitud, todo lo que sea posible existe de hecho. Para particularizar, la tecnología que mueve una nave espacial enemiga debe ser distinta a la de la Tierra, y esa tecnología debe ser materia de enorme interés, aunque sólo fuera filosóficamente. —Ifness miró el fuego—. Debo subrayar que el conocimiento aumentado no es necesariamente una virtud y fácilmente podría ser peligroso.

—Es ese caso —objetó Etwane—, ¿por qué estás tan ansioso de transmitir ese conocimiento?

Ifness dejó oír un chasquido de la lengua.

—En primer lugar, es una inclinación humana la de hacerlo. En segundo lugar, el grupo que integro y del que Dasconetta será naturalmente expulsado, es competente para controlar los más peligrosos secretos. En tercer lugar, no puedo descuidar mi ventaja personal. Si yo entrego una nave espacial enemiga al Instituto Histórico, o incluso un casco averiado, ganaré enorme prestigio.

Etwane se volvió a tender en su cama, reflexionando que de los tres motivos de Ifness, el último era el más lógico.

La noche transcurrió sin incidentes. Tres veces Etwane se despertó. Una

vez escuchó desde lejos el desafío retumbante de un chumpa y de una distancia aún más lejana los gritos de respuesta de una tribu ahulph, pero ninguno de ellos vino a perturbar el campamento junto al río.

Fabrache se despertó antes de amanecer. Sopló el fuego y preparó un desayuno con cereal, carne picante y té.

Poco después del amanecer los tres montaron en sus cabalgaduras y partieron hacia el sur, a lo largo de la orilla del Vurush. Gradualmente fueron ascendiendo al Orgai.

Poco antes de mediodía Fabrache detuvo a su animal. Inclino la cabeza, como si escuchara, y miró lentamente a los lados.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ifness.

Fabrache no contestó. Señaló hacia la abertura que daba al valle de piedra.

—Aquí fue donde los globos negros descubrieron a las naves de disco, aquí donde ocurrió la batalla.

Levantándose para quedar de pie sobre las espuelas, miró a los lados de las colinas y volvió a examinar el cielo.

—Ha tenido un presentimiento —dijo Etwane suavemente.

Fabrache se tiro nerviosamente de la barba.

—El valle ha presenciado un extraordinario suceso; el aire aún tintinea... ¿No hay algo más? —Impacientemente torció su cuerpo en la montura, volcando sus ojos de un lado a otro—. Hay una presión sobre mí.

Etwane barrió el valle con la mirada. A derecha e izquierda, algunas gargantas profundas se abrían en la piedra, los grandes terrenos se cocían bajo el sol, las sombras se coloreaban de negro y verde botella. Un pequeño movimiento captó su atención: a unos treinta metros se agazapaba un gran ahulph, vacilando en tirar o no una piedra. Etwane dijo:

—Quizá ha sentido la presencia del ahulph.

Fabrache saltó, abrumado porque Etwane había sido el primero en ver a la criatura. El ahulph, color negroazul, de una variedad desconocida para Etwane, sacudió las fibras de sus orejas y comenzó a alejarse. Fabrache hizo una llamada en sonidos onomatopéyicos. El ahulph se detuvo. Fabrache habló nuevamente, y con el contoneo juguetón que es típico de los ahulphs

más grandes, la criatura descendió. Amablemente lanzó un olor «gregario»^[8] y se adelantó. Fabrache desmontó de su cabalgadura y señaló a Ifness y Etwane, que hicieran lo mismo. Alcanzándole un pedazo de bizcocho, habló nuevamente al ahulph en sonidos infantiles. El ahulph dio una respuesta fervorosa y complicada.

Fabrache se volvió a sus compañeros.

—El ahulph ha presenciado la batalla. Me ha explicado la secuencia de los acontecimientos. Dos discos de cobre descendieron al extremo del valle y se quedaron allí casi una semana. Salieron algunas personas y caminaron en su derredor. Se mantenían sobre dos pies, pero exhalaban un olor no humano. El ahulph no prestó atención a su aparición. No hicieron nada durante su estadía y sólo salieron al amanecer y al crepúsculo. Tres días atrás, a mediodía, aparecieron cuatro globos negros a un par de kilómetros de distancia. Las naves de disco fueron tomadas por sorpresa. Los globos negros lanzaron rayos e hicieron explotar ambas naves; luego se fueron tan abruptamente como habían venido. Los ahulph vieron el destrozo, pero no tuvieron confianza para acercarse. Ayer apareció una enorme nave disco en el cielo. Después de dar vueltas durante una hora, levantó el casco que había sufrido menos daño y se lo llevó. Quedan fragmentos del segundo.

—Interesantes noticias —murmuró Ifness—. Tírele a esa criatura otro trozo de bizcocho. Estoy ansioso por inspeccionar el casco averiado.

Fabrache se rascó la barbilla, donde nacían los primeros pelos de su barba.

—Debo reconocer una desconfianza parecida a la del ahulph. El valle contiene una presencia sobrenatural que yo no quisiera poner a prueba.

—No pida disculpas —contestó Ifness—. No en vano se le conoce como el Afortunado Pequeño Sobreviviente. ¿Nos podrá esperar aquí, junto al ahulph?

—Eso haré —prometió Fabrache.

Ifness y Etwane se dirigieron hacia el valle. Cabalgaron un par de kilómetros, con los montes de piedra que se elevaban a cada lado. El suelo del valle se ensanchaba hasta convertirse en un llano arenoso, y allí encontraron el casco de la segunda nave. La superficie exterior había sido

rota y quebrada en una docena de sitios y una sección entera había desaparecido. Por los agujeros aparecían metales retorcidos y se derramaban líquidos viscosos. La parte superior había explotado en tiras que yacían desparramadas alrededor; el terreno por debajo mostraba anillos de un polvo blanco, verde y amarillo.

Ifness lanzó un silbido de disgusto. Sacó su cámara y fotografió el casco.

—No había esperado nada mejor que esto, pero tenía alguna esperanza. ¡Qué trofeo habría sido, si la nave fuera susceptible de estudio! ¡Una nueva cosmología, de hecho, para compararla con la nuestra! Es una tragedia encontrar esto.

Etwane se sintió ligeramente sorprendido por la vehemencia de Ifness; una exhibición tal no era lo acostumbrado. Se acercaron y la nave espacial ejerció sobre ellos una mágica fascinación, una majestad triste y extraña. Ifness desmontó. Levantó un fragmento de metal, lo sopesó, lo puso a un lado. Se acercó más al casco, miró al interior, sacudió su cabeza con disgusto.

—Todo lo interesante está evaporado, aplastado o derretido; aquí no tenemos nada que aprender.

Etwane habló.

—¿Notas que falta una parte de la nave? Mira más allá en aquella barranca; ahí fue a caer.

Ifness miró donde Etwane señalaba.

—La nave fue primero atacada, quizá por alguna fuerza explosiva y después nuevamente golpeada, con la energía suficiente para provocar la fundición.

Fue hacia la barranca, que estaba a unos cuarenta metros, donde se había alojado un sector de la nave, con forma de pastel. La superficie exterior, dentada y deformada, pero por algún milagro aún entera, se había aplastado contra la estrecha abertura de la garganta, como un gran sello de bronce.

Los dos apartaron piedras hasta que llegaron al metal amigado. Ifness forcejeó en el borde de una sección quebrada. Etwane le ayudó; insistiendo en el forcejeo, doblaron la hoja hasta conseguir una abertura hacia el interior. Salió un olor pestilente; un aroma de podredumbre, distinto a todo lo que Etwane hubiera conocido antes... Se puso rígido y levantó una mano.

—¡Escucha!

Desde abajo llegaba un leve sonido de rasgueo, que persistió durante dos o tres segundos.

—Algo parece estar vivo.

Etwane miró hacia abajo en la oscuridad. La idea de entrar en la nave destrozada no le atraía.

Ifness no tenía esos temores. De su bolsillo extrajo un objeto que Etwane nunca había visto: un cubo transparente, de pocos centímetros de lado. Repentinamente emitió un rayo de luz, que Ifness enfocó hacia el interior oscuro. Un metro más abajo, un banco roto se atravesaba frente a lo que parecía ser una cámara-depósito; un montón de objetos caídos de los estantes se amontonaban contra la pared más lejana. Ifness se apoyó en el banco y saltó al piso. Etwane echó un último vistazo anhelante hacia el valle en su derredor, y le siguió. Ifness se detuvo a inspeccionar los objetos que había contra la pared. Hizo una señal.

—Un cadáver.

Etwane se acercó para poder mirar. La criatura muerta yacía sobre su espalda, empujada hacia la pared.

—Un bípedo antropomórfico —dijo Ifness—. Claramente no es un hombre, ni parecido a un hombre, excepto por dos piernas, dos brazos y una cabeza. Hasta huele distinto a la carroña humana.

—Peor —murmuró Etwane. Se inclinó hacia adelante, estudiando aquella cosa muerta, que no tenía ropas excepto varias correas que sostenían tres bolsas, una en cada cadera, otra en la nuca. La piel, como un pergamino púrpura y negro, parecía tan dura como cuero viejo. La cabeza mostraba una cantidad de prominencias huesudas y paralelas, que nacían de la parte superior de un anillo protector, alrededor del ojo único, y seguían hacia atrás por el cuero cabelludo. Un orificio similar a una boca aparecía en la base del cuello. Grupos de cerdas servían aparentemente como órganos auditivos.

Ifness vio algo que había escapado a Etwane. Cogió un trozo de tubo y empujó hacia adelante. En las sombras de la espalda del cadáver apareció un comienzo de movimiento repentino, pero Ifness fue muy rápido; el tubo pegó de nuevo sobre la pequeña criatura de seis patas que se había ocultado en el

bolso de la nuca.

—¿Un asutra? —preguntó Etwane.

Ifness hizo con su cabeza un gesto de asentimiento.

—Un asutra y su anfitrión.

Etwane inspeccionó otra vez a la criatura de dos piernas.

—Es parecido a los roguskhoi, por la piel dura, la forma de la cabeza, las manos y los pies.

—He notado la similitud —dijo Ifness—. Podría ser una forma colateral, o la especie de la cual los roguskhoi derivaron. —Habló sin tono, mientras sus ojos miraban aquí y allá. Etwane nunca lo había visto tan ansioso—. Despacio ahora.

Con largos pasos suaves fue hasta el cabezal y colocó su luz a través de una abertura.

Vieron una habitación de unos seis metros de largo, con los extremos retorcidos y distorsionados. En el extremo opuesto se filtraba una débil luz diurna, que entraba por algunas fisuras.

Ifness se deslizó cautamente por esa sala, manteniendo la luz en una mano, el arma de energía en la otra.

La habitación estaba vacía. Etwane no pudo imaginarse su función o propósito. Un banco flanqueaba tres paredes, con armarios superiores que contenían objetos de vidrio y metal a los que Etwane no habría podido dar un nombre. La cubierta exterior y una pared estaban aplastadas dentro de la roca, que constituía así una cuarta pared. Ifness miró hacia todos lados como un alerta halcón gris. Incluyó su cabeza para escuchar; Etwane hizo lo mismo. El aire era espeso y silencioso. Etwane preguntó en voz baja:

—¿Qué es este cuarto?

Ifness sacudió la cabeza.

—En las naves de los mundos de la Tierra arreglan las cosas en forma diferente... No comprendo nada de esto.

—Mira aquí —señaló Etwane—. Más asutra.

Una bandeja de vidrio en el extremo del banco contenía un líquido turbio en el flotaban tres docenas de objetos negros en forma elipsoide, como si fueran enormes olivas negras. Por debajo colgaban brazos quietos.

Ifness fue a examinar el tanque. Un tubo entraba por un lado; de este tubo salían filamentos que conducían al asutra.

—Parecen catalépticos —opinó Ifness—. Quizá absorben energía, o información, o distracción. —Se quedó pensando un momentos y luego habló—. No podemos hacer nada más. El asunto es demasiado grande para nosotros, y de hecho es abrumador. —Hizo una pausa para mirar por la habitación—. Hay material aquí para ocupar a diez mil analistas y asombrar al Instituto. Desde el bote yo podría emitir una señal a Dasconetta y a través de él pedir una nave.

—Algo a bordo está todavía vivo —afirmó Etwane—. No podemos dejarlo morir.

Como para reforzar sus palabras, un rasgar se escuchaba desde detrás de la pared aplastada, al otro lado de la habitación.

—Un asunto delicado —murmuró Ifness—. ¿Qué ocurriría si veinte roguskhoi se tiraran sobre nosotros? Por otro lado, algo podría aprenderse de un anfitrión que no estuviera bajo control de los asutra. Bien, miremos. ¡Pero con cuidado! Debemos estar en guardia.

Fueron a la zona donde se encontraban pared y roca. En el centro y abajo el contacto no era completo, dejando aberturas irregulares del diámetro de una cabeza de hombre, a través de las cuales el aire podía pasar. Etwane miró por el agujero central. Durante un momento no vio nada; después abruptamente, se hizo visible un objeto redondo, similar a una gran moneda, con un reflejo rosado y verde. Etwane se echó atrás, oprimido por una contracción de sus nervios. Se recuperó y habló en voz queda.

—Es uno de los anfitriones. He visto su ojo.

Ifness hizo un breve sonido.

—Si está vivo, es mortal, y no hay ninguna necesidad de asustarse.

Etwane retrocedió y, tomando una barra de metal, comenzó a atacar la roca. Ifness se mantuvo detrás, con una expresión enigmática presidiendo su rostro.

La roca, ya quebrada por el impacto de la nave, saltó en esquirlas. Etwane trabajaba con una furiosa energía, como para distraerse. El agujero central se ensanchó. Etwane no le prestó atención y golpeó furiosamente la

barra contra la roca. Ifness levantó la mano.

—Suficiente. —Se adelantó, enfocó su luz dentro del agujero, revelando una forma oscura que esperaba—. Salga —dijo Ifness con un gesto.

Primero hubo un silencio. Después, lentamente, pero sin vacilación, la criatura salió por el agujero. Igual que el cadáver, estaba desnudo excepto por un arnés y tres bolsas, en una de las cuales estaba el asutra. Ifness dijo a Etwane:

—Emprende el camino hacia afuera. Dirigiré a la criatura para que te siga.

Etwane se volvió. Ifness se adelantó, tocó a la criatura en el brazo y señaló.

La criatura marchó detrás de Etwane a través de la habitación y hasta la cámara que se abría al cielo.

Etwane se subió al banco y asomó su cabeza a la luz solar. Nunca el aire le había parecido tan claro y suave. En el cielo, a un kilómetro de distancia, volaba una gran nave de disco, rotando lentamente sobre un eje vertical, mientras los tres soles provocaban reflexiones de tres colores sobre la superficie de cobre-bronce. Un par de kilómetros más allá había cuatro naves más pequeñas.

Etwane miró consternado. La nave mayor descendió lentamente. Comunicó la novedad a Ifness, que venía detrás.

—Date prisa —dijo Ifness—. Ayuda a subir a la criatura y ten asido su arnés.

Etwane salió y se quedó esperando. Desde abajo emergió la cabeza púrpura-negra, las pequeñas protuberancias de huesos que atravesaban el cuero cabelludo. Emergió la cabeza y después los hombros, con la bolsa que contenía al asutra. En un impulso repentino, Etwane atrapó la bolsa y tiró desde el cuerpo negro. Una cuerda nerviosa se estiró; la criatura dejó oír un gemido gutural, soltó su garra del borde del agujero y hubiera caído hacia atrás si Etwane no hubiera pasado su brazo alrededor del cuello. Con su otra mano sacó la daga del cinturón y cortó el nervio; el asutra, serpenteando y retorciéndose, quedó libre. Etwane lo tiró contra la superficie de la nave y levantó a la criatura hasta arriba. Ifness la siguió.

—¿Qué es esta conmoción?

—Dejé libre al asutra. Ahí se va. Retén al anfitrión; iré a matarlo.

Ifness, frunciendo el ceño de disgusto, obedeció. La criatura negra quiso seguir a Etzwane, pero Ifness se afirmó en el arnés. Etzwane corrió detrás del asutra. Levantó una piedra, la elevó y la aplastó sobre el bulbo negro.

Entretanto, Ifness empujó a la criatura, súbitamente indiferente, detrás de un muro de roca, ocultándola de la nave espacial que descendía. Etzwane, llevando las cabalgaduras, se reunió con ellos.

Ifness preguntó con una voz helada:

—¿Por qué mataste al asutra? Nos has dejado sólo un caparazón vacío, que ya no valía la pena sacar.

Etzwane contestó secamente:

—Lo reconozco. También veo que hay una nave que desciende, y se me ha dicho que los asutra se comunican telepáticamente entre sí. Pensé mejorar nuestras probabilidades de fuga.

Ifness gruñó.

—La capacidad telepática de los asutra nunca fue establecida. —Miró hacia arriba por la garganta—. El camino parece estar libre. Debemos apurarnos, sin embargo. Es posible que Fabrache se haya impacientado por esperarnos.

CAPÍTULO VI

La garganta estrecha y tortuosa no dejaba sitio para cabalgar. Etzwane caminó delante, llevando a las cabalgaduras. Detrás venía la criatura oscura, con sus tendones no terrenales que se torcían y estiraban en formas insólitas. Detrás venía Ifness, frío y apartado.

Cuando pasaron el cerro torcieron al sur y así volvieron donde habían dejado a Fabrache. Lo encontraron reclinado indolentemente contra una roca desde la que se veía el valle y desde donde ahora no se podía ver ninguna nave espacial, averiada o no. Fabrache se puso de pie con cierto susto, porque habían llegado silenciosamente hasta él. Ifness levantó su mano, sugiriendo a Fabrache que mantuviera su placidez y su compostura.

—Como ve —le dijo— hemos extraído a un sobreviviente de la batalla. ¿Ha visto alguna vez algo parecido?

—¡Nunca! —declaró Fabrache—. Ni me gusta verlo ahora. ¿Dónde lo van a vender? ¿A quién le puede importar comprar algo así?

Ifness dejó oír uno de sus chasquidos de lengua.

—Tiene valor como pieza de colección, digamos. No tengo duda sobre nuestra eventual ganancia. ¿Pero qué ha ocurrido allá en el valle?

Fabrache les miró con asombro.

—¿Pero cómo? ¿No han presenciado el episodio?

—Nos refugiamos detrás de la colina —dijo Ifness—. Si nos hubiéramos quedado a mirar, habríamos sido observados, quién sabe con qué consecuencias.

—Desde luego, desde luego, eso está claro. Bien, el resto del asunto sobrepasa mi comprensión. Bajó una gran nave y atrapó los restos de la otra y se los llevó como si fueran un bizcocho.

—¿Levantaron sólo una parte? —preguntó Ifness—. ¿O dos?

—Dos. La nave bajó por segunda vez y me dije: ¡Vaya, qué destino para mis compañeros los traficantes de esclavos! Y después, mientras yo estaba

aquí sentado, reflexionando sobre la notable vida que he tenido fortuna de vivir, aparecieron ustedes y me encontraron meditando. ¡Ah! —Fabrache sacudió la cabeza con un lúgubre autorreproche—. Si ustedes hubieran sido Hozman Garganta Ronca, mi época de hombre libre ya habría terminado. ¿Qué programa tenemos ahora?

—Volveremos a Shagfe, a toda velocidad. Primero, consigamos un poco de agua. Esta criatura ha estado encerrada durante varios días.

Fabrache sirvió el agua con una sonrisa compasiva, como si reflexionara en las raras vueltas del destino a que estaba continuamente sujeto. La criatura, sin vacilar, volcó el contenido del cuenco en su garganta, y luego hizo lo mismo con tres cuencos más. Ifness ofreció después un trozo de carne en gelatina, que la criatura prudentemente rehusó, y después fruta seca, que tiró en su garganta. Ifness también le ofreció las semillas con las que Fabrache hacía su pan, y además sal y un trozo de manteca, todo lo cual la criatura asimismo rechazó.

Los víveres fueron redistribuidos y la criatura oscura fue montada en el animal de las provisiones; la bestia saltó y se estremeció ante el olor desagradable; después caminó con sus patas rígidas y sus fosas nasales abiertas.

Los cuatro bajaron hacia el Valle Vurush, a lo largo de la ruta por la que había llegado, y los kilómetros quedaron atrás en la tarde. El extraño cabalgó serio, sin mostrar interés en el paisaje y casi sin moverse en la silla. Etwane preguntó a Ifness:

—¿Crees que está en un *shock*, o apesadumbrado, o aterrorizado? ¿O sólo es semiinteligente?

—Hasta ahora, no tenemos bases para una valoración. A su tiempo, aprenderemos mucho.

—Quizá pueda servir como intérprete entre los hombres y los asutra —sugirió Etwane.

Ifness frunció el ceño, señal de que la idea no se le había ocurrido.

—Es desde luego una posibilidad. —Se volvió a Fabrache, que había detenido su marcha—. ¿Qué ocurre?

Fabrache apuntó hacia el este, donde las colinas del Orgai caían hacia el

valle.

—Un grupo de jinetes; cinco o seis.

Ifness se incorporó en su montura y miró a la distancia.

—Cabalgan hacia nosotros y a buena velocidad.

—Mejor que hagamos lo mismo —dijo Fabrache—. En esta tierra no se puede estar seguro de la amistad de los extraños. —Imprimió velocidad a su cabalgadura, y los otros le siguieron, Etwane castigando con el látigo al animal montado por el extraño.

Siguieron su curso hacia abajo en el valle, mientras Ifness hacía gestos de disgusto. El extraño cabalgaba rígido, asido a los cuernos volcados hacia atrás de su animal. Etwane calculó que en los primeros tres kilómetros ganaron terreno, después por otros tres mantuvieron la distancia, y después la banda de perseguidores pareció adelantarse. Fabrache, con su corta figura montada grotescamente baja y con su barba flameante, exigía esfuerzos a su montura. Gritó sobre su hombro:

—¡Es Hozman Garganta Ronca con su banda de esclavistas! ¡Corran por la libertad! ¡Corran por su vida!

Las monturas se estaban cansando. Una y otra vez reincidían en un trote tambaleante, lo que llevaba a Fabrache a medidas frenéticas. Las monturas de los perseguidores también se habían cansado y disminuyeron la velocidad. Los soles estaban ya bajos en el oeste, marcando tres pistas sobre la superficie del Vurush. Fabrache calculó la distancia de la banda perseguidora y la midió contra la altura de los soles. Pronunció una frase desesperada.

—Seremos esclavos antes de la noche, y entonces sabremos el secreto de Hozman.

Ifness señaló hacia adelante.

—Allí, sobre la orilla, hay un campamento de carretas.

Fabrache miró y lanzó un suspiro de esperanza.

—Llegaremos a tiempo y pediremos protección... A menos que sean caníbales, tenemos suerte.

Después se dio la vuelta para explicar:

—Son los alula; reconozco los carros. Son gente hospitalaria y estamos salvados.

En un llano cerca del río, cincuenta carros con ruedas primitivas de casi tres metros habían sido dispuestas para formar un cuadrado hueco; las ruedas y algunas tablas creaban un fuerte cercano. Una sola apertura del conjunto daba hacia el río. Los traficantes de esclavos, que estaban a menos de trescientos metros, con sus monturas resoplantes y tambaleantes, abandonaron la persecución y giraron hacia el río.

Fabrache condujo el camino alrededor del muro de carros y se detuvo antes de la apertura. Cuatro hombres saltaron hacia adelante y quedaron con las piernas abiertas, en posición de amenaza. Vestían jubones con tiras negras de piel de chumpa, cascos de cuero negro, y llevaban arcos de un metro.

—Si son jinetes de aquel grupo, sigan su camino. No queremos saber nada con ustedes.

Fabrache desmontó y se adelantó.

—¡Bajen las armas! ¡Somos viajeros del Orgai y fugitivos de Hozman Garganta Ronca! Pedimos protección durante una noche.

—Está bien, ¿pero qué es esa criatura demoníaca de un solo ojo? Hemos oído historias: ¡ése es un Demonio Rojo!

—¡Nada de eso! Los Demonios Rojos han sido muertos, exterminados en una reciente batalla. Éste es el único sobreviviente de una nave espacial caída.

—En ese caso, mátenlo también. ¿Por qué hemos de alimentar a enemigos alienígenas?

Ifness habló con una voz medida y aristocrática:

—El asunto es más complicado que eso. Procuro aprender el lenguaje de esta criatura, si es que puede hablar. Eso nos ayudará a derrotar a nuestros enemigos.

—Ese es un problema para Karazan. Quédense donde están; somos gente desconfiada.

Un momento después se adelantó un hombre enorme, que sacaba a Fabrache una cabeza de estatura. Su rostro no era menos impresionante que su corpulencia; ojos astutos brillaban bajo cejas espesas; una barba corta le recubría mejillas y mentón. Le hizo falta sólo un segundo para valorar la situación y después volvió su mirada de desprecio hacia los guardias.

—¿Cuál es la dificultad? ¿Cuándo los alula han cogido a tres hombres y un monstruo? Dejadlos entrar.

Hizo un gesto hacia la orilla del río, donde Hozman Garganta Ronca y su banda hacían descansar a sus animales, y luego se volvió por donde habían venido. Los guerreros bajaron los arcos y retrocedieron.

—Entren cuando quieran. Lleven los animales al corral. Acuéstense donde quieran.

—Cuenten con nuestra gratitud —declaró Fabrache—. Cuidado, aquél es Hozman Garganta Ronca, el experto traficante de esclavos, que está allí. Que nadie se arriesgue fuera del campamento, o no será visto de nuevo.

Etzwane quedó intrigado por el campamento y por ciertos elementos del esplendor bárbaro que en la imaginación popular de Shant caracterizaba a todas las tribus de Caraz. Las tiendas en colores verdes, rosado y magenta habían sido bordadas con estrellas y líneas. Las estacas de las tiendas tenían poco menos de tres metros y mostraban fetiches de cuatro clases: escorpiones alados, comadreja, peces enormes y pelícanos del Lago Nior. Los hombres del campamento vestían pantalones de cuero de ahulph, botas de un negro brillante, chaquetas bordadas sobre blusas blancas y sueltas. Las mujeres casadas cubrían su cabeza con pañuelos púrpura y verdes; sus vestidos enterizos eran de varios colores; las chicas, sin embargo, usaban pantalones de montar y botas como los hombres. Delante de cada tienda una gran caldera burbujeaba sobre el fuego, y los aromas de especias y de carne guisada se difundían por el campamento. Frente al carro ceremonial se sentaban los ancianos, pasando a un lado y otro una cantimplora de cuero que contenía aquavita. Cerca, otros cuatro hombres, cada uno de ellos con una ristra de cuentas doradas, tocaban con instrumentos de cuerda una música deshilvanada.

Nadie prestó a los recién llegados más que una atención superficial. Se fueron a la zona asignada, descargaron sus monturas y tendieron sus camas. El alienígena miraba sin aparente interés. Fabrache no se animó a ir hasta el río para buscar almejas o pescado y cocinó una austera cena de cereales y carne seca; el extraño bebió agua e ingirió una cantidad de cereal sin entusiasmo. Los niños del campamento comenzaron a juntarse y a mirar con

ojos abiertos de asombro. Fueron acompañados por otros de más edad, hasta que uno formuló una pregunta tímida:

—¿Está domesticado?

—Parece estarlo —contestó Etwane—. Vino a Durdane en una nave espacial, así que ciertamente es civilizado.

—¿Es vuestro esclavo?

—No exactamente. Lo rescatamos de una nave espacial caída, y ahora queremos aprender a hablar con él.

—¿Puede hacer magia?

—No, que yo sepa.

—¿Baila? —preguntó una de las chicas—. Tráiganlo aquí donde está la música, y veremos sus actos fantásticos.

—No baila ni toca música —objetó Etwane.

—¡Qué bestia tan aburrida!

Una mujer vino a reñir a los niños y los envió a jugar a otro lado, con lo que el grupo quedó en paz.

Fabrache preguntó a Ifness:

—¿Cómo intenta custodiar a la criatura durante la noche? ¿Debemos hacer una guardia?

—Creo que no —contestó Ifness—. Entonces él se podría considerar prisionero e intentar la fuga. Sabe que nosotros somos su fuente de alimento y de seguridad, y creo que se quedará voluntariamente con nosotros. A pesar de eso, mantendremos una vigilancia disimulada.

Ifness se dirigió después a la criatura e intentó los rudimentos de la comunicación, cogiendo unos guijarros, puso un guijarro, dos, luego tres, mientras le decía «Uno... dos... tres...» y exhortaba al extraño a que hiciera lo mismo. Pero no sirvió. Después le hizo dirigir su atención hacia el cielo, donde las estrellas brillaban claramente. Ifness apuntó aquí y allá, en forma de pregunta, y hasta tomó el dedo rígido de la criatura para señalar hacia el cielo.

—O es muy inteligente o es muy estúpido —refunfuñó Ifness—. Sin embargo, si el asutra estuviera a su cargo, no podríamos obtener más información. No hay de qué quejarse.

Desde el fuego central llegó el sonido de una música enérgica, y Etwane fue a contemplar las danzas. Los jóvenes y las doncellas, formando líneas, zapateaban y se desplazaban en círculo, todo en la forma más exuberante. La música pareció poco complicada a Etwane, incluso un poco ingenua, pero tan vigorosa y directa como el baile. Algunas de las chicas eran extremadamente hermosas, pensó, y mostraban poca desconfianza... Jugó con la idea de interpretar música y llegó hasta a examinar un instrumento de construcción extraña y exagerada. Hizo sonar las cuerdas, pero las clavijas estaban espaciadas raramente y la afinación hecha en forma extraña. Etwane dudó de su capacidad para utilizar el instrumento. Rasgó unos pocos acordes, utilizando su digitación habitual. Los resultados fueron curiosos, pero no desagradables. Una chica se detuvo a su lado, sonriendo.

—¿Tocas música?

—Sí. Pero no conozco este instrumento.

—¿Cuáles son tu raza y tu fetiche?

—Soy hombre de Shant; de nacimiento soy chilita, en el Cantón Bastern.

La chica agitó la cabeza con asombro.

—Deben de ser sitios lejanos; nunca oí hablar de ellos. ¿Eres un traficante de esclavos?

—No. Mi amigo y yo vinimos a ver las extrañas naves espaciales.

—Esas cosas son interesantes.

La chica era bonita, vivaz y bien formada; Etwane creyó que parecía agradablemente dispuesta. Repentinamente sintió una inclinación a tocar música e inclinó la cabeza sobre el instrumento, para entender sus sistemas armónicos. Ajustó las cuerdas y descubrió que aplicando el poco usado sistema Kudarian el instrumento quedaba bajo su dominio. Cautamente tocó unos pocos acordes y trató de seguir la música, con cierto grado de éxito.

—Ven —dijo la chica. Lo llevó hasta los otros músicos y le acercó la cantimplora de cuero de la que todos bebían. Etwane se permitió un prudente trago; el golpe de alcohol le hizo reír y resoplar—. ¡Ríe de nuevo! —ordenó la chica—. Los músicos no deben ser tristes, ni siquiera cuando su ánimo es trágico; sus ojos deben mostrar luces de colores.

Uno de los músicos miró primero a la chica y después a Etwane, quien

decidió ser discreto. Tocó algunos acordes como aproximación y después, con creciente confianza, se unió a la música. El tema era simple y se repetía con insistencia, pero cada vez con una pequeña alteración: la prolongación de un ritmo, una nota más vibrante, una pizca de énfasis aquí y allá. Los músicos parecían competir en producir los cambios más sutiles en esa sucesión; entretanto la música se hacía más intensa e imperativa, y los bailarines se retorcían, blandían los brazos, zapateaban y giraban frente a la luz de la hoguera... Etwane se preguntó cuándo se detendría la música, y cómo. Los otros sabrían la señal; lo habrían de atrapar distraído, así que cuando tocara solo parecería ridículo; es una vieja broma que se hace al intruso. Todos sabrían cuándo iba a terminar la canción; habría una mirada de soslayo, un hombro más alzado, un susurro, un cambio de posición... La señal vino; Etwane notó su presencia. Como lo había supuesto, la música se detuvo de pronto; instantáneamente, él prorrumpió en una variación sobre un modo diferente, una pulsación aún más imperativa que el tema inicial, y los músicos, algunos sonriendo, otros con gestos agrios, se incorporaron otra vez a la música... Etwane se rió, se inclinó sobre el instrumento, que ya le era familiar, y comenzó a producir frases y trinos... Al fin, la música se detuvo. La chica vino a sentarse junto a Etwane y sacó la cantimplora. Etwane bebió y, bajando el recipiente, preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Yo soy Rune la del Viento del Sauce, y pertenezco al fetiche del Pelicano. ¿Y tú?

—Mi nombre es Gastel Etwane. En Shant no acreditamos nuestros clanes o fetiches, sólo nuestro cantón.

—En países diferentes hay costumbres diferentes —comentó la chica—. A veces resulta desconcertante. Más allá del Orgai y junto al río Botgarsk viven los shada, que le cortan las orejas a una chica si llega a hablarle a un hombre. ¿Es ésa la costumbre en Shant?

—De ningún modo —contestó Etwane—. ¿Entre los alula se permite a las chicas hablar con extraños?

—Sí, por cierto, obedecemos nuestras propias inclinaciones en esos asuntos. ¿Y por qué no? —Inclinó su cabeza y permitió a Etwane una

inspección—. Vosotros sois de una raza más delgada y fina que la nuestra. Tenéis lo que nosotros llamamos una apariencia *aersk*^[9].

Etwane no quedó disgustado por el elogio. La chica, al parecer, era audaz y quería ampliar sus horizontes flirteando con un joven extraño. Etwane, a pesar de su prudente ánimo, no se rehusaba a aceptarla. Preguntó:

—Ese músico de allá, ¿no es tu prometido?

—¿Galgar la Comadreja? ¿Tengo cara de ser una persona que se uniría a un hombre como Galgar?

—Claro que no. También noto que no lleva bien el ritmo de la música, lo que indica una personalidad deficiente.

—Eres notablemente perspicaz —dijo Rune la del Viento del Sauce. Se movió más cerca. Etwane notó el perfume de bálsamo que usaba. Ella habló con voz suave—. ¿Te gusta mi capa?

—Sí, desde luego —dijo Etwane, desconcertado por la falta de secuencia en las frases de la chica—. Aunque parece que se te cayera de la cabeza.

Ifness se había acercado a sentarse junto al fuego. Levantó un dedo como señal, y Etwane fue a enterarse de lo que quería.

—Un poco de cautela —dijo Ifness.

—Innecesario. Soy más que prudente; miro a todos los lados al mismo tiempo.

—Aun así, aun así. Recuerda que en el campamento de los alula estamos sujetos a sus leyes. Fabrache me dice que las mujeres alula pueden afirmar una conexión marital con bastante simplicidad. ¿Has notado cómo visten su capa algunas de las doncellas? Si un hombre les quita la capa o siquiera la alisa, se supone que le ha desarreglado la ropa, y si ella lo señala, los dos deben casarse.

Etwane miró a través del fuego hacia Rune la del Viento del Sauce.

—Las capas están puestas en forma muy precaria... Interesante costumbre.

Lentamente volvió a reunirse con la chica. Ella preguntó:

—¿Qué te ha dicho ese hombre tan raro?

Etwane buscó una respuesta.

—Notó mi interés por ti; me advirtió que no te ofendiera tocando tus vestidos.

Rune la del Viento del Sauce sonrió y lanzó una mirada de desprecio hacia Ifness.

—¡Qué viejo puritano! ¡Pero no tienes nada que temer! Mis tres mejores amigas han convenido encontrarse con sus amantes junto al río, y yo accedí a ir con ellas, aunque no tengo ningún amante y estaré anhelosa y solitaria.

—Te aconsejo ir allí alguna otra noche —dijo Etwane—. En la vecindad ronda Hozman Garganta Ronca; es el mayor traficante de esclavos de Caraz.

—¡Pua! ¿Te refieres a los canallas que os persiguieron hasta aquí? Cabalgaron hacia el norte; ya se fueron. No se atreverían a molestar a los alula.

Etwane movió la cabeza con escepticismo.

—Si estás solitaria, ven a conversar conmigo detrás del carro donde he extendido mis mantas.

Rune la del Viento del Sauce retrocedió, con las cejas curvadas por el disgusto.

—No estoy interesada en ese procedimiento, sin gracia. ¡Pensar que te había considerado *aersk*!

Afirmó la capa sobre su cabeza y se fue. Etwane se encogió de hombros y se fue hacia sus mantas. Durante un rato miró al extraño, que se sentaba inmóvil en las sombras, mostrando sólo su perfil y el brillo suave de su ojo único.

Etwane se sintió poco dispuesto a dormir con el extraño tan cerca; después de todo nada sabían sobre sus inclinaciones. Pero se adormiló... Al rato se despertó incómodo, pero la criatura seguía inmóvil y Etwane volvió a dormirse.

Una hora antes del amanecer, un rugido de rabia enorme hizo saltar a Etwane de su sueño. Se incorporó para ver a un grupo de guerrilleros alula que corrían desde sus carros. Hablaban en forma entremezclada, buscaron sus cabalgaduras y en seguida Etwane escuchó el ruido de cascos.

Fabrache había ido a buscar información; volvió sacudiendo la cabeza.

—Es como les advertí, pero no querían creerlo. Anoche cuatro doncellas

fueron a caminar junto al río y no volvieron. Hozman Garganta Ronca es el culpable. Los alula cabalgan en vano, porque una vez que Hozman da su golpe, las víctimas no serán vistas de nuevo.

Los jinetes volvieron desconsolados. Habían buscado pistas sin éxito alguno, y no tenían ahulphs para seguir las huellas de los traficantes. El líder del grupo de búsqueda fue el corpulento Karazan. Desmontó de su silla y marchó a través del grupo hasta enfrentarse con Ifness.

—Dígame dónde puede ser encontrado ese traficante, para que nosotros podamos rescatar a los de nuestra carne y sangre, o deshacer a ese individuo con nuestras manos.

Ifness señaló a Fabrache.

—Mi amigo, que también se ocupa de ese negocio, puede darle información más detallada y directa que la mía.

Fabrache dio a su barba un juicioso tirón.

—Nada sé de Hozman Garganta Ronca, ni de su raza, ni de su clan, ni de su fetiche. Puedo asegurar sólo dos cosas. Una es que a menudo visita Shagfe, para hacer sus compras en la estación de recolección; otra es que quienquiera que haya sido capturado por Hozman está perdido para siempre.

—Eso está por ver —anunció Karazan—. ¿Dónde queda Shagfe?

—A un día de viaje hacia el este.

—¡Iremos inmediatamente a Shagfe! ¡Traed las monturas!

—Nosotros mismos debemos ir a Shagfe —comunicó Ifness—. Viajaremos en vuestra compañía.

—Dense prisa —dijo el alula—. Nuestra misión no permite ocio ni sueño.

Dieciocho monturas atravesaron el Desierto Salvaje, con los jinetes encogidos sobre ellas, sus capas volando con el viento sobre sus hombros. Shagfe aparecía a la distancia: una mancha gris y negra contra un fondo violáceo de colinas y neblina.

Al atardecer los jinetes arribaron a Shagfe y se detuvieron en un remolino de polvo frente a la posada.

Baba miró a través del agujero de la puerta, las cejas arqueadas a la vista

de la criatura extraña. El alula descendió y entró junto a Ifness Fabrache, Etzwane y la negra criatura silenciosa que venía detrás.

En los bancos dormitaban los Gusanos Azules de Kash, borrachos y rudos. A la vista de sus enemigos de tribu, los alula, se incorporaron y reunieron, Fabrache habló con Baba.

—Mis amigos tienen que arreglar un negocio con Hozman Garganta Ronca. ¿Ha sido visto hoy?

Baba dijo evasivamente:

—Mis reglas me impiden discutir los negocios de mis clientes. Yo no...

Karazan se adelantó hasta enfrentarse con Baba.

—Conteste la pregunta.

—No he visto a Hozman desde hoy temprano por la mañana —gruñó Baba.

—Ajá, ¿qué es eso? ¿Temprano por la mañana?

—¡Cierto! con estas dos manos le he servido el desayuno mientras los soles subían por el horizonte.

—¿Cómo puede ser eso? —exigió Karazan con voz amenazadora—. Fue visto al atardecer donde el Vurush baja desde el Orgai. A medianoche hizo sentir su presencia. ¿Cómo puede haber desayunado aquí al amanecer?

El posadero reflexionó.

—Eso es posible, con una buena cabalgadura Angos.

—Bien, ¿y cuál era hoy su animal?

—Un Jerzy común.

—Quizá cambió de montura —sugirió Ifness.

El alula resopló. Se volvió a Fabrache.

—¿Usted puede certificar que Hozman les persiguió por las montañas Orgai?

—Estoy seguro. ¿Acaso no he visto a Hozman Garganta Ronca tantas veces, cabalgando con su banda o solo?

Una voz habló a sus espaldas.

—He oído mencionar mi nombre, confío que con buena intención.

Todos se dieron la vuelta. Hozman Garganta Ronca estaba de pie en la puerta. Se adelantó. Era un hombre pálido, de rostro severo y estatura común.

Una capa negra cubría sus ropas, excepto por una bufanda marrón que se envolvía en su cuello.

El alula dijo:

—Anoche, en el río Vurush, usted se llevó a cuatro personas de mi pueblo. Querernos que nos sean devueltas. Los alula no están hechos para depósitos de esclavos; esto debemos dejar claro a todo traficante de Caraz.

Hozman Garganta Ronca se rió, dejando a un lado la amenaza con la facilidad de una larga práctica.

—¿No se están precipitando? Me están atacando sin fundamento.

Karazan dio un lento paso adelante.

—Hozman, su tiempo corre.

El propietario interfirió.

—¡En la posada no! ¡Esa es la primera ley de Shagfe!

El alula lo empujó a un lado con un movimiento de su enorme brazo.

—¿Dónde está nuestra gente?

—Vamos, vamos —dijo Hozman—. No puedo ser culpado por todas las desapariciones que ocurran en el distrito Mirkil. ¿Dice usted en el río Vurush junto al Orgai? ¿Anoche? Es mucha distancia para un hombre que ha desayunado en Shagfe.

—No es una distancia imposible.

Hozman sonrió y sacudió la cabeza.

—Si yo tuviera cabalgaduras tan fuertes y veloces, ¿comerciaría en esclavos? Criaría esos animales y haría una fortuna. En cuanto a su gente, el Orgai es un país chumpa; ésa puede ser la trágica verdad.

Karazan, pálido de ira y frustración, se quedó sin habla, incapaz de encontrar una grieta en la defensa de Hozman. Éste vio a la criatura negra en la sombra de la puerta. Se adelantó, vehemente e irritado.

—¿Qué hace aquí el ka? ¿Es ahora vuestro aliado?

Ifness dijo tranquilamente:

—Lo capturé bajo el Thrie Orgai, cerca de donde usted se encontró con nosotros ayer a la tarde.

Hozman se apartó de la criatura a la que había llamado «ka», pero sus ojos se siguieron fijando en ella. Habló con tono de broma.

—¡Otra voz, otra acusación! Si las palabras fueran espadas, el pobre Hozman estaría disperso en el suelo, partido en cien pedazos.

—Como lo estará, de cualquier manera, a menos que devuelva las cuatro chicas alula que ha robado.

Hozman calculó, mirando una y otra vez a Ifness y al ka. Se volvió a Karazan.

—Algunos de los chumpas son agentes míos —dijo con voz suave—. Quizá ellos tengan a las cuatro chicas alula. Si ése fuera el caso, ¿podríamos cambiar cuatro por dos?

—¿Qué quiere decir «cuatro por dos»? —gruñó Karazan.

—Por las cuatro, yo me llevaría a este hombre de pelo blanco y al ka.

—Veto esa propuesta —se apuró a objetar Ifness—. Debe formular una oferta mejor.

—Bien, entonces solamente el ka. ¡Piénselo! Un extraño salvaje a cambio de cuatro chicas guapas.

—¡Notable oferta! —declaró Ifness—. ¿Por qué quiere llevarse a esa criatura?

—Siempre puedo encontrar compradores para semejante curiosidad.

Hozman se apartó gentilmente para dejar entrar en la habitación a los recién llegados: dos Gusanos Azules Kash, borrachos y desagradables, con el pelo enmarañado. El de más adelante empujó a Hozman.

—Atrás, reptil. Nos has traído pobreza y degradación a todos; ¿además vas a obstruirme el paso?

Hozman se apartó aún más, sus labios curvados en una sonrisa de descontento. El Gusano Azul Kash se detuvo y le encaró:

—¿Te atreves a burlarte de mí? ¿Soy ridículo?

Baba se adelantó.

—¡Nada de peleas aquí! ¡Nunca en el salón de todos!

El kash lanzó su brazo en un golpe con el dorso de su mano, tirando a Hozman al suelo, ante lo cual Baba extrajo un garrote y con sorprendente destreza expulsó al kash de la posada; se fue renegando y maldiciendo. Solícitamente, Ifness ayudó a Hozman a ponerse sobre sus pies. Miró a Etwane.

—Tu cuchillo, para cortar algo.

Etwane saltó hacia adelante. Ifness separó el pañuelo marrón de Hozman; Etwane cortó las correas del pañuelo arnés, mientras Hozman se debatía pateando. El posadero miraba con asombro, incapaz de empuñar el garrote. Con su nariz apartada en gesto de disgusto, Ifness levantó al asutra, una criatura chata marcada con rayas marrones tenues. Etwane cortó el nervio y Hozman emitió el grito más aterrador que se haya escuchado en la posada de Shagfe.

Una forma dura y fuerte se interpuso entre Ifness y Etwane: el ka. Etwane levantó su cuchillo, pronto ya para cortar, pero el ka se había ido ya con el asutra hacia el patio. Ifness corrió en su persecución, con Etwane detrás. Presenciaron una macabra escena, que se hizo borrosa entre nubes de polvo. El ka, con los talones de sus pies, machacó al asutra y lo redujo a jirones.

Ifness, poniendo aparte su arma de energía, se quedó mirando tristemente. Etwane dijo con asombro:

—Odia al asutra más que nosotros.

—Una curiosa exhibición —comentó Ifness.

Desde dentro de la posada llegó un nuevo grito y el resonar de golpes. Agarrándose la cabeza, Hozman corría frenéticamente hacia el patio, perseguido por el alula. Ifness, moviéndose con singular prisa, intervino y apartó al alula.

—¿Pero es que no tiene usted visión alguna? ¡Si mata a este hombre, no sabremos nada!

—¿Qué es lo que hay que saber? —rugió Karazan—. Ha vendido a nuestras hijas como esclavas; dice que nunca las volveremos a ver.

—¿Y por qué no enterarse de los detalles?

Ifness se volvió hacia Etwane, que impedía la fuga de Hozman.

—Tiene mucho que contarnos.

—¿Qué puedo contarles? —protestó Hozman—. ¿Por qué me voy a preocupar? Me partirán en pedazos, como caníbales que son.

—Sin embargo soy curioso. Puede contarnos su historia.

—Es una pesadilla —musitó Hozman—. Cabalgué por los aires como un

fantasma gris; he hablado con monstruos; soy una criatura viva y muerta.

—Antes de nada —interrumpió Ifness—, ¿dónde está la gente que robó anoche?

Hozman agitó su brazo hacia arriba en un gesto que sugería imprecisión en sus procesos mentales.

—¡Más allá del cielo! Se han ido para siempre. Nadie vuelve después que el vehículo baja.

—Ah, ya veo. Han sido llevadas en un vehículo aéreo.

—Mejor decir que se han ido del mundo Durdane.

—¿Y cuándo baja el vehículo?

Hozman miró furtivamente al costado, con su boca torcida en un nudo. Ifness habló con dureza.

—¡Nada de perder tiempo! ¡Los alula están esperando para torturarte, y no debemos causarles molestias!

Hozman dejó oír una risa grosera.

—¿Qué me importa la tortura? Yo sé que debo morir de dolor; así me lo dijo mi tío el brujo. Pueden matarme en la forma que quieran; no tengo preferencias.

—¿Durante cuánto tiempo ha llevado al asutra?

—Hace tanto tiempo que ya he olvidado mi vida anterior... ¿Cuándo? Diez años, veinte años. Entraron en mi tienda dos hombres de ropa negra; no eran hombres de Caraz ni hombres de Durdane. Me levanté para recibirlos, con miedo y me pusieron el mentor.

Hozman tocó su cuello con dedos temblorosos. Miró a un lado hacia los alula, estaban de pie y atentos, con las manos en los puños de sus cimitarras.

—¿Dónde están las cuatro mujeres que nos robó? —preguntó Karazan.

—Se han ido a un mundo lejano. ¿Tiene la curiosidad de averiguar cuál será su destino? No puedo decirlo. El mentor nada me ha dicho.

Ifness hizo un gesto a Karazan y habló con voz suave.

—¿El mentor podía comunicarse con usted?

Los ojos de Hozman se hicieron vagos y las palabras comenzaron a caer de su boca.

—Es una condición imposible de describir. Cuando descubrí a la criatura

me enloquecí de repugnancia, pero sólo por un momento. Hizo lo que yo llamaría un truco de placer, y quedé inundado de alegría. El horrible pantano Balch parecía fluir con deliciosos aromas, y fui un hombre distinto. ¡En ese momento no había nada que yo no hubiera conseguido!

Hozman agitó sus brazos al cielo.

—La sensación duró algunos minutos, y después los hombres de negro volvieron y me informaron sobre mis obligaciones. Obedecí, porque en seguida supe el castigo de la desobediencia: el mentor podía bendecir o penar, con alegría o con dolor. Conocía el lenguaje de los hombres, pero no podía hablar excepto con un chistido y un silbido que no conseguí aprender. Pero yo podía hablar fuerte y preguntar si tal o cual cosa cumpliría sus deseos. El mentor se convirtió en mi alma, más cerca de mí que las manos y los pies, porque sus nervios conducían a mis nervios. Estaba alerta a mi bienestar y nunca me obligó a trabajar con lluvia o frío, ni nunca tuve hambre, porque mi trabajo era recompensado con lingotes de oro y de cobre.

—¿Y cuáles eran sus deberes? —preguntó Ifness.

El fluir de las palabras de Hozman volvió a estimularse, como si hubieran estado apretadas dentro de él, juntando presión para salir.

—Eran simples. Compraba esclavos de primera calidad, tantos como pudiera conseguir. Trabajé como traficante de esclavos, y he recorrido la superficie de Caraz, desde el río Azur en el Este hasta el enorme Dulgov en el oeste, y he llegado al sur hasta el monte Thruska. ¡He enviado miles de esclavos al espacio!

—¿Y exactamente cómo los enviaba?

—Por la noche, cuando no había nadie cerca y el mentor podía advertirme del peligro, yo llamaba al vehículo pequeño y lo cargaba con mis esclavos, a quienes primero había drogado hasta un feliz estupor: algunas veces uno o dos, otras una docena o más. Si yo lo deseaba, el vehículo podía llevarme donde yo quisiera, rápidamente, a través de la noche, como desde el Orgai hasta la aldea Shagfe.

—¿Y hacia dónde llevaba el vehículo los esclavos?

Hozman apuntó al cielo.

—Arriba cuelga un depósito, donde los esclavos yacen quietos. Cuando

está lleno, vuela hacia el mundo del mentor, que está en algún lado cerca de las espirales de Histhorbo la Serpiente. Eso aprendí, divirtiéndome, una noche estrellada cuando le hice a mi mentor muchas preguntas que él me contestaba sí o no. ¿Y por qué necesitaban tantos esclavos? Porque sus criaturas anteriores eran inadecuadas e insubordinadas, y porque temían a un terrible enemigo, de algún lado más allá de las estrellas.

Hozman quedó silencioso. Los alula se habían acercado hasta rodearlo; ahora miraban menos con odio que con asombro por los truculentos trabajos que había cumplido.

Ifness preguntó con voz más casual:

—¿Y cómo llama usted al pequeño vehículo?

Hozman apretó los labios y miró lejos hacia la llanura. Ifness le dijo amablemente:

—Nunca llevará otra vez al asutra que trajo tanta confusión a su cerebro. Ahora es uno de nosotros, y consideramos a los asutra como nuestros enemigos.

Hozman contestó con voz lúgubre:

—En mi bolsa llevo una caja con un pequeño botón. Cuando necesito el vehículo, salgo a la noche oscura y aprieto el botón y lo sostengo hasta que el carro baja.

—¿Quién lo conduce?

—El sistema trabaja con una misteriosa voluntad propia.

—Déme la caja con el botón.

Hozman entregó lentamente la caja, que Ifness tomó en posesión. Etzwane, ante una mirada y un gesto de Ifness, revisó la bolsa y las ropas de Hozman, pero encontró sólo tres pequeños lingotes de cobre y una magnífica daga de acero, con un puño de vidrio blanco labrado.

Hozman miró con expresión inquisitiva.

—¿Y ahora qué harán conmigo?

Ifness se volvió a Karazan, quien sacudió la cabeza.

—Éste no es un hombre de quien podamos vengarnos. Es una marioneta, un juguete en una cuerda.

—Ha tomado usted una decisión justa —comentó Ifness—. En este país

de traficantes de esclavos, su delito es simplemente un exceso de celo.

—Y sin embargo, ¿ahora qué? —preguntó Karazan—. No hemos recuperado a nuestras hijas. Este hombre debe llamar al carro, que apresaremos y retendremos contra la liberación de ellas.

—A bordo no hay nadie con quien puedan negociar —señalo Hozman. Y repentinamente agregó—: Pueden viajar allí y negociar personalmente.

Karazan lanzó un suave sonido y miró al cielo púrpura de la noche. Era un coloso con blusa blanca y pantalones oscuros. Etwane también miró hacia arriba y pensó en Rune entre los asutra que se arrastraban...

Ifness preguntó a Hozman:

—¿Alguna vez ha ido hasta la nave de depósito?

—Yo no —contestó Hozman—. Tuve mucho temor de eso. En una ocasión una criatura enana y gris vino con su mentor hasta el planeta. A menudo me he pasado horas en la noche mientras los dos mentores se silbaban entre sí. Entonces supe que el depósito estaba lleno y que no hacían falta más esclavos por un tiempo.

—¿Cuándo fue la última vez que el mentor vino del depósito?

—Hace un tiempo, no recuerdo exactamente. Me han dejado poca oportunidad para reflexionar.

Ifness se quedó pensativo. Karazan adelantó su mole.

—Éste debe ser nuestro curso de acción. Llamaremos al carro y nos embarcamos en él, para destruir a nuestros enemigos y rescatar a nuestra gente. Sólo necesitamos esperar hasta la noche.

—Esa táctica es la más obvia —opinó Ifness—. Si tuviera éxito rendiría valiosos beneficios, entre ellos la nave misma. Pero las dificultades se presentan solas, particularmente el regreso. Usted puede encontrarse al mando de la nave-depósito, y sin embargo a la deriva. Esa aventura es precaria. No la aconsejo.

Karazan hizo un ruido de desconsuelo y otra vez miró hacia el cielo, como procurando descubrir una ruta factible para llegar a la nave-depósito. Hozman viendo una oportunidad de deslizarse inadvertido, lo hizo. Caminó alrededor de la posada hasta su cabalgadura, encontrando a un Gusano Azul que le revolvía las bolsas de la montura. Hozman dejó oír un grito

inarticulado de furia y saltó sobre él. Un segundo Gusano Azul, al otro lado de la cabalgadura, pegó con su puño en la cara de Hozman y lo envió trastabillando hacia la pared de la posada. Los Gusanos Azules continuaron en su innoble tarea. Los alula miraron con disgusto, indecisos en intervenir, pero Karazan los llamó.

—Que los chacales hagan lo que quieran. No es asunto nuestro.

—¿Nos has llamado chacales? —preguntó uno de los kash—. ¡Eso es un insulto!

—Sólo lo es para una criatura que no sea un chacal —señaló Karazan con voz aburrida—. No necesitan ofenderse.

Los kash, que estaban en considerable inferioridad numérica, no tuvieron estómago para una pelea y se volvieron hacia la silla de la montura. Karazan les dio la espalda y sacudió un puño hacia el cielo.

Etwane, perturbado y preocupado, habló a Ifness.

—Supongamos que lleguemos a capturar la nave. ¿No podrías traerla hasta el suelo?

—Casi seguro que no podría. Con total certeza, no pienso probarlo.

Etwane miró a Ifness con fría hostilidad.

—Debemos hacer algo. Cien o quizá doscientas personas están allí, arriba, esperando que los asutra los lleven a algún lugar extraño, y nosotros somos los únicos que podemos ayudarles.

Ifness se rió.

—Exageras mis capacidades, por lo menos. Sospecho que te han cautivado ciertas miradas coquetas y que ahora quieres realizar una hazaña galante, sin que te importen las dificultades.

Etwane contuvo su primer torrente de palabras, especialmente porque esas observaciones eran bastante capaces de provocar su incomodidad. ¿Y por qué debería esperar altruismo de Ifness, después de todo? Desde el momento de su primer encuentro, Ifness se había rehusado con persistencia a apartarse de sus propias grandes preocupaciones. No por primera vez, Etwane miró a Ifness con frío disgusto. Su relación, que nunca había sido muy estrecha, había pasado ahora a una fase nueva y distante. Pero habló con una voz neutra.

—¿En Shillinsk no podrías llamar a Dasconetta y pedir una nave terrestre para un asunto de gran urgencia?

—Podría hacerlo —dijo Ifness—. Lo que es más, Dasconetta podría dar la orden y por tanto adjudicarse a sí mismo un logro que correctamente debería ser atribuido a otro.

—¿Cuánto tardaría una nave semejante en llegar a Shagfe?

—En eso, no puedo hacer una estimación.

—¿Dentro del día? ¿Tres días? ¿Dos semanas? ¿Un mes?

—Hay muchos factores. Con condiciones favorables, la nave podría llegar en dos semanas.

Karazan, sin comprender nada del asunto excepto los plazos, declaró:

—Para esa fecha puede haberse ido el depósito, y su gente también, hacia acontecimientos terribles en algún mundo frío y lejano.

—Es una situación trágica —coincidió Ifness—. Pero no puedo formular recomendaciones.

—¿Y qué te parece esto? —preguntó Etwane—. Tú vas a toda velocidad a Shillinsk y allí pides colaboración a Dasconetta. Yo llamaré al vehículo de transferencia y voy con los alula a capturar la nave-depósito. Si es posible, volvemos a Durdane; si no lo es, aguardaremos tu llegada.

Ifness reflexionó un momento antes de contestar.

—El plan tiene cierta lógica insana y puede tener éxito. Conozco una táctica para obviar la interferencia de Dasconetta, lo que sirve para contestar una de mis objeciones previas... Las incertidumbres, sin embargo, son numerosas; estás manejando una situación desconocida.

—Lo comprendo —dijo Etwane—. Pero los alula irán arriba de cualquier manera y aquí —se palmeó el bolso donde estaba su arma de energía— se encuentra su mayor esperanza de éxito. Sabiéndolo, ¿cómo puedo quedarme a un lado?

Ifness se encogió de hombros.

—Personalmente no me puedo permitir esas extravagancias caballerescas; ya estaría muerto. Sin embargo, si tú traes hasta Durdane una nave enemiga, o aun si la mantienes en órbita hasta mi llegada, aplaudiré tu coraje tan generoso. Subrayo, sin embargo, que aunque yo recordaré bien tus asuntos,

no puedo garantizar nada, y recomiendo enérgicamente que te quedes abajo.

Etzwane dejó escuchar un chasquido amargo.

—Comprendo muy bien. Sin embargo, hay vidas humanas en juego, subamos o no. Es mejor que vayas a Shillinsk cuanto antes. La prisa es esencial.

Ifness frunció el ceño.

—¿Esta noche? El camino es largo... Claro que la posada de Baba ofrece poco solaz. Coincido en que la prisa es deseable. Bien, entonces el ka y yo iremos a Shillinsk, con Fabrache como guía.

CAPÍTULO VII

Hacía ya tres horas que los soles se habían ocultado detrás del lejano Orgai y que el último resplandor púrpura había abandonado el cielo. En la planicie esperaban dieciocho guerreros alula, con Etwane y Hozman.

—Éste es mi sitio habitual —explicó Hozman— y ahora es mi momento. El procedimiento es así. Yo aprieto el botón. A los veinte minutos busco una luz verde que se acerca. Entonces suelto el botón y el vehículo desciende. Mis esclavos están de pie en fila. Están drogados y son obedientes, pero no están alerta, sino como gente en un sueño. La puerta se abre y una luz celeste se adelanta. Yo camino hacia adelante, guiando a los esclavos. Si el vehículo tiene un mentor, aparece en la plataforma y entonces debo esperar mientras los mentores conversan. Cuando los esclavos están dentro y la conversación ha terminado, yo cierro la puerta y el vehículo parte. No hay que saber nada más.

—Muy bien. Oprima el botón.

Hozman lo hizo.

—¡Cuán a menudo lo he hecho! —murmuró—. Siempre me he preguntado dónde iba y cómo transcurrían sus vidas. Después, cuando el vehículo partía, yo miraba al cielo y examinaba las estrellas... Pero basta ya, nunca más. Llevaré vuestras monturas a Shagfe, y después volveré a la tierra donde nací y me haré vidente profesional... Permanezcan en línea, todos juntos. Deben parecer desgastados y débiles.

El grupo formó una fila y esperó. La noche estaba silenciosa. Ocho kilómetros al norte estaba Shagfe, pero los fuegos y las lámparas de aceite brillaban muy débilmente para que su luz llegara. Los minutos pasaron lentamente; Etwane nunca había sentido que el tiempo se prolongara tanto. Cada segundo se estiraba elásticamente y partía con desgana hacia el pasado.

Hozman levantó la mano.

—La luz verde... El vehículo baja. Ahora suelto el botón. Estén listos,

pero como débiles y relajados, sin hacer movimientos...

Arriba se escuchó como un ligero suspiro y un zumbido; una sombra negra se movió a través de las estrellas y se estacionó a unos veinte metros. Lentamente apareció una abertura, lanzando un vago resplandor azul sobre el suelo.

—Vamos —murmuró Hozman—. En fila, todos juntos. Allí se arrastra el mentor. Deben ser rápidos... pero sin precipitarse.

Etwane se detuvo en la abertura. El resplandor azul mostraba el camino hacia adentro. En una suerte de repisa junto a una fila de luces de color había un asutra. Por un instante Etwane y el asutra se miraron; después el asutra, comprendiendo el peligro, silbó y se deslizó hacia un corredor pequeño. Etwane sacó su cuchillo, cortando el abdomen de la criatura y bloqueando su fuga. Con repugnancia empujó los restos hacia la cubierta, donde fueron aplastados bajo las botas de los alula.

Hozman dejó oír un suave relincho de aguda risa.

—Todavía no estoy libre de la influencia de esa cosa; podía sentir su emoción. Estaba furiosamente enojado.

Karazan entró con fuerza y el techo chocó con su cabeza.

—¡Vamos, hagamos lo que hemos de hacer mientras la sangre está caliente! Gastel Etwane, ¿comprende el uso de esas manivelas y botones y luces?

—No.

—Entre entonces; vamos a hacer lo que debemos.

Etwane fue el último en entrar. Vaciló, afligido por la certeza de que los planes eran locamente temerarios. «Sólo con esa consideración podemos esperar el éxito», se dijo a sí mismo. Miró el rostro de Hozman y sorprendió una expresión curiosamente vital y ansiosa, como si Hozman no pudiera contenerse en gritar de alegría.

«Aquí está su venganza —se dijo sombríamente Etwane—. Contra nosotros y también contra el asutra. Ahora seguirá tomando su venganza contra todo Durdane por el horror que ha sido su vida... Mejor que lo mate ahora...» Etwane esperó en la puerta. Afuera, Hozman estaba parado y expectante; adentro, los alula, prematuramente claustrofóbicos, comenzaban

ya a rezongar. Con un repentino impulso, Etwane saltó de nuevo a la superficie. Miró hacia donde Hozman sostenía el pestillo de la puerta. En una mano llevaba un trapo blanco. Etwane miró lentamente a la cara de Hozman. Éste apretó los labios, con las mejillas que caían perrunamente a los lados.

—Así que —dijo Etwane— está señalando nuestro destino, junto a todos los otros de la nave.

—No, no —tartamudeó Hozman—. Éste es mi pañuelo. Es una costumbre, simplemente; me seco la transpiración de la palma de las manos.

—Transpiran comprensiblemente —dijo Etwane.

Karazan salió dando tumbos de la nave. Comprendió la situación en un instante y lanzó una terrible mirada sobre Hozman.

—Por este acto no puedes culpar a ningún mentor, a ninguna fuerza perversa que te haya empujado.

Sacó su enorme cimitarra.

—Hozman, de rodillas y dobla tu cuello, porque tu hora ha llegado.

—Un momento —dijo Etwane—, ¿cuál es el sistema para cerrar la puerta?

—Eso debe averiguarlo solo —dijo Hozman. Intentó saltar para huir, pero Karazan se estiró y le atrapó por el cuello de su capa.

Hozman comenzó a rogar con una voz histérica, lacrimosa.

—¡Esto no es lo que habíamos acordado! Y, además, les puedo dar información que les salvará la vida, pero a menos que garanticen mi libertad, no la oirán. Pueden matarme primero y, cuando sean esclavos en un mundo distante, recuerden esta risa mía. —Tiró hacia atrás la cabeza y dejó oír un salvaje grito de burla—. Y sabrán que he muerto feliz, porque provoqué la ruina de mis enemigos.

Etwane dijo:

—No queremos su vida miserable; confiamos en salvar la nuestra, y su traición es nuestro peor peligro.

—¡No habrá ninguna traición! ¡Cambio mi vida y mi libertad por la vuestra!

—Póngalo adentro —decidió Etwane—. Si vivimos, él vivirá y a nuestra vuelta tendrá su castigo.

—¡No, no, no! —imploró Hozman. Karazan le hizo callar.

—Yo preferiría matar al gusano —dijo Karazan—. Adentro, vamos. — Empujó a Hozman dentro del vehículo. Etwane estudió la puerta y descubrió el pestillo interior. Preguntó a Hozman:

—¿Y ahora? ¿Empujo la puerta hasta cerrarla y bajo esta palanca?

—Eso es todo —fue la hosca respuesta de Hozman—. El vehículo dejará Durdane por sí solo.

—Entonces que estén todos prontos; vamos a irnos.

Etwane cerró la puerta. Inmediatamente el piso empujó contra sus pies. Los alula jadearon; Hozman gimió. Hubo una etapa de aceleración, y después tranquilidad. La iluminación azul hacía irreconocible las caras y parecían extraer una nueva dimensión del alma de cada uno. Etwane, mirando a los alula, se sentía humilde ante su coraje; al revés que él, ellos nada sabían sobre las capacidades de Ifness. Hozman permaneció débil e inútil, con largas arrugas desesperadas que le cruzaban la cara. Etwane preguntó:

—¿Cuáles son esos conocimientos suyos que salvarán nuestras vidas?

—Nada definido —contestó Hozman—. Conciérne a su conducta general y a cómo deben actuar para evitar ser descubiertos instantáneamente.

—Bien, ¿y cómo debemos actuar?

—Deben caminar así, con los brazos flojos, los ojos en blanco y mansos, las piernas flojas como si apenas soportaran el peso de los cuerpos. — Hozman quedó dócil, como si estuviera aún bajo la influencia de un mentor.

Durante quince minutos la velocidad se mantuvo y después disminuyó. Nerviosamente, Hozman dijo:

—Ignoro las condiciones de a bordo, pero deben atacar fuerte y rápido, aprovechando al máximo la sorpresa.

—¿Los asutra habitan en sus anfitriones?

—Me imagino que sí.

—Por vuestro propio bien —dijo Etwane—, pelead y pelead bien.

Hozman no agregó nada. Pasó un momento. El vehículo tocó en un objeto sólido y resbaló dentro de un canal, con un pequeño golpe al llegar. Los hombres se pusieron tensos. La puerta se abrió. Vieron un corredor vacío, a lo largo del cual se podía caminar en fila única. Una voz llegó desde un

panel.

—Caminen derecho hasta el vestíbulo. Quítense toda la ropa. Serán lavados por un chorro refrescante.

—Actuad como si estuvierais demasiado drogados para entender las instrucciones —susurró Hozman.

Etwane caminó lentamente dentro del corredor y lánguidamente se dirigió hasta el extremo, donde una puerta obstruía el paso. Los alula siguieron, con Hozman arrastrándose entre ellos. La voz volvió a hablar:

—Quítense las ropas.

Etwane hizo algunos movimientos, como para obedecer; luego dejó caer los brazos, con actitud de fatiga, y se reclinó contra la pared. Desde el panel llegó un silbido y un murmullo de disgusto. Desde los orificios del techo cayeron chorros de un líquido acre, empapándolos hasta la piel... Luego se interrumpió y la puerta se abrió. Etwane la cruzó, hasta una gran cámara circular. Allí esperaban una media docena de criaturas bípedas, de piel gris y llena de protuberancias, bajas de estatura, batracias de apariencia. Cinco ojos como vasos de leche emergían de sus cabezas; los pies eran aletas de músculo verde grisáceo. En la nuca de cada cuello había un asutra. Etwane no tuvo necesidad de dar señal alguna. La energía contenida explotó dentro de los alula; se lanzaron hacia adelante; en cinco segundos los anfitriones grises yacían muertos en charcos de sangres gris y verde, junto a los asutra aplastados y destrozados. Etwane miró alrededor suyo en la habitación, las fosas nasales distendidas, el arma de energía pronta. Pero no aparecieron otras criaturas grises. Corrió con largos pasos firmes hasta el final de la cámara, donde los corredores estrechos conducían en dos direcciones. Atendió y no escuchó sonido alguno, excepto un suave zumbido. La mitad de los alula, con Karazan, marchó por la izquierda; Etwane condujo a los otros por la derecha. Los corredores, estrechos y bajos, habían sido construidos de acuerdo a la escala de los asutra; Etwane se preguntó cómo podría circular por allí Karazan. Llegó hasta una rampa estrecha; arriba vio brillo de estrellas. Corrió tan rápido como pudo e irrumpió en una torre de control. Un banco circular rodeaba la habitación; en una parte, una docena de tanques pequeños mostraban líquidos coloreados. Un lado de la cámara contenía una

consola baja, con accesorios que Etwane presumió serían controles. En el banco mullido junto a los controles había tres asutra. Al entrar Etwane, retrocedieron hacia los paneles transparentes, silbando con excitación. Uno extrajo un pequeño mecanismo negro que escupió un fuego lavanda hacia Etwane. Éste se hizo a un lado y el fuego dio a un alula en la espalda. Etwane no podía utilizar su arma de energía por temor de romper la torre, pero se abalanzó presurosamente a través de la habitación. Unos de los asutra se deslizó hacia un pequeño pasaje, de unos treinta centímetros de lado; Etwane aplastó al segundo con la hoja de su cuchillo. El primero se deslizó, sibilante, hasta la mesa de controles; Etwane lo atrapó y lo tiró hacia el centro de la habitación, donde los alula lo hicieron papilla.

El hombre que había sido alcanzado por el rayo quedó boca arriba, mirando hacia las estrellas; estaba muriendo y nada se podía hacer ya por él. Etwane ordenó que dos hombres se quedaran de guardia allí; ellos le echaron ciertas miradas, como desafiando su autoridad. Etwane ignoró esa tozudez.

—Tengan cuidado. No se queden donde un asutra pueda apuntarles desde aquel pequeño pasaje. Bloqueen la entrada si pueden. ¡Estén alertas!

Salió del cuarto y fue a buscar a Karazan.

Una rampa bajaba hacia un recinto central y allí yacían los cautivos de Caraz, drogados y adormilados, en estantes que salían de las paredes como barras de una rueda. Karazan había matado a uno de los asistentes grises; dos más quedaban sumisos a un costado. Ninguno de los tres llevaba asutra. Con sorpresa, Etwane reconoció allí los rasgos poco agraciados de Srenka y Gulshe. En el conjunto, unos doscientos hombres, mujeres y niños yacían depositados en los estantes. Karazan estaba de pie en el centro de la habitación, escrutando con incertidumbre a las criaturas grises y a los cautivos, desorientado quizá por primera vez en su vida.

—Esta gente está bien como está —dijo Etwane a Karazan—. Que duerman. Otro asunto es más urgente. Los asutra tienen pequeños pasajes donde por lo menos se ha refugiado uno. Debemos revisar la nave, con grandes precauciones, porque las criaturas llevan armas de energía; ya han matado a un hombre. Nuestra ventaja es bloquear los pasajes a medida que

los encontremos, hasta que conozcamos la nave.

Karazan le informó:

—Es más pequeña de lo que yo había esperado; no es un sitio cómodo ni fácil para estar.

—Los asutra la han construido tan cerca de su escala como les fue posible. Con suerte, pronto estaremos de vuelta en la superficie. Hasta entonces, sólo podemos esperar y confiar en que los asutra no pueden pedir refuerzos.

Karazan parpadeó.

—¿Cómo podrían hacerlo?

—Las especies avanzadas hablan a través del espacio, utilizando la energía del relámpago.

—Todo esto es absurdo —murmuró Karazan, mirando a través de la habitación—. ¿Por qué han de llegar a tales extremos para conseguir esclavos? Tienen a esas especies de sapos, a los monstruos negros como su cautivo, a los demonios rojos, y quién sabe a cuántos otros sirvientes.

—Nada sobre los asutra es seguro —afirmó Etwane—. Una suposición es tan buena como cualquier otra. Quizá cada uno de los anfitriones elegidos cumple una función especial. Quizá simplemente les guste tenerlos distintos.

—No importa —gruñó Karazan—. Tenemos que sacarlos de sus grietas.

Dio instrucciones a sus hombres y los envió en parejas. Declarándose demasiado corpulento para ayudar en la búsqueda, llevó a las criaturas grises hasta la torre de observación y trató de persuadirlas, sin éxito, de que llevaran la nave de vuelta a Durdane. Etwane fue a examinar el vehículo de enlace, que estaba todavía en su canal, y no pudo descubrir la manera de controlarlo. Después buscó alimento y agua, que encontró en cajas y tanques bajo el depósito de esclavos. La atmósfera parecía fresca; en alguna parte de a bordo funcionaba un sistema de renovación automática y Etwane confió que si los asutra estuvieran vivos y ocultos no pensarían en sofocar a los intrusos. En una situación similar, ¿qué haría él? Si esperaba una nave de transferencia, no haría nada sino dejar que el problema se resolviera por medios exteriores...

De a dos, los guerreros alula vinieron a informar. Habían descubierto el sistema de conducción, los generadores de energía, el sistema de purificación

de aire. Habían sorprendido y matado a un asutra en el cuello de su anfitrión, pero no habían encontrado otros; en una docena de sitios habían bloqueado los pasajes de los asutra. Sin otra cosa mejor que hacer, Etwane realizó una lenta exploración de la nave, tratando de averiguar el emplazamiento del refugio asutra. En esta tarea fue ayudado por los alula, que ahora habían ganado más confianza.

Durante horas el grupo estudió la nave, estimando distancias y volúmenes, y finalmente concluyó en que el refugio privado de los asutra debía de estar directamente bajo la torre de control, en un espacio de unos tres metros cuadrados y poco más de un metro de altura. Etwane y Karazan estudiaron el exterior de ese espacio y se preguntaron si podrían penetrar. Los muros no mostraban uniones y estaban hechos de un material desconocido, para Etwane: no era vidrio ni metal. Ese espacio, supuso Etwane, era el cuartel privado de los asutra y se preguntó cuánto tiempo podrían vivir allí sin alimento; aunque, desde luego, podía haber alimento dentro del recinto.

El amanecer se acercó. Durdane era un gran disco negro y púrpura rodeado de estrellas, con un brillo magenta y titilante hacia el este. La estrella Etta Azul subía sobre el horizonte, después apareció la rosada Sassetta y finalmente la blanca Zael, y la cara de Durdane se despertó a la luz.

La nave estaba sobre Caraz, a una distancia que Etwane estimó en unos trescientos kilómetros. Más abajo estaría la aldea Shagfe, demasiado trivial para ser notada. De sur a norte se extendían los ríos de Caraz, enormes víboras plateadas que languidecían sobre una felpa arrugada. En el lejano sudoeste aparecían el lago Nior y una línea de lagos menores. Etwane especuló sobre la fuerza que mantenía en su sitio a la nave depósito y cuánto tardaría en caer sobre la superficie si los asutra cortaban la energía. Pestañeó, imaginándose los últimos pocos segundos... Pero los asutra nada ganarían con destruir la nave. Etwane reflexionó sobre las curiosas similitudes entre criaturas tan distintas como el hombre, el asutra, el roguskhoi y el ka. Todos necesitaban sustento y refugio; todos utilizaban la luz para localizarse en el espacio... Para comunicarse todos utilizaban el sonido, en lugar de la luz, del

tacto o del olfato, por motivos simples y universales. El sonido se expandía y cubría un terreno determinado; el sonido podía ser producido con un mínimo de energía; el sonido era infinitamente flexible. ¿La telepatía? Una facultad irregularmente útil al hombre, pero quizá empleada con más consistencia por otras especies; en realidad, considerar que una facultad tan básica quedara restringida a la especie humana sería irracional. El estudio y la comparación de las formas de vida inteligente debería ser una empresa fascinante, pensó Etwane...

Examinó el cielo en todas las direcciones. Estaba negro y lucían las estrellas. Era demasiado pronto para esperar a Ifness y a una nave de la Tierra. Pero no demasiado temprano para temer la llegada de una nave asutra. La misma nave depósito era un cilindro chato, jalonado cada seis metros con conos gruesos, rematados en radiantes de metal blanco. La superficie, notó Etwane, no era el cobre de las naves que había visto previamente, sino un gris-negro barnizado, en el que brillaban lustres aceitosos de carmesí, azul oscuro y verde. Etwane fue una vez más a estudiar los controles. No había duda de que, en principio, eran similares a los de una nave de la Tierra, y sospechó que Ifness, si hubiera tenido la oportunidad, habría descubierto las funciones de los pequeños botones y de la manijas y de los tanques de jalea gris...

Karazan apareció desde abajo. La claustrofobia lo había puesto susceptible e irritante; sólo en la torre de observación, con el espacio abierto a su alrededor, pareció distenderse.

—No puedo romper la pared. Nuestros cuchillos y palos son débiles para esa tarea, y no puedo entender los instrumentos asutra.

—No veo cómo pueden amenazarnos —reflexionó Etwane—, suponiendo que todos los pasajes están bloqueados. Si se desesperan, podrían quizá quemar su salida y atacarnos con sus armas... Si nos bajaran a la superficie podrían continuar su camino, pese a la petición de Ifness de una nave espacial, que podrá procurar en algún otro momento.

—Coincido en todos los puntos —señaló Karazan—. No me gusta estar colgado en medio del aire como un pájaro en su jaula. Si consiguiéramos que las criaturas nos comprendieran, no hay duda de que podríamos llegar a un

acuerdo. ¿Por qué no probar de nuevo con los hombres-sapo? No tenemos nada mejor que hacer.

Bajaron hasta el recinto de esclavos, donde los hombres-sapo estaban tirados apáticamente. Etwane llevó a uno de ellos hasta la torre de observación y, con gestos hacia los controles y hacia la superficie, indicó que la criatura debía bajar la nave hasta la superficie. Pero no sirvió de nada; la cosa gris se quedó mirando para todos lados, con sus aletas que se bajaban y se subían en los orificios para respirar, como prueba de alguna desconocida emoción.

Etwane llegó a empujar a la criatura contra los controles; se quedó rígido y exhaló un líquido de olor pestilente desde glándulas situadas en su columna dorsal. Etwane desistió de sus esfuerzos.

Después de media hora de meditación fue hasta el pasaje bloqueado de los asutra y cautelosamente quitó las bolsas de bizcocho de cereal que obstruían la abertura. Chistó y silbó, en la forma más conciliatoria que pudo, y luego escuchó. Ningún sonido, ninguna respuesta. Probó de nuevo y esperó. Otra vez sin éxito. Etwane volvió a cerrar el agujero, ya irritado y desilusionado. Los asutra, con una inteligencia por lo menos equivalente a la humana, debían haber comprendido que Etwane estaba ofreciendo una tregua.

Etwane fue a mirar a Durdane, ahora completamente expuesto a la luz solar. El lago Nior estaba oscurecido bajo una franja de nubes; el terreno inmediatamente inferior estaba similarmente oculto... La negativa de los asutra a contestar sugería una incapacidad de negociar o cooperar. Las criaturas no parecían esperar cuartel y seguramente no lo darían. Etwane recordó a los roguskhoi y los horrores que habían cometido sobre la gente de Shant. De acuerdo a las presunciones previas, los roguskhoi habían sido un arma experimental diseñada para su uso contra los mundos de la Tierra, pero ahora parecía probable que los asutra hubieran pensado también en la gente de las naves de globo negro... Etwane hizo un gesto hacia Durdane. La situación se hacía más misteriosa y contradictoria. Revisó en su mente aquellas preguntas que en un momento u otro le habían causado perplejidad. ¿Por qué los asutra se molestaban en obtener esclavos humanos cuando los ka

eran igualmente aptos, fuertes y ágiles? ¿Por qué el ka había destruido al asutra de Hozman con tanta pasión? ¿Cómo podían confiar los asutra en que los roguskhoi pudieran rivalizar con una raza técnicamente eficiente? Y otro asunto: cuando el ka había quedado atrapado en la nave espacial derribada, ¿por qué el asutra no había escapado, como pudo fácilmente haberlo hecho? Extrañas cuestiones, que con el tiempo podrían aclararse o no.

El día se arrastró. Los hombres comieron raciones de la carne fría que habían traído consigo y cautamente probaron el bizcocho de cereal de los asutra, que resultó suave, pero no desagradable. Cuanto antes llegara Ifness con su nave de rescate, mejor sería. Ifness vendría, de eso Etwane estaba seguro. Ifness nunca había fallado en ningún propósito; Ifness era un hombre demasiado orgulloso para tolerar un fracaso... Etwane fue al recinto de los esclavos y miró en los rostros pálidos y quietos. Encontró a Rune la del Sauce y se quedó varios minutos contemplando sus rasgos. Le tocó el cuello, buscando un latido, pero se confundió con el latido de su propio corazón. Sería agradable en verdad cabalgar por las llanuras de Caraz sólo junto a Rune. Lentamente, sin voluntad de hacerlo, se apartó de allí. Paseó por la nave, maravillándose de la factura precisa y de la experta estructura mecánica. ¡Qué milagro era una nave espacial, que sin esfuerzo podía llevar a criaturas pensantes a través de distancias tan enormes!

Etwane volvió a la torre y contempló con inútil fascinación los controles. Los soles se hundían; la noche ocultaba el mundo allá abajo.

Pasó la noche y llegó el día. Hozman Garganta Ronca estaba tirado boca abajo en los estantes de los esclavos, con una cuerda atada al cuello y la lengua fuera. Karazan murmuró su desaprobación, pero no hizo esfuerzo alguno para descubrir a los asesinos; la muerte de Hozman pareció casi trivial.

El día prosiguió. Un ánimo de duda e incertidumbre comenzó a infectar la nave. La alegría de la victoria se había ido; los alula estaban desalentados. Una vez más Etwane silbó junto al pasaje de los asutra, sin más éxito que antes. Comenzó a preguntarse si no estarían todos muertos. Había visto uno que se deslizó hacia adentro por el pasaje, pero después un asutra prendido al cuello de la especie de sapo había sido muerto; pudo haber sido el mismo

asutra.

Pasó ese día; después otro y otro más. Durdane mostraba cada día una formación de nubes diferentes; aparte de eso la escena era estática. Etwane aseguró a los alula que la misma falta de acontecimientos era un buen síntoma, pero Karazan le replicó:

—No puedo seguirle en su razonamiento. Supongamos que Ifness hubiera sido muerto en su viaje a Shillinsk. O que no hubiera podido comunicarse con sus colegas. O que éstos se hubieran negado a escucharle. Entonces ¿qué? Nuestra espera aquí sería igual a la de antes, y no representaría ningún buen síntoma.

Etwane trató de explicar la peculiar y perversa personalidad de Ifness.

—Es un hombre que no tolera la derrota.

—Pero es un hombre, y nada es seguro.

En ese momento llegó un grito de uno de los guardias, que permanecían día y noche en la torre de observación.

—¡Una nave espacial se mueve en el cielo!

Etwane saltó con el corazón en la boca. Era muy pronto, demasiado pronto, para esperar a Ifness. Miró desde la torre hacia donde apuntaba el vigía... Arriba, una nave como un disco bronceado se deslizaba perezosamente por el cielo, con el reflejo de los soles en su superficie.

—Es una nave asutra —opinó Etwane.

Karazan dijo con cierta solemnidad:

—Tenemos una sola opción, y es pelear. La sorpresa es otra vez nuestra aliada, porque no pueden esperarse que esta nave se encuentre en manos enemigas.

Etwane miró a la consola. Las luces relampagueaban y titilaban, significando algo que él no podía comprender. Si la nave disco estaba intentando comunicarse y no recibía respuesta, se aproximaría con gran cautela. La sorpresa no era un aliado tan importante como había confiado Karazan.

El disco trazó una curva hacia el norte, luego hizo un sesgo y después se detuvo, quedando quieta a un kilómetro de distancia. Después emitió un parpadeo verde y desapareció. El cielo quedó vacío.

De una docena de gargantas salió el suspiro de una respiración contenida.
—¿Y ahora por qué eso? —preguntó Karazan a su gente, en general—. Yo no soy hombre para estas cosas; detesto las adivinanzas.

Etwane sacudió la cabeza.

—Sólo puedo decir que prefiero la ausencia de la nave a su compañía.

—Sabe que estamos aquí y planea encontrarnos durmiendo —rezongó Karazan—. Estaremos preparados.

Durante el resto del día todos se concentraron en la torre de control, excepto los que debían patrullar la nave. El disco bronceado no reapareció, el grupo se tranquilizó y las condiciones fueron las de antes.

Pasaron cuatro días. Los alula entraron en un estado taciturno y las patrullas comenzaron a perder vivacidad. Etwane se quejó a Karazan, quien le contestó con un murmullo inarticulado.

—Si la disciplina se deteriora, tendremos problemas —observó Etwane—. Debemos mantener la moral. Después de todo, ellos conocían bien las circunstancias antes de que dejáramos Durdane.

Karazan no contestó, pero poco después reunió a sus hombres y les impartió diversas instrucciones.

—Somos alula. Somos famosos por nuestra entereza. Después de todo, no sufrimos nada más serio que el aburrimiento y el estar confinados en este sitio. La situación podría ser peor.

Los alula escucharon en sombrío silencio y después volvieron a sus tareas con mayor atención.

Al finalizar la tarde ocurrió algo que alteró drásticamente la situación. Etwane, mirando hacia el este a través de la gran expansión gris, notó que una esfera negra se mantenía quieta en el cielo, a una distancia imposible de estimar. Etwane miró durante diez minutos y el globo negro permaneció inmóvil. Con una idea repentina, miró al panel de la consola y comprobó que las luces parpadeaban y cambiaban de color. Karazan preguntó con voz anhelante.

—¿Puede ser la nave de la Tierra, que nos llevará de vuelta al suelo?

—Todavía no. Ifness calculó dos semanas por lo menos; es demasiado pronto.

—¿Entonces qué nave flota allí? ¿Otra nave asutra?

—Le conté sobre la batalla en el Thrie Orgai —contestó Etwane—. Yo supondría que ésta es una nave de los enemigos de los asutra, la gente del misterio.

—Como la nave se aproxima —acotó Karazan— el misterio está por ser solucionado.

La nave negra se curvó en un sesgo, pasando a un kilómetro hacia el sur del depósito; aminoró su marcha y se detuvo. Justo en el punto donde había desaparecido, el disco de bronce-cobre se materializó con rencoroso disimulo. Por un instante se quedó quieta, luego disparó un par de proyectiles. El globo negro, como por reflejo nervioso, descargó sus armas; a mitad de camino entre ambas naves, una explosión silenciosa cubrió el cielo. Etwane y los alula pudieron haberse quedado ciegos, si no fuera por el material que cubría la torre y que resistía la fuerza de esa luz.

El disco de bronce había enfocado cuatro chorros de energía contra el globo negro, que estalló en rojo; aparentemente su sistema de protección había fallado. Su desquite fue proyectar un golpe de llama púrpura, que por un instante relució sobre la nave de disco como el extremo de una antorcha; después la llama disminuyó y murió. El globo negro se enrolló como un pescado muerto. El disco lanzó otro proyectil, que pegó en el centro ya quemado por los rayos convergentes. El globo explotó y Etwane recibió la imagen instantánea de fragmentos negros que volaban desde un centro de material incandescente; entre ese material creyó ver cadáveres, grotescamente retorcidos y giratorios. Los fragmentos pegaron en la nave depósito, resonando, trepidando y enviando vibraciones a través de todo el casco.

El cielo quedó nuevamente claro y abierto. Del globo negro no quedaba nada; el disco de bronce había desaparecido.

Etwane dijo con voz hueca:

—La nave disco se queda en una emboscada. El depósito es el anzuelo. Los asutra saben que estamos aquí; creen que somos sus enemigos y esperan que lleguen nuestras naves.

Etwane y Karazan buscaron en el cielo con nueva ansiedad. El simple rescate de cuatro chicas secuestradas por Hozman Garganta Ronca se había

ampliado hasta una situación que desbordaba sus imaginaciones. Etwane no había aspirado a participar en una guerra espacial; Karazan y los alula no habían comprendido las presiones psicológicas que caerían sobre ellos.

El cielo quedó libre de tráfico; los soles se hundieron tras un millón de plumas de nubes color magenta. La noche fue instantánea; el crepúsculo sólo se mostró como un florecimiento triste y leve.

Durante la noche, las patrullas no estuvieron alertas, para disgusto de Etwane. Se quejó a Karazan, puntualizando que las condiciones eran las de antes, pero Karazan reaccionó con un ademán irritado de su enorme brazo, relegando al olvido a Etwane y sus pequeños temores. Karazan y los alula se habían desmoralizado, reflexionó Etwane agriamente, hasta un grado tal que habrían dado la bienvenida al ataque, al cautiverio, a la esclavitud, a cualquier cosa que les hubiera enfrentado, con un rival palpable. Era inútil hacerles arengas; ya no escuchaban.

Pasó la noche y el día y otras noches y otros días. Los alula se sentaban en tropel dentro de la torre de observación; miraban al cielo, no veían nada. Llegó el momento en que Ifness podía ya ser esperado, pero nadie creía ya en Ifness ni en la nave de la Tierra; la única realidad se componía de la jaula del cielo y de un panorama vacío.

Etwane había examinado una docena de sistemas para advertir a Ifness, si es que llegaba, y los había rechazado todos o, más ajustadamente, ninguno era funcional. El mismo Etwane perdió la cuenta de los días transcurridos. La presencia de los otros hombres se le había hecho odiosa, pero la apatía era una fuerza más poderosa que la hostilidad, y los hombres se sufrían recíprocamente en una silenciosa comunidad de aborrecimiento.

Después cambió la índole de la espera y se convirtió en una sensación de inminencia. Los hombres murmuraban inquietos y vigilaban desde la torre de observación, con los ojos en blanco. Sabían que algo estaba por suceder y pronto. Y ése fue el caso. Reapareció el disco de bronce.

Los hombres del depósito dejaron oír algunos gruñidos guturales de preocupación; Etwane hizo una última inspección del cielo. ¿Dónde estaba Ifness?

El cielo estaba vacío excepto por el disco de bronce. Éste trazó un círculo

alrededor del depósito, luego se detuvo y después se acercó. Parecía enorme, usurpando el cielo como una mancha. Los cascos se tocaron; el depósito chirrió y vaciló. Desde el sitio de la puerta llegó un sonido que era como una vibración. Karazan miró a Etwane.

—Vienen a bordo. Usted tiene su arma de energía. ¿Peleará?

Etwane sacudió la cabeza.

—Muertos no seremos útiles a nadie, y menos a nosotros mismos.

Karazan protestó.

—¿Así que vamos a rendirnos? Nos llevarán y nos convertirán en esclavos.

—Esa es la posibilidad. Es mejor que la muerte. Nuestra esperanza es que el mundo de la Tierra conozca al fin la situación e intervenga en nuestro favor.

Karazan dejó oír una risa sarcástica y apretó sus enormes puños, pero todavía se quedó indeciso. Desde abajo venían los sonidos de la entrada de alguien. Karazan advirtió a los suyos:

—No opongáis resistencia. Nuestras fuerzas son inferiores a nuestros deseos. Debemos sufrir la penalidad de ser más débiles.

A la torre de control entraron dos ka, cada uno de ellos con un asutra adosado a su cuello. Ignoraron a los hombres, excepto para hacerlos a un lado, y llegaron a los controles. Uno de ellos movió las pequeñas y raras clavijas con facilidad y precisión. Dentro de la nave zumbó un motor. La vista desde la torre se hizo confusa y después negra; no se veía nada. Otro ka llegó a la puerta de la cabina. Hizo gestos, indicando que los alula y Etwane debían dejar sitio. Sombríamente, Karazan se agachó frente a la salida y doblando el cuello marchó rampa abajo, hacia el recinto de los esclavos. Le siguió Etwane, y los otros marcharon detrás.

CAPÍTULO VIII

Los alula se acomodaron en los pasillos entre los estantes de esclavos. Los ka les ignoraron mientras cumplían sus tareas, con los asutra prendidos junto a sus cuellos, como si fueran monos en ramas de árboles.

La nave depósito estaba en movimiento. Los hombres no sintieron vibración alguna, ningún impulso, pero su conocimiento era seguro, como si una infrasustancia les tocara en alguna zona sensitiva del cerebro. Los hombres se acurrucaron silenciosamente, cada uno con sus pensamientos lúgubres. Los ka no les prestaron atención.

Pasó el tiempo, a un ritmo imposible de medir. Antes la incertidumbre y los nervios alterados habían distendido las horas; después una melancolía tétrica causaba el mismo efecto.

La sola esperanza de Etwane era que Ifness no hubiera sido muerto en la Planicie de las Flores Azules y que la vanidad lo empujara a ayudarles. Los alula carecían de toda esperanza y quedaron apáticos. Etwane miró a través de la cámara hacia el nicho donde estaba Rune. Pudo ver de ella el perfil de sus sienes y su mejilla; sintió una repentina calidez. Para ser valiente ante ella, había arriesgado y perdido su libertad. Ésa sería la opinión insultante de Ifness. ¿Tendría razón? Sus motivos habían sido complejos; él mismo no los conocía.

Karazan se incorporó. Quedó inmóvil por diez segundos, luego alargó sus brazos enormes, los torció hacia un lado y otro, haciendo flexión de sus músculos. Etwane se alarmó y le llamó la atención. Karazan no dio señal de haberle escuchado. Etwane le tocó el hombro; Karazan volvió lentamente su cabeza; Etwane no vio expresión alguna en sus grandes ojos grises.

Los otros alula se incorporaron. Uno murmuró a Etwane:

—Apártese. Él está buscando su muerte.

Otro dijo:

—Es peligroso molestar a la gente que está en estas condiciones; después

de todo, su camino puede ser el mejor.

—¡No! —gritó Etwane—. Los muertos no son útiles a nadie. ¡Karazan!
—Sacudió aquellos hombros enormes—. ¡Atiéndame! ¿Me oye? ¡Si es que alguna vez quiere ver de nuevo el lago Nior, escúcheme!

Crejó que un brillo de respuesta aparecía en los ojos de Karazan.

—¡No hemos perdido toda esperanza! Ifness está vivo; él nos encontrará.

Uno de los otros alula preguntó ansiosamente:

—¿De verdad cree eso?

—¡Si conociera a Ifness, no lo dudaría! Es un hombre incapaz de tolerar una derrota.

—Puede ser —contestó el alula—, ¿pero para qué servirá eso cuando estemos perdidos en una estrella lejana?

De la garganta de Karazan salió un sonido brusco y después algunas palabras:

—¿Cómo puede encontrarnos?

—No lo sé —admitió Etwane—, pero no perderé la esperanza.

Karazan dijo con voz vibrante:

—Es tonto hablar de esperanzas. No insista en vano.

—Si usted es un hombre valiente —refutó Etwane— tendrá esperanza. Buscar la muerte es el camino fácil.

Karazan no contestó. Otra vez se sentó y después se estiró a lo largo y durmió. Los otros alula murmuraron entre sí, echando miradas frías sobre Etwane, como si su interferencia ante Karazan y la «búsqueda de la muerte» no hubiera sido de su agrado... Etwane volvió a su sitio y se quedó dormido.

Los alula se habían vuelto hostiles. Con toda intención ignoraban a Etwane y bajaban sus voces para que él no pudiera oírles. Karazan no compartía esa actitud, pero se quedó sentado y solitario, retorciendo una correa entre sus dedos.

Otra vez Etwane se durmió, pero se despertó repentinamente, encontrando a tres alula de pie junto a él. Eran el Negro Hulanik, Fairo el Apuesto, Ganim Rama Espinosa. Éste último llevaba un trozo de cuerda.

Etzwane se incorporó, con el arma de energía al alcance de su mano. Recordó a Hozman Garganta Ronca y su lengua colgante. Los alula, con la cara en blanco, se apartaron hacia el otro lado de la habitación.

Etzwane reflexionó unos segundos y después se dirigió a Karazan:

—Algunos de sus hombres iban a matarme.

Karazan asintió ostentosamente.

—¿Cuál es el motivo?

Pareció que Karazan no contestaría. Después, con algún esfuerzo, dijo:

—Ninguna razón en particular. Quieren matar a alguien y lo eligieron a usted. Es como un juego.

—No quiero intervenir —replicó Etzwane con voz metálica—. Que jueguen con alguien de su grupo. Ordéneles que me dejen tranquilo.

Karazan se encogió de hombros.

—Habría muy poca diferencia.

—Para usted. Para mí significa mucha diferencia.

Karazan volvió a encogerse de hombros.

Etzwane entró a considerar la situación. Mientras se mantuviera despierto, podría vivir. Cuando se durmiera habría de morir; quizá no la primera vez, quizá tampoco la segunda. Jugarían con él, tratarían de hacerle perder la calma. ¿Por qué? Ninguna razón. Un juego: el deporte maligno de una tribu bárbara. ¿Crueldad? Etzwane era el extraño, un no alula, sin más categoría que un chumpa capturado como anzuelo.

Algunos recursos eran posibles. Podía disparar sobre sus perseguidores y liquidar la molestia de una vez por todas. No era una solución totalmente satisfactoria. Aun si los asutra no le confiscaran el arma, el juego continuaría en una forma aún más perversa, con todos a la espera de que él se durmiera. La mejor defensa era un ataque, pensó Etzwane. Se incorporó y caminó como si fuera a la letrina. Sus ojos vieron las formas quietas de Rune; parecía menos atractiva que antes; era, después de todo, una bárbara alula y no era mejor que su gente... Etzwane giró hacia la habitación que tenía los alimentos y los tanques de agua. En la puerta se detuvo a inspeccionar el grupo. Ellos le miraron con desafío. Sonriendo tristemente, Etzwane acercó una caja de alimentos y se sentó. Los alula le miraron con caras alertas, pero

inexpresivas. Etwane volvió a incorporarse. Tomó un bizcocho y un jarro de agua. Se volvió a sentar, comió y bebió. Notó que varios alula se mojaban los labios. Como por un impulso colectivo, todos se volvieron y con cierta ostentación se pusieron a dormir.

Karazan miró sobriamente, con su noble frente arrugada en un gesto. Etwane le ignoró. ¿Karazan podría desear alimento y bebida? Etwane no había llegado a ninguna decisión. Probablemente alcanzara a Karazan su sustento.

Después de meditarlo volvió a las sombras, donde era menos vulnerable a un cuchillo arrojado: la obvia respuesta de los alula. Después, insatisfecho con sus arreglos, agrupó varias cajas de alimentos para que le sirvieran de barricada, tras de la cual podía ver sin ser visto.

Comenzó a sentirse adormilado. Sus párpados se caían... Se despertó alterado, notando que uno de los alula se arrastraba cerca de él.

—Dos pasos más y es hombre muerto —dijo Etwane.

El alula se detuvo.

—¿Por qué me niega agua? Yo no tomé parte en la amenaza.

—Tampoco hizo nada para controlar a los tres que me amenazaron. Sufra hambre y sed con ellos... hasta que se mueran.

—¡Eso no es justo! Usted no conoce nuestras costumbres.

—Por lo contrario. Ahora soy yo quien formula las amenazas. Cuando Fairo el Apuesto, Ganim Rama Espinosa y el Negro Hulanik hayan muerto, podrá beber.

El alula sediento se volvió lentamente. Karazan se pronunció:

—Ha ocurrido algo malo.

—Usted podía haberlo impedido —anotó Etwane—. Prefirió no hacer nada.

Incorporándose, Karazan miró hacia el depósito de provisiones; por un momento pareció el Karazan de antes. Después sus hombros bajaron. Dijo:

—Eso es cierto. No he dado instrucciones. ¿Por qué preocuparse de una muerte cuando todos están condenados?

—Ocurre que yo me preocupo de mi muerte —objetó Etwane—. Y ahora yo formulo las amenazas, y las víctimas son Fairo, Ganim y Hulanik.

Karazan miró a los tres hombres; todos los ojos del recinto siguieron sus miradas. Los tres hicieron gestos de desafío y miraron en su derredor. Karazan habló con voz conciliadora.

—Pongamos a un lado este asunto; es innecesario y absurdo.

—¿Por qué no lo dijo antes, cuando yo era amenazado? —exigió Etwane con furia—. Cuando los tres estén muertos, usted podrá comer y beber.

Karazan volvió a su posición. Pasó el tiempo. Al principio hubo muestras de solidaridad con los tres; después se formaron otros grupos, hablando con susurros. Los tres se agruparon entre las estanterías y sus cuchillos relucieron en las sombras.

Etwane dormitó una vez más. Se despertó con una intensa sensación de peligro. La habitación estaba quieta. Etwane se puso de rodillas y retrocedió hacia las sombras. En la habitación exterior los alula estaban vigilando. Alguno había llegado hasta la pared y ahora se arrastraba, centímetro a centímetro, hasta el depósito de comestibles, fuera de la visión de Etwane. ¿Quién?

Karazan ya no estaba sentado junto a la pared.

Hubo un rugido paralizante; una forma enorme ocupó la abertura de la habitación. Etwane apretó el gatillo, más por sorpresa que con intención. Vio un brillo en forma de estrella cuando la llama dio sobre un rostro enorme. El hombre quedó muerto en forma instantánea. Trastabilló junto a la pared y cayó hacia atrás.

Etwane salió lentamente hacia el otro cuarto, que estaba poseído por el horror. Se quedó mirando al cadáver, pensando qué quería Karazan, porque Karazan no llevaba armas. Había conocido a Karazan como un hombre de buena intención: simple, directo, benevolente. Karazan se merecía algo mejor que este destino retorcido. Miró a los rostros blancos y silenciosos.

—La responsabilidad es vuestra. Habéis tolerado la malicia y ahora habéis perdido al gran líder.

Entre los alula hubo furtivos desplazamientos de posición, secretos intercambios de miradas. El cambio llegó tan rápido como para nublar la mente: desde la torpeza hasta la frenética actividad. Etwane se recostó contra la pared. Los alula volaron a través del aire; se sucedieron tajos,

cuchilladas y espantosas peleas; en un momento todo terminó. Sobre el piso, Pairo, Ganim y Hulanik se revolvían en su propia sangre, junto a otros dos hombres.

Etzwane dijo:

—Rápido, antes de que lleguen los asutra. Arrastren los cuerpos hasta los pasillos. Encuentren sitio en los estantes.

Los cuerpos muertos yacieron junto a los vivos. Etzwane rompió uno de los sacos de comida y limpió la sangre. En cinco minutos el recinto de esclavos estuvo ordenado y calmo, aunque un poco menos poblado que antes. Tres minutos después, tres ka, con los asutra pegados a sus cuellos, pasaron a través de la habitación, pero no se detuvieron.

Los alula, saciados el hambre y la sed y las emociones, cayeron en un estado inerte, que era más de estupor que de sueño. Etzwane, aunque desconfiado sobre el imprevisible temperamento alula, decidió que la vigilancia sólo provocaría una nueva hostilidad y se echó a dormir, aunque primero tomó la precaución de atar su arma de energía a una correa de su bolsa.

Durmió sin molestias. Cuando al fin se despertó comprendió que la nave estaba quieta.

CAPÍTULO IX

El aire del recinto parecía enrarecido; la iluminación azul había disminuido y era más deprimente que antes. Desde arriba llegaban el ruido de pasos y unos trozos fluctuantes de los gorjeos nasales de los ka. Etwane se incorporó y se acercó a la rampa para escuchar. Los alula también se pusieron de pie y se quedaron mirando hacia la rampa con incertidumbre; estaban muy lejos de ser los guerreros jactanciosos que Etwane había conocido en una curva del río Vurush.

Un chirrido de poleas, un ruido de cremalleras: una sección de la pared retrocedió y una luz gris inundó el recinto, cubriendo el resplandor azul.

Etwane empujó a los alula para ver a través de la abertura. Retrocedió con desánimo y sorpresa, sin encontrar sentido a la mezcla de extrañas formas y colores. Miró otra vez con ojos entrecerrados, comparando las posibilidades de dibujo de su mente con aquellas formas extrañas, y algunos aspectos del paisaje entraron en su foco mental. Vio colinas escalonadas, que desbordaban en una vegetación de un negro lustroso, verdeazulado y marrón. Más allá, y por encima, había una espesa capa gris, de la que colgaban almohadas de nubes negras y algunos hilos de lluvia. En las colinas inferiores se extendían líneas de estructuras irregulares, construidas con bloques de un material blanco como ostras. A nivel del suelo las estructuras formaban un complejo más denso. La mayoría estaban construidas con los bloques pálidos; unas pocas parecían formas monolíticas de escoria. Había pasajes por el medio y alrededor, con sesgos y curvas, sin propósito aparente. Algunos eran lisos y anchos y tenían vehículos: carretones en forma de jaula, vagones que semejabán insectos con las alas levantadas, vehículos más pequeños con forma de lagarto, que se levantaban pocos centímetros del suelo. A intervalos había postes con enormes rectángulos negros, que carecían de marcas o de propósito comprensible. Etwane se preguntó si los ojos de los ka y los asutra distinguirían colores que eran invisibles para él. El terreno más cercano era

una zona chata y pavimentada, rodeada por una reja de bronce entrelazado. Etwane, que por instinto observaba e interpretaba automáticamente los colores, tras la simbología de Shant, no notó ahora ningún uso deliberado del color. En algún lado, en la confusión de medidas, formas y proporciones, pensó, debía existir una simbología; la civilización técnica era imposible si no existía un control sobre las abstracciones.

Los habitantes del lugar eran ka, y al menos la mitad de ellos llevaban asutra en sus cuellos. No había hombres-sapo a la vista, ni tampoco seres humanos.

Excepto uno. Al recinto de esclavos subió una persona alta y delgada, con una capa informe, hecha de fibra gruesa. Un cabello gris y duro salía sobre el rostro gris y agrietado, como una palada de heno; el mentón era largo y sin pelo. Etwane vio que la persona era una mujer, aunque su aspecto y conducta eran asexuados. La mujer dijo con voz alta y sonora:

—Las personas ahora despiertas: ¡sígueme abajo! Pronto y rápido. Esto es lo primero que hay que saber: nunca esperen la segunda orden.

La mujer hablaba un dialecto apenas comprensible; parecía tan amarga, violenta y seria como una tormenta de invierno. Comenzó a descender por la rampa. Etwane la siguió prontamente, contento de librarse del detestado recinto de esclavos y de sus recuerdos de pesadilla.

El grupo descendió a la zona pavimentada bajo la gran nave depósito. En un camino lateral había cuatro ka, mirando como oscuras estatuas, con asutras en sus cuellos. La mujer les condujo hasta el comienzo de un sendero cercano.

—Esperen aquí; voy a despertar a quienes duermen.

Pasó una hora. Los hombres quedaron reclinados contra el cerco, lúgubres y silenciosos. Etwane, afirmándose en su hilo de fe en Ifness, pudo manifestar un melancólico interés por los alrededores. El paso del tiempo hizo que las circunstancias fueran no menos extrañas. En varias direcciones se cruzaban los vehículos ka. Etwane contempló cómo pasaban los carretones de ocho ruedas. ¿Quién los guiaba? No pudo ver cabina ni compartimento, salvo una pequeña cúpula al frente y dentro una pequeña masa negra: un asutra... Desde la nave depósito vino la mujer, seguida por la

gente aturdida que había ocupado los estantes. Tropezaron, renquearon y miraron a un lado y otro con triste sorpresa. Etwane notó a Srenka y después a Gulshe; los bravíos de antes se agachaban ahora tan miserablemente como los otros. La mirada de Gulshe pasó sobre el rostro de Etwane; no dio señal alguna de reconocimiento. Al final de la procesión venía Rune, y también ella miró a Etwane sin interés.

—¡Alto! —gritó la conductora con su voz fuerte y tosca—. Aquí esperaremos el autobús. Ahora os voy a hablar. Vuestra vida anterior ha desaparecido y es irrecuperable; éste es el mundo Kahei y vosotros sois como niños recién nacidos, con otra vida por delante. No es demasiado mala, a menos que seáis elegidos para experimentos, y entonces significa la muerte. Pero ¿quién puede vivir siempre? Entretanto, nunca tendréis hambre ni sed ni os faltará refugio. La vida es tolerable. Los hombres y las mujeres ágiles serán entrenados para pelear en la guerra y es inútil aducir que en ello no os va nada o pensar en evitar la batalla contra hombres como vosotros mismos; así son las cosas y debéis cumplir lo que se requiere. No perdáis tiempo en pesadumbres; es el camino fácil e inútil. Si queréis reproduciros, debéis formular una solicitud a algún supervisor, y os será asignado un compañero adecuado. La insubordinación, la pereza, la pelea y la indisciplina quedan prohibidas. Las penalidades no están graduadas, sino que son siempre absolutas. El autobús está aquí. Subid por la rampa hasta el extremo del fondo.

Apretado dentro del autobús, Etwane pudo ver poco del paisaje exterior. El camino era paralelo a las colinas y después cruzaba una planicie. Ocasionalmente aparecía un grupo de torres grises contra el cielo; una hierba aterciopelada de rojo oscuro, verde oscuro o violeta-negro cubría el terreno.

El autobús se detuvo; los esclavos se alinearon junto a un complejo de construcciones, cercado en tres lados por estructuras de bloques blancos. Al norte había colinas bajas, y sobre ellas un despeñadero de basalto. Al este se extendía una vasta ciénaga negra, que desaparecía en el horizonte, confundida con el cielo. Cerca, al borde de los edificios, había una nave de disco

bronceado, con las puertas abiertas y rampas que llevaban hasta el piso. Etwane creyó reconocer la nave como la que había evacuado a los jefes roguskhoi desde el valle de Engh, en Palasedra.

Los esclavos fueron llevados como un rebaño a unas barracas. En el camino pasaron una serie de corrales largos y estrechos, que exhalaban un olor repugnante. En algunos de ellos había andromorfos de diversas variedades monstruosas. Etwane reparó en una docena de roguskhoi. Otro grupo se parecía más a los ka. En un corral abierto se arracimaba media docena de criaturas flacas, con torsos ka y grotescas simulaciones de la cabeza humana. Detrás de los corrales había un largo techado bajo: el laboratorio, entendió Etwane, donde se creaban esas anomalías biológicas. Después de años de especulación había conocido el origen de los roguskhoi.

Los cautivos fueron separados en hombres y mujeres y luego agrupados en pelotones de ocho individuos. A cada pelotón fue asignado un cabo, surgido de un cuadro de los cautivos que ya estaban allí. Al grupo de Etwane correspondió un hombre viejo, delgado, demacrado, arrugado como la corteza de un árbol añoso, pero sin embargo musculoso e incesantemente activo, todo codos y rodillas huesudas.

—Mi nombre es Polovits —declaró el viejo—. La primera lección que debéis aprender, y aprenderla bien, es la obediencia, rápida y absoluta, porque no hay segunda oportunidad. Los amos son decididos. No castigan, sino que destruyen. Hay una guerra: pelean con un enemigo poderoso y no tienen inclinación alguna a la clemencia. Lo recuerdo una vez más: a cada instrucción debe darse obediencia atenta y escrupulosa, o no viviréis para recibir otra orden. En los próximos días se verán ejemplificadas esas ideas. Generalmente hay bajas de un tercio en el primer mes; quienes valoren la vida deben obedecer todas las órdenes sin vacilar.

»Las reglas del acantonamiento no son complicadas. No podéis pelear. Yo seré el arbitro de las disputas y mi juicio es definitivo. No podéis cantar, gritar ni silbar. No podéis acceder a vuestros deseos sexuales sin arreglo previo. Debéis ser cuidadosos; el desorden no se tolera. Hay dos caminos

principales para el progreso. El primero es la dedicación. Un hombre que se empeñe puede llegar a cabo. Segundo, la comunicación. Si llegáis a aprender la Gran Canción, ganaréis valiosos privilegios, porque muy pocas personas pueden cantar con los ka. Es difícil, como lo descubrirán quienes lo intenten, pero pelear en primera fila es peor.

Etzwane dijo:

—Tengo una pregunta. ¿Contra quién debemos pelear?

—No hagas preguntas ociosas —replicó Polovits en forma tajante—. Es una costumbre inútil y denota inestabilidad. ¡Miradme! Nunca he hecho una pregunta y he sobrevivido en Kahei durante largos años. Fui llevado del Distrito Shauzade cuando era una criatura, durante la segunda recolección de esclavos. Vi crear a los Guerreros Rojos y fue una época difícil. ¿Cuántos de nosotros sobrevivimos? Podría contar sus nombres en un santiamén. ¿Y por qué sobrevivimos?

Polovits examinó una cara y otra.

—¿Por qué quisimos sobrevivir? —La cara del mismo Polovits denotaba un fatigado triunfo—. ¡Porque éramos hombres! ¡El destino nos ha dado una vida para vivir, y la usamos lo mejor posible! Os hago la misma recomendación: ¡hacer lo mejor posible! Nada más es válido.

—Me advirtió sobre preguntas ociosas —dijo Etzwane—. Tengo una pregunta que no es ociosa. ¿Se nos ofrece algún aliciente? ¿Podemos confiar en que veremos nuevamente Durdane como hombres libres?

La voz de Polovits se hizo grosera.

—Su aliciente es la persistencia de vida. Y la esperanza, ¿qué es la esperanza? En Durdane no hay esperanza; la muerte llega para todos, y llega aquí también. ¿Y la libertad? Esa es vuestra opción. Ved las colinas; están vacías. El camino está abierto; id allí y sed libres. Nadie os detendrá. Pero antes de ir, ¡tened cuidado! El único alimento es el yuyo; la única agua es la neblina. Os hincharéis con las hierbas; pediréis agua en vano. La libertad es vuestra.

Etwane no preguntó nada más. Polovits se acomodó la chaqueta sobre sus flacos hombros.

—Ahora comeremos. Después comenzaremos nuestro entrenamiento.

Para comer, el grupo se detuvo junto a una larga cuneta que contenía una masa tibia, tallos de un vegetal frío y crujiente, unas bolitas picantes. Después de la comida Polovits puso a los hombres a hacer gimnasia y después los llevó a uno de los vehículos bajos en forma de lagarto.

—Nos han asignado la función de «ataque furtivo». Éstos son los carros de ataque. Se mueven sobre almohadas vibratorias y pueden desarrollar altas velocidades. A cada hombre de la escuadra se le asignará su carro, y debe conservarlo con cuidado. Es un arma peligrosa y valiosa.

—Quiero hacer una pregunta —dijo Etwane—, pero no estoy seguro si no la considerará «ociosa». No quiero caer muerto por simple curiosidad.

Polovits le dispensó una mirada glacial.

—La curiosidad es un hábito inútil.

Etwane retuvo su lengua. Polovits asintió brevemente y se volvió al carro lagarto.

—El conductor se acuesta totalmente, con los brazos hacia adelante. Mira por un prisma que le da un adecuado campo de visión. Con brazos y piernas controla su movimiento; con el mentón descarga sus torpedos o sus cuchillos de fuego.

Polovits mostró los controles y después condujo a la escuadra a una serie de simulaciones. Durante tres horas el grupo se entrenó en los controles simulados; después hubo un descanso; después una demostración de dos horas sobre técnicas de mantenimiento, que cada hombre debía aplicar a su vehículo.

El cielo se oscureció; con el crepúsculo apareció una fina lluvia. En la triste penumbra gris la escuadra marchó a sus barracas. Para la cena, en la cuneta, había una blanca sopa dulce que los hombres bebieron con jarros. Polovits dijo entonces:

—¿Quién entre vosotros quiere aprender el Gran Canto?

Etwane preguntó:

—¿De qué trata?

Polovits decidió que la pregunta era legítima.

—El Gran Canto describe la historia de Kahei a través de sonidos simbólicos y secuencias. Los ka se comunican cantando temas de alusión, y

vosotros debéis hacer lo mismo, a través de una doble flauta. El lenguaje es lógico, flexible y expresivo, pero difícil de aprender.

—Yo deseo aprender el Gran Canto —dijo Etwane.

Polovits mostró un gesto duro.

—Pensé que habrías de decidir eso.

Etwane resolvió que no le gustaba Polovits. Por tanto creció la necesidad de separarse; debía subordinarse y someterse; debía lanzarse a ese programa con aparente dedicación.

Polovits pareció advertir el fluir de los pensamientos de Etwane y formuló una observación misteriosa:

—En cualquier caso, yo estaré satisfecho.

Durante un período la existencia siguió tranquilamente. El sol (o soles) nunca apareció; la penumbra húmeda oprimía los espíritus y provocaba el aburrimiento y el letargo. La rutina diaria comprendía gimnasia, períodos de entrenamiento en los carros-lagarto, sesiones de trabajo que podían incluir preparación de comida, separación de minerales, modelación y lustrado de la madera de la ciénaga. La limpieza era muy cuidada. Algunos grupos vigilaban las barracas y la planicie. Etwane se preguntó si la insistencia en el orden reflejaba la voluntad de los asutra o de los ka. Probablemente los ka, concluyó; era improbable que los asutra alteraran la personalidad de los ka más de lo que habían afectado a Sajarano de Sershan, a Jurjin, a Jerd Finnerack o a Hozman Garganta Ronca. Los asutra dictaban la política y vigilaban la conducta, aparte de eso parecían permanecer distantes de la vida de su anfitrión.

Los asutra eran evidentes en todos lados. Quizá la mitad de los ka los llevaban; los mecanismos eran guiados por los asutra y Polovits hablaba con admiración de la navegación que ellos supervisaban. Esas dos últimas funciones parecían actividades un poco plebeyas para los asutra, reflexionó Etwane, e indicaría que los ka, los hombres ahulph y los chumpa, estaban divididos en categorías y en castas.

Al final del día se reservaba una hora para la higiene, la actividad sexual,

que estaba permitida en el suelo de un cobertizo, entre las barracas masculinas y femeninas, y el recreo general. La lluvia nocturna, que ocurría poco después que la luz dejara el cielo, cancelaba ese período, y los esclavos volvían a sus barracas, donde dormían sobre montañas de musgo seco. Como lo había afirmado Polovits, no había guardias ni cercos que impidieran a los esclavos la huida hacia las colinas. Etwane supo que en raras ocasiones algún esclavo lo hizo, buscando la libertad. Algunas veces el fugitivo no fue visto más; otras, volvió al campamento después de tres o cuatro días de hambre y sed, reanudando agradecidamente sus tareas. De acuerdo a un rumor, el mismo Polovits había huido a las colinas y a la vuelta se convirtió en el más diligente esclavo del campamento.

Etwane vio matar a dos hombres. El primero, que era corpulento, se disgustaba con la gimnasia y quiso ser más astuto que su cabo. El segundo fue Srenka, que corrió como un loco. En ambos casos un ka destruyó al infractor con un rayo de energía.

El Gran Canto de Kahei fue para Etwane una tarea de dedicación. La instructora era Kretzel, una anciana rechoncha con el rostro oculto entre cien pliegues y arrugas. Su memoria era prodigiosa; su disposición era simpática, y estaba siempre dispuesta a entretener a Etwane con rumores y anécdotas. En su enseñanza utilizaba un mecanismo que reproducía los raspados, crujidos y gorjeos del Gran Canto en su forma clásica. Entonces Kretzel duplicaba los tonos con un par de dobles cañas y traducía su significado a palabras. Dejó muy claro que el Canto sólo incidentalmente era música y que esencialmente servía como la referencia semántica básica a la comunicación y el pensamiento conceptual de los ka.

La obra se integraba con catorce mil cantos distintos, cada uno de ellos construido por 39 a 47 frases.

—Lo que aprenderás —explicó Kretzel— es el más simple Primer Estilo. El segundo emplea subtonos, trinos y ecos; el Tercero invierte la armonía y para obtener énfasis invierte frases; el Cuarto combina el Segundo con aumentos y variaciones; el Quinto sugiere más que propone. Yo conozco solamente el Primero, y aun ése superficialmente. Los ka utilizan abreviaciones, giros, alusiones, temas dobles y triples. El lenguaje es sutil.

Kretzel era menos rigurosa que Polovits. Contaba sin restricciones todo lo que sabía. ¿Los asutra utilizaban o comprendían el Canto? Kretzel balanceó sus hombros con indiferencia a un lado y otro.

—¿Por qué te preocupas? Nunca te dirigirás a ellos. Pero conocen el Canto. Lo saben todo y han traído muchos cambios a Kahei.

Alentado por la locuacidad de la mujer, Etwane formuló otras preguntas.

—¿Cuánto hace que están aquí? ¿De dónde vinieron?

—Todo eso está claro en los últimos setecientos cantos, que informan la tragedia que cayó sobre Kahei. Esta misma tierra, el Desierto Norte, ha conocido muchas terribles batallas. Pero ahora debemos trabajar, o los ka supondrán que somos perezosos.

Etwane se construyó un sistema de cañas dobles, y tan pronto como pudo superar su aversión a los intervalos musicales de los ka, que encontraba artificiosos y discordantes, interpretó el primer canto con una habilidad que asombró a la anciana.

—Tu destreza es notable. Sin embargo, debes tocar con precisión. ¡Sí, mis viejas orejas son perspicaces! Tu tendencia es adornar y deformar las frases hacia las formas que conoces. ¡Absolutamente equivocado! El Gran Canto se convierte en una morralla.

La actividad sexual entre esclavos era alentada, pero a las parejas no se les permitían relaciones estables. Etwane vio ocasionalmente a Rune a través del terreno donde las mujeres hacían sus ejercicios, y un día durante el período de «calistenia libre» se tomó la molestia de acercarse hasta ella. Había perdido algo de su despreocupación y de su gracia espontánea; lo miró sin cordialidad y Etwane advirtió que ella no le reconocía.

—Yo soy Gastel Etwane —le dijo—. ¿Recuerdas el campamento junto al río Vurush, donde yo toqué música y tú me desafiaste a que te quitara la capa?

La cara de Rune no mostró cambio de expresión.

—¿Qué deseas?

—La actividad sexual no está prohibida. Si tú así lo deseas, le hablaré al

cabo y específicamente solicitaré que...

Ella lo interrumpió con un gesto.

—No lo deseo. ¿Crees que quiero tener un hombre en este infierno gris? Ve a entretenerte con alguna de las ancianas y no traigas a la vida otras almas marchitas.

Etzwane alegó, citando un principio y otro, pero el rostro de Rune se hizo más y más duro. Al final se volvió y se fue. Etzwane volvió triste a su calistenia.

Los días se arrastraron con una lentitud que Etzwane encontraba enloquecedora. Estimó que la duración era cuatro o cinco horas mayor que la de los días de Shant, situación que alteraba sus ritmos naturales y le hacía alternadamente perezoso o irritable. Había aprendido los doce primeros cantos de la Canción, tanto en sus melodías como en sus significaciones adicionales. Comenzó a practicar en comunicación básica, seleccionando y uniendo frases musicales. Su destreza se contrapuso a una tendencia casi incontrolable a tocar notas y frases como si fueran su música personal, ligando aquí, prolongando allá, insertando notas y trinos, hasta que la anciana Kretzel levantó sus manos con exasperación.

—Esta secuencia es así —y lo demostraba—. ¡Ni más ni menos! Das la idea de una vana búsqueda de cangrejos, a lo largo del océano Pantano, durante la lluvia matutina. Introduces elementos extemporáneos para crear una mezcla, un fárrago de ideas. Cada nota debe tocarse así, ni más corta ni más larga. ¡De otra manera estás interpretando cosas absurdas!

Etzwane controló sus dedos y tocó los temas exactamente como Kretzel lo había indicado.

—¡Bien! —declaró ella—. Ahora prosigamos con el próximo canto, donde los proto-ka, los hiana, cruzan los pantanos y son molestados por insectos gorjeantes.

Etzwane prefería la compañía de Kretzel antes que las amonestaciones malhumoradas de Polovits, y hubiera dedicado todo su tiempo libre al Gran Canto si ella se lo hubiera permitido.

—Esa diligencia es un desperdicio —opinó Kretzel—. Yo conozco los cantos; puedo interpretarlos en un defectuoso Primer Estilo. Eso es todo lo

que puedo enseñarte. Si llegaras a vivir cien años, podrías empezar a tocar en el Segundo Estilo, pero no conocerás su sentimiento, porque no eres un ka. Después están el Tercero, el Cuarto y el Quinto, y después las formas dialectales y cursivas, las armonías convergentes y divergentes, los antiacordes, las detenciones, los susurros y las ligaduras. La vida es demasiado breve; ¿por qué agotarse?

Etwane decidió, sin embargo, aprender lo mejor que pudiera; no tenía nada mejor que hacer con su tiempo. Cada día encontraba más detestable a Polovits y su única fuga era hacia Kretzel. O a la libertad en las colinas. Según Polovits, la zona salvaje no daba alimento ni agua, lo cual Kretzel corroboró. Su mejor esperanza de eludir a Polovits era el Gran Canto... ¿Y qué pasaba con Ifness? el nombre rara vez acudía a la memoria de Etwane. Su vieja vida ya era vaga; de día se disolvía y se borraban los detalles. La realidad era Kahei; sólo aquí había vida. Tarde o temprano Ifness habría de aparecer; tarde o temprano habría un rescate. Así se lo decía Etwane, pero cada día la idea se le hacía más y más abstracta.

Una tarde Kretzel se aburrió del Canto. Quejándose de encías enfermas, tiró las cañas en un pozo.

—Que me maten, ¿qué me importa? Soy demasiado vieja para pelear; conozco el Canto y me matarán, y no me importa. Mis huesos nunca verán el suelo de Durdane. Tú eres joven y tienes esperanzas. Se irán, una a una, y no te quedará nada excepto el solo hecho de la vida. Entonces descubrirás el valor trascendente de la vida misma... Hemos atravesado muchas dificultades; hemos conocido épocas crueles. Cuando yo era joven, cultivaban a sus guerreros de cobre y los entrenaban para engendrar en mujeres humanas, no sé para qué.

Etwane dijo:

—Lo sé muy bien. Los roguskhoi fueron enviados a Durdane. Arrasaron Shant y algunos grandes distritos de Caraz. ¿No es raro? Destruyen a la gente de Durdane, y al mismo tiempo la capturan para usarla como guerreros esclavos frente al enemigo.

—Es sólo otro experimento —observó Kretzel astutamente—. Los Guerreros Rojos fracasaron y ahora prueban un arma nueva para su guerra. —Miró furtivamente sobre su hombro—. Toma tu instrumento y toca el Canto. Allí Polovits vigila la pereza. Ten cuidado con Polovits; le gusta matar. —Fue a buscar sus propias cañas—. ¡Ah, mis pobres encías torturadas! Este el canto número 19. El Sah y Aianu usan fibras de raho para hacer un cordel y pescar nudos de coral con palos de madera labrada. Se escucharán los dibujos de madera labrada y de madera tosca utilizados en forma tosca, y ése es el uso habitual. Pero debes tocar cuidadosamente el pequeño aleteo digital, porque de otra manera el dibujo se transforma en «visitar un sitio desde donde el pantano se ve a distancia», del canto 9.635.

Etwane tocó su instrumento, mirando a Polovits con el rabillo del ojo. Polovits se detuvo a escuchar, echó una mirada a Etwane y siguió su camino.

Más tarde, ese mismo día y durante la sesión de calistenia, Polovits explotó con furia repentina.

—¡Con decisión ahora! ¿Detestas tanto el esfuerzo que no puedes poner una mano en tierra? Estoy mirando, y tu vida es tan frágil como un hueso de polilla. ¿Por qué te quedas quieto como un poste?

—Espero nuevas órdenes, cabo Polovits.

—Tu especie es ponzoñosa, ¡siempre con alguna observación torcida que es casi insolente! ¡No te entregues a sueños de gloria, virtuoso del Canto porque no te librarás de lo peor! Esto te lo aseguro. Ahora: cien saltos en alto, para mejorar tu salud, ¡y que sean ágiles, con un buen movimiento de talones!

Con calma y seriedad Etwane obedeció tan bien como pudo. Polovits le contempló con grave intención pero no pudo encontrar falta en sus esfuerzos. Al final se dio la vuelta y se fue. Con una ligera sonrisa, Etwane volvió a la pequeña oficina de Kretzel, practicó los 19 cantos que ya conocía y aprendió la melodía de los cantos 20 y 21 en la máquina de reproducción. Habría de descubrir a su tiempo el significado semántico.

Etzwane actuó con cuidado, pero Polovits era incansable. La paciencia de Etzwane se terminaba y decidió tomar alguna medida. Por algún medio extraño, Polovits se enteró de esa decisión y acercó su viejo rostro angular al de Etzwane.

—Una docena de hombres han pensado en vencerme, y ¿puedes suponer dónde yacen ahora? En el gran agujero. ¡Conozco trucos de los que nunca oíste hablar! Estoy esperando un solo movimiento insubordinado, y entonces comprenderás la locura de las actitudes orgullosas en este triste mundo Kahei.

A Etzwane no le quedaba otro recurso que la hipocresía. Dijo amablemente:

—Lo lamento si le he ofendido; solamente quería no molestar. Innecesario decirlo, no estoy aquí por elección propia.

—Me haces perder el tiempo con tus gracias —ladró Polovits—. ¡No quiero escuchar más!

Se fue rápidamente y Etzwane comenzó a practicar el Canto.

Kretzel le hizo notar su falta de vivacidad y Etzwane explicó que Polovits estaba a punto de matarlo. Kretzel lanzó una risa aguda.

—¡Ese murciélago sucio y orgulloso! ¡No vale ni el ruido de la tripa de un ahulph! No va a matarte, porque tiene miedo de mentir. ¿Crees que los ka son tontos? Vamos, te enseñaré el canto 2.023, donde los cortadores de madera matan a un labrador de piedras porque les pisó el musgo. Entonces sólo necesitarás tocar la frase número 11 si Polovits llega a levantar un dedo. ¡Mejor aún! Dile al viejo Polovits que estás ensayando el Canto de la Inspección Abierta y que consideras que su conducta no es correcta. A trabajar. Polovits no importa más que un mal aliento.

—Gastel Etzwane —dijo Polovits durante la calistenia matutina—, te estás moviendo con la gracia y la seguridad de una grampus preñada. No puedo aceptar esas flexiones de rodilla como bien hechas. ¿Es que tu reconocido virtuosismo musical te está distrayendo? Bien, ¡contesta! Estoy

contando tu silencio como una insolencia. ¿Hasta cuándo debo sufrir tus descuidos?

—Ya no —dijo Etwane—. Allí va un Monitor; llámalo. Por azar, tengo aquí mis cañas, tocaré la llamada de Inspección Abierta y así tendremos justicia.

Los ojos de Polovits enrojecieron. Su boca se abrió lentamente y después se cerró. Dio una vuelta y pareció llamar al ka. Como con un gran esfuerzo, se contuvo.

—Entonces, te llevará a ti y a la mitad de esta banda de cretinos cojos al agujero. ¿Y yo qué gano? Tendré que comenzar de nuevo con otro grupo igualmente malo. ¡Estamos perdiendo el tiempo! Vuelta a la calistenia; otra vez las flexiones de rodilla. ¡Ahora, con fuerza!

Polovits habló con aire pensativo y evitó la mirada de Etwane.

Kretzel preguntó a Etwane:

—¿Cómo anda ahora Polovits?

—Es otro hombre —contestó Etwane—. Han terminado sus discursos y sus jactancias; está tan manso como un manojito de hierba y los ejercicios son casi un placer.

Kretzel quedó silenciosa y Etwane retomó sus cañas. Notó que una lágrima bajaba por los pliegues marrones de las mejillas de Kretzel y bajó su instrumento.

—¿Ha ocurrido algo que le afecta?

Kretzel se restregó la cara.

—Nunca pienso en mi hogar; me habría muerto si me pongo a condolerme. Pero una palabra agitó un recuerdo y me lo revivió. Pensé en los prados, arriba del lago Elshuka, donde vivía mi familia. La hierba era alta, y cuando era muy pequeña, lo atravesaba y encontraba nidos de los pájaros «paros»... Una vez hice un largo túnel a través de la hierba. Cuando se abrió, me encontré frente a Molsk, el Cazador de Hombres. Me puso en un saco y nunca más vi el lago Elshuka... Ya no tengo mucho que vivir. Van a mezclar mis huesos con esta negra tierra amarga, donde otra vez quedaré a la luz del

sol.

Etzwane tocó una melodía melancólica con sus cañas.

—¿Había muchos esclavos en Kahei cuando usted vino?

—Estábamos entre los primeros. Nos usaban para construir sus roguskhoi. Me salvé de la peor parte cuando aprendí el Canto. Pero los otros desaparecieron, salvo unos pocos. El viejo Polovits fue uno de éstos.

—¿Nadie ha escapado?

—¿Huir? ¿Adónde? ¡Este mundo es una prisión!

—Sería un placer provocar una revuelta, si fuera capaz de hacerlo.

Kretzel se encogió de hombros.

—Alguna vez me sentí igual, pero ahora... he tocado el Gran Canto demasiadas veces. Me siento casi como una ka.

Etzwane recordó el momento, en Shagfe, cuando el prisionero ka destruyó el asutra de Hozman Garganta Ronca. ¿Qué había provocado esa explosión de violencia? Si todos los ka de Kahei sintieran el mismo impulso, no habría más asutra. Etzwane fue consciente de lo poco que en verdad sabía de los ka, de su forma de vida, de su carácter. Le hizo preguntas a Kretzel, quien de pronto se puso severa y le aconsejó que se aplicara al estudio del Gran Canto. Etzwane replicó:

—Ya sé 22 cantos; hay más de catorce mil para aprender; seré un anciano antes de que mis preguntas sean contestadas.

—Y yo estaré muerta —preguntó Kretzel—. Así que atención al mecanismo; escuchemos esa semicorchea al final de la segunda frase. Ése es un recurso habitual que significa lo que se conoce como «afirmación vehemente». Los ka son gente valiente y trágica; su historia es una serie de infortunios y la semicorchea expresa ese ánimo, el desafío lanzado al rostro del destino.

Polovits, el viejo y furioso gallo de pelea, se había convertido abruptamente en un introvertido gruñón, que ponía un esfuerzo mínimo en los ejercicios. La tensión creada por su anterior antagonismo había desaparecido; los ejercicios se convirtieron en períodos de aburrimiento

holgazán.

Ese ánimo afectaba para Etwane todos los aspectos de la existencia; comenzó a sentir una separación, una sensación de vivir en dos niveles, interior y exterior, y su mente, retirándose a una subjetiva media distancia, miraba sin interés ni participación el trabajo de su cuerpo.

¿Qué pasaba con el Gran Canto? Todos los días Etwane iba debidamente hasta Kretzel. Interpretaba los cantos y memorizaba los significados, pero el proyecto comenzaba a parecerle vasto e inútil. Podía aprender catorce mil cantos y convertirse en otro Kretzel... Etwane se irritó, ofendido por su propia pasividad. «¡Yo derroté a los roguskhoi! ¡Utilicé mi energía y mi intelecto! ¡Me negué a rendirme! ¡Debo utilizar los mismos recursos para enfrentar a mi destino!»

Así se dijo y, espiritualmente regenerado, planeó revueltas, sabotajes, una operación de guerrillas, el secuestro de rehenes, la captura de la nave de bronce junto al campamento, las señales y comunicaciones... Cada uno de sus planes tropezaba con el mismo escollo: impracticabilidad. En su frustración pensó organizar un equipo de espíritus afines, pero encontró una desalentadora falta de interés. Excepto en una persona, un hombre flaco y meditativo del distrito Saprovno, que usaba el nombre de Shapan, como un yuyo de rizos tenaces y pinchos semejantes a espinas de pescado. Shapan pareció interesado en las ideas de Etwane, y éste comenzó a sentir que había encontrado un aliado, hasta que un día Kretzel le identificó casualmente como el más notorio agente provocador del campamento.

—Ha sido la muerte de una docena de hombres. Los incita a una conducta ilegal, y después lo notifica a los ka, y no me explico el propósito, aparte de la pura perversidad, porque no se ha beneficiado en nada.

Etwane comenzó por sentirse furioso, después disgustado consigo mismo y más tarde irónicamente apático. Shapan pareció ansioso por formular nuevos complots, pero Etwane fingió perplejidad.

Un resonar de gongs despertó a los esclavos cuando la oscuridad se cernía aún pesadamente sobre el campamento. Se escuchó el golpetear de pies que

corrían; alguna emergencia había ocurrido. Desde la cúpula situada sobre el garaje se oyó ulular una sirena; era la alarma general. Los esclavos corrieron hasta una nave de transporte que llegó hasta el patio de ejercicios. Otros se detuvieron, murmurando sus dudas.

De la nave salieron unos doce ka, con los asutra adosados a sus cuellos. Etzwane sintió que su conducta era urgida. El lenguaje-canción ka, en el Primer Estilo, resonó a través del recinto. Después sonó otra vez la sirena; los cabos corrieron y dieron órdenes a sus pelotones; quienes estaban entrenados con armas fueron llevados hasta la nave-transporte y acomodados en un largo corredor. La cubierta estaba sucia y cubierta de basura; el aire tenía un hedor abominable. Los esclavos se mantuvieron juntos, el mentón de cada uno en el hombro de otro, y el olor de los cuerpos transpirados agregó un elemento agrídulce al ambiente.

La nave se tambaleó y se movió, los esclavos se asieron de argollas o se recostaron contra el casco o se apoyaron entre sí; no había espacio para caerse. Algunos se sintieron mal y comenzó un quejido lúgubre; unos pocos comenzaron a gritar con furia y pánico, pero fueron silenciados a golpes. Los gritos se apagaron; los quejidos terminaron.

La nave se movió durante una hora, o quizá dos, y después descendió a la superficie. Pararon los motores y la nave quedó quieta. Con el aire fresco tan cerca los esclavos comenzaron a desesperarse, pegando en el casco y gritando: «Afuera, afuera, afuera...»

Se abrió una escotilla y entró una ráfaga de aire frío. Los esclavos retrocedieron involuntariamente. Una voz les ordenó:

—Adelante, hacia la luz. Mantened la fila, no os disperséis hacia los lados.

Los miserables se agitaron; sin desearlo se encontraron caminando sobre una especie suave y esponjosa de luz. El viento soplaba con firmeza, llevando una fina lluvia fría. Etzwane se sintió como el protagonista de una pesadilla, de la que sabía que debía despertarse.

La columna se detuvo frente a un edificio bajo. Tras esperar un minuto o dos, continuó hacia adelante y bajó una rampa hasta un salón subterráneo, apenas iluminado. Empapados y temblorosos, los guerreros esclavos se

agruparon entre sí, mientras un vapor fétido emanaba de sus ropas. En el extremo se oían los sonidos de un ka; la criatura estaba montada sobre un banco y junto a un anciano.

El ka pronunció algunos sonidos en el Primer Estilo; el anciano habló, con su boca convertida en un agujero negro junto a sus patillas.

—Os traduzco los significados. El enemigo ha llegado en una nave espacial. Han desplegado sus fuerzas; otra vez intentan arrasar Kahei. Matarán a todos los ayudantes astutos.

Hizo una pausa para escuchar al ka, y Etwane se preguntó quiénes eran los «ayudantes astutos». ¿Los asutra? El anciano habló de nuevo.

—Los ka pelearán, y vosotros pelearéis con los ka, que son vuestros amos. Así que iréis hacia delante a cumplir con vuestro destino, y vuestros hechos serán incorporados al Gran Canto.

El anciano escuchó, pero el ka no tenía ya nada más que decir y el anciano habló solo:

—Mirad a vuestro alrededor, en los rostros de los otros, porque se aproximan hechos graves, y muchos hombres no llegarán a contemplar otro día. Y aquellos que mueran, ¿cómo serán recordados? No por el nombre ni por su aspecto, sino por su valor. Un canto narrará cómo partieron en carros-lagarto y se deslizaron en el amanecer oscuro para medirse con sus enemigos.

Otra vez el ka dejó oír unos sonidos; el anciano escuchó y tradujo.

—La táctica es simple. En los carros-lagarto vosotros sois los destructores anónimos, la esencia misma de una furia desesperada. ¡Haceos temer! El enemigo controla el páramo del norte; sus fortalezas controlan el cielo. Nosotros golpearemos desde el suelo...

Etwane gritó desde la oscuridad:

—¿Quién es ese enemigo? ¡Son hombres como nosotros! ¿Es que los hombres deben matar a otros hombres para ayudar a los asutra?

El anciano estiró el cuello. El ka emitió unos sonidos; el anciano dejó oír unas frases en sus cañas dobles y después se dirigió a los guerreros:

—No sé nada y no me hagáis preguntas. El enemigo es el enemigo, cualquiera que sea su apariencia. ¡Adelante, a destruir! Esas son las palabras del ka. Mis propias palabras son: buena suerte para todos. Es mal asunto

morir lejos de Durdane, pero habrá que morir, y ¿por qué no hacerlo con valentía?

Otra voz, grosera y burlona, se dejó oír.

—Moriremos valientemente, y puedes decírselo al ka; no nos han traído hasta aquí por nada.

Una luz roja se encendió al extremo de la cámara.

—¡Seguid la luz, marchando adelante!

Los nombres se arremolinaron e hicieron círculos; ninguno quería ser el primero. El ka se dejó oír; el anciano gritó:

—¡Hacia fuera por el pasaje, hasta donde aparece la luz roja!

Los hombres emergieron hacia el túnel blanco con un puerta estrecha en un extremo; aquí cada uno de ellos era atrapado por los ka, mientras un tercero le colocaba un tubo en la boca y forzaba a entrar una gota de un líquido acre en la garganta.

Tosiendo, maldiciendo, escupiendo, los hombres se tambalearon hasta llegar a un pavimento en el que se veía la luz gris del amanecer. A ambos lados había filas de carros-lagarto.

Los hombres se adelantaron lentamente y sus cabos les alcanzaron y los apartaron hacia un carro-lagarto.

—Tú ahí —dijo Polovits a Etwane con voz neutra—. Ve hacia el norte, sobre la pendiente. Los tubos de torpedos están armados. Hay que torpedear los fuertes, destruir al enemigo.

Etwane se acomodó en el carro; la cubierta se cerró sobre él. Tocó el pedal acelerador; el carro retumbó, silbó y se deslizó sobre el pavimento y hacia el páramo.

Los carros-lagarto eran ingeniosos y peligrosos: unos cincuenta centímetros de altura, livianos y flexibles para acomodarse a los contornos del terreno. Los acumuladores de energía se situaban en la cola; Etwane ignoraba el alcance del vehículo, pero en el campo de entrenamiento eran recargados rara vez. Tres tubos de torpedos apuntaban directamente hacia delante; la superficie dorsal llevaba adosada un arma de energía, montada sobre un eje bajo. Los carros se deslizaban sobre bultos de compresión, y en circunstancias favorables se movían con notable velocidad.

Etwane condujo hacia el norte, hasta una cuesta recubierta por un musgo negro aterciopelado. A ambos lados se deslizaban otros carros-lagarto, algunos más adelante y otros atrás. La droga que le habían metido en la garganta comenzó a surtir efecto; ahora Etwane sentía como un júbilo, una sensación de poder y de invulnerabilidad.

Llegó hasta el fin de la cuesta y aflojó el acelerador. Pero éste no respondió. A Etwane no le importó, o por lo menos eso le aseguró su mente drogada; adelante y a toda velocidad. ¿Qué otra dirección o qué otra velocidad era necesaria? Le habían engañado. El dato rebajó su júbilo drogado. Sintió repentinos agujones de ira. ¡No bastaba con haberle enviado a enfrentar «enemigos» que no identificaba! ¡También tenían que asegurarse de que corriera hasta su muerte con prisa!

Un amplio valle se abría frente a él. A unos tres kilómetros vio un pequeño lago de poca profundidad, y cerca tres naves espaciales negras. El lago y las naves estaban rodeadas por un anillo de veinte conos negros y chatos: evidentemente eran los fuertes que los guerreros-esclavos tenían orden de atacar.

Sobre la colina llegaron los carros-lagarto, ciento cuarenta en total, y ninguno de ellos podía ser detenido. Uno de los que estaban delante de Etwane giró en un gran semicírculo y comenzó a reandar el camino por el que había venido, mientras su tripulante hacía ademanes, gesticulaba, apuntaba. Etwane y su rencor no necesitaron más estímulo; giró su propio carro y se encaminó hacia la base, gritando por las escotillas de ventilación. Uno a uno los carros se contagiaron; hicieron un giro y retomaron el camino por el que habían venido. En un cerro, arriba, se agazapaban cuatro tanques móviles, tripulados por observadores, que ahora se adelantaron, haciendo relampaguear luces rojas. Etwane apuntó la mira de su torpedo. Apretó el gatillo y uno de los tanques saltó en el aire como un pez que saliera del agua. Los otros tanques abrieron fuego; tres carros-lagarto se convirtieron en montones de metal fundido, pero simultáneamente los tanques fueron alcanzados y rotos. De dos de ellos emergieron los ka, corriendo por el

pantano con grandes saltos; detrás de ellos se deslizaron los carros-lagarto, girando, envolviendo y finalmente aniquilando a los ka.

Etwane levantó su brazo y gritó por la escotilla:

—¡A la base, a la base!

Sobre la colina volvieron a correr los carros-lagarto. Instantáneamente los emplazamientos de armas emitieron rayos rojos de advertencia.

—¡Apartaos! —gritó Etwane.

Señaló con sus manos, pero ninguno le hizo caso. Apuntó con su lanza-torpedos y disparó; una de las fortificaciones explotó. Las otras lanzaron cargas de energía, quemando los carros-lagarto que tocaron, pero otros torpedos dieron en el blanco. En cinco segundos la mitad de los carros-lagarto se convirtió en cenizas, y los carros-lagarto sobrevivientes volvieron a sus bases sin encontrar oposición. Alguno lanzó un torpedo contra el garaje subterráneo y la colina entera explotó. El césped, el cemento, los torsos desmembrados y fragmentos de otras cosas volaron por el aire y cayeron después.

La base era ahora un cráter silencioso. El problema era detener los carros-lagarto. Etwane experimentó con los diversos controles sin obtener resultado. Levantó la escotilla de entrada para mover una perilla de cierre. El motor se paró y el carro se deslizó hasta detenerse. Etwane se incorporó y quedó de pie sobre el musgo negro aterciopelado. Si lo hubieran matado un minuto después, habría muerto con júbilo.

Los otros hombres detuvieron sus carros como lo había hecho Etwane y saltaron al terreno. De los ciento cuarenta que habían partido, la mitad había vuelto. La droga todavía surtía efecto; las caras estaban transfiguradas, con ojos prominentes y brillantes, y la personalidad de cada individuo parecía más concentrada, más definida y poderosa que antes. Se rieron y recontaron sus hazañas:

—... Proscritos como éramos, sin que nuestras vidas valieran un camino...

—Entonces, a las colinas, a los sitios más lejanos; que nos sigan si quieren...

—¿Comida? ¡Claro que hay comida! La robaremos a los ka.

—... Venganza; no van a aceptar nuestro triunfo; nos atacarán desde los cielos.

Etzwane les habló.

—Un momento. Escuchadme. En la parte superior de las colinas están las naves espaciales negras. Sus tripulantes son hombres como nosotros, que vienen de un mundo desconocido. ¿Por qué no saludarles como amigos y confiar en su buena voluntad? No tenemos nada que perder.

Un hombre de barba negra y fornido, a quien Etzwane sólo conocía bajo el nombre de Korba, preguntó:

—¿Y cómo sabes que hay hombres en esas naves?

—He visto explotar una nave similar —contestó Etzwane—. Cadáveres humanos fueron expulsados.

En cualquier caso, hagamos un reconocimiento; nada tenemos que perder.

—Correcto —opinó Korba—. Ahora vivimos de un minuto al otro.

—Otro asunto —agregó Etzwane—. Es importante que actuemos como grupo, y no como una pandilla de hombres salvajes. Necesitamos un líder que coordine nuestras acciones. ¿Qué os parece Korba? Korba, ¿aceptas ser nuestro líder?

Korba se tiró de su barba negra.

—No, yo no. Tú señalaste esa necesidad y tú eres el hombre para el puesto. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Gastel Etzwane. Aceptaré esa responsabilidad a menos que alguien se oponga.

Nadie habló.

—Muy bien —dijo Etzwane—. Primero, repararemos nuestros carros para que podamos conducirlos con mayor facilidad.

—¿Necesitamos los carros? —preguntó un anciano de ojos grandes llamado Sul, que tenía cierta reputación de discutidor—. ¿Por qué no movernos a pie y llegar hasta donde los carros no pueden ir?

—Puede ser que tengamos que ir muy lejos para conseguir alimento —señalo Etzwane—. No conocemos la región; el desierto puede extenderse mil kilómetros. Con los carros tendremos mayor probabilidad de sobrevivir y, además están equipados con armas. Con los carros somos guerreros

peligrosos; sin ellos somos una pandilla de fugitivos.

—Correcto —opinó Korba—. Si ocurre lo peor, y no dudo de que ocurra, haremos que se acuerden de nosotros.

Las tapas de los motores fueron quitadas y se sacaron las clavijas que sostenían los aceleradores, Etwane levantó una mano.

Levemente, desde atrás de la colina, llegaban fluctuaciones de un lamento, con un timbre extraño y lúgubre que erizaba la piel.

Los hombres prorrumpieron en varias opiniones.

—¡Una señal!

—¡No, no es una señal, es una alarma!

—Sabemos que estamos aquí; nos están esperando.

—Es un sonido de espectros; lo he escuchado al lado de tumbas solitarias.

Etwane opinó:

—En cualquier caso, marchemos. Yo iré delante. En la cumbre de la colina nos detendremos.

Montó en su carro, bajó la cubierta y partió; los carros se deslizaron sobre el musgo aterciopelado como una partida de grandes ratas negras.

La colina se hacía más pronunciada delante de ellos, después se acható, y ahí los carros se detuvieron. Los hombres bajaron de ellos. Detrás, el pantano se extendía hasta el cráter de la base destruida; por delante estaba el valle, con el charco, las naves espaciales y los fuertes que las rodeaban. Cerca del charco había un grupo de unos veinte hombres, trabajando en algo. La distancia era demasiado grande para percibir sus rasgos o la índole de su trabajo, pero sus movimientos daban una sensación de urgencia. Etwane se inquietó; el aire del valle se espesaba de expectativa.

De las naves espaciales surgió otro gemido. Los hombres del charco miraron en derredor, quedaron rígidos por unos segundos, luego corrieron hacia las naves.

En la colina, Korba hizo una llamada de atención. Apuntó hacia el sur, donde las colinas neblinosas se destacaban contra el fondo oscuro. Deslizándose desde esas colinas venían tres naves espaciales de color bronce. Las dos primeras eran del tipo común; la tercera, que era una enorme construcción, se deslizaba sobre el horizonte como una luna de cobre. Las

dos primeras se adelantaron con propósito amenazador; la mayor se desplazaba más lentamente y más cerca del suelo. De los fuertes cónicos cercanos al lago surgieron descargas de luz blanca, que pegaron contra la nave delantera. Produjeron un brillo azul; después la nave ascendió en el cielo y se perdió de vista en un instante. La segunda nave de disco lanzó una barra de energía púrpura contra una de las naves negras. Los fuertes lanzaron nuevas descargas de energía, pero la nave negra se tino de rojo, después de blanco, y se derrumbó en una masa derretida e informe. El disco de bronce descendió rápidamente tras un pliegue del pantano, aparentemente ileso. El disco mayor llegó a la superficie; su compuerta se abrió y surgieron rampas hacia el suelo. De allí surgieron otros carros-lagarto: veinte, cuarenta, sesenta, cien. Se deslizaron hacia los fuertes, como franjas negras sobre el musgo negro, casi invisible y sin ofrecer blanco a los tiros. Los fuertes se agruparon junto a las naves de globo, pero los carros-lagarto irrumpieron en la colina y al alcance de los torpedos. Los fuertes descargaron rayos de fuerza blanca; los carros-lagarto fueron alcanzados y volaron por los aires. Otros descargaron torpedos, y uno tras otro los fuertes se convirtieron en fragmentos de metal retorcido. Los carros-lagarto lanzaron torpedos contra las naves de globo negro, sin mayor efecto; sus impactos sólo produjeron chispazos de luz roja. Los dos discos de bronce, el grande y el pequeño, se izaron en el aire y lanzaron gruesos chorros de una incandescencia púrpura contra los globos negros. Más arriba, estaba llegando ayuda. Ocho naves plateadas y blancas de complicada construcción, largas y finas, bajaron hasta quedar suspendidas sobre los globos negros. El aire tembló y vibró; los rayos púrpura se convirtieron en un amarillo humeante; se hicieron endebles y cesaron como si su fuente de energía hubiera fallado. Los globos negros se levantaron en el aire y aceleraron hacia el cielo. Se convirtieron en puntos negros contra las nubes grises; después desaparecieron. Las naves plateadas y blancas pendieron quietas durante unos tres minutos; después se sumergieron en las nubes.

Los carros-lagarto se deslizaron de vuelta hasta la nave disco mayor. Subieron por las rampas y desaparecieron dentro. Cinco minutos después, ambos discos de cobre se levantaron en vuelo y desaparecieron tras las

colinas del sur.

Excepto los hombres del páramo, el panorama quedó vacío de vida. Al lado del charco estaban los fuertes que habían explotado y la nave negra deshecha.

Los hombres subieron a sus carros y descendieron la pendiente hasta el charco. Los fuertes eran amasijos de metal inútil; el globo negro derribado irradiaba tanto calor que era imposible aproximarse. De allí no se podría conseguir comida. El agua, sin embargo, estaba al alcance de la mano. Bajaron hasta el borde del charco. Surgió un olor desagradable, que se hizo más intenso al acercarse.

—Hieda o no —dijo Korba—, voy a beber; ya me olvidé de las exquisiteces.

Se inclinó para levantar agua con su mano, pero saltó hacia atrás.

—El agua está llena de cosas que nadan.

Etwane se inclinó. El agua se agitaba con el movimiento de incontables criaturas parecidas a insectos, variables en tamaño desde pequeños puntos hasta el largo de su mano. De sus torsos rosados y grises emergían seis pequeñas patas, cada una de ellas terminaba en tres pequeños dedos. En un extremo del animal, se veían unos puntos que eran ojos negros que emergían de cavidades peludas. Etwane se incorporó con disgusto. No bebería nunca de esa agua.

—Asutras —dijo—. Millones de asutras.

Miró el cielo en su derredor. Las nubes negras eran bajas y mostraban trazos de lluvia. Etwane se estremeció.

—Éste es un sitio horrendo; cuanto antes nos vayamos, mejor.

Uno de los hombres apuntó con tono de duda:

—Pero dejaremos alimento y agua.

—¿Con los asutra? —Etwane hizo una mueca—. Nunca tendré tanta hambre. En todo caso, es una vida enemiga y probablemente venenosa.

Se volvió.

—Las naves espaciales pueden regresar; es mejor que nos vayamos antes.

—Muy bien —objetó el viejo Sul—. ¿pero adónde? somos hombres condenados, ¿por qué apurarnos para ir a ningún lado?

—Puedo proponer un sitio. Al sur, detrás del pantano, está el campamento, que es el sitio más cercano para conseguir agua y comida.

Los hombres le miraron con duda y desconcierto. Korba le preguntó con cierta truculencia:

—¿Quieres que volvamos allí, ahora que finalmente somos libres?

Otro hombre gruñó.

—Antes que eso me comeré a los asutra y beberé su mugre. Yo nací en la tribu Graythorn, de la raza bagot, y no somos de la clase que se esclaviza por conseguir alimento.

—No he dicho que nos esclavicemos —replicó Etwane—. ¿Es que hemos olvidado las armas que llevamos? No iremos a comer alimento de esclavos, sino a tomar lo que queramos y saldar alguna vieja deuda. Seguiremos por la orilla hacia el sur, hasta que encontremos el campamento, y a partir de allí ya veremos.

—Es un largo camino —murmuró alguien.

Etwane explicó:

—Vinimos en una nave transporte y tardamos unas dos horas. Para volver deberemos marchar dos días, o tres, o cuatro, pero no hay forma de evitarlo.

—Podemos ser muertos por rayos asutra —declaró Korba—. ¡Pero ninguno de nosotros espera una larga vida!

—A los carros, entonces —ordenó Etwane—. Iremos hacia el sur.

Rodearon el charco y la nave globo destruida. Después irrumpieron sobre el pantano negro, donde las huellas del suelo indicaban el sitio por el que habían llegado. Se deslizaron por la pendiente larga y pasaron junto a la base explotada. En algún lado de las ruinas, pensó Etwane, yacía Polovits, con tiranía terminada y su rostro incrustado en los restos. Etwane sintió una triste compasión, mezclada con el rencor por los males inferidos a él y a los otros. Miró hacia atrás a los carros; quizá él y sus compañeros estuvieran ya condenados, pero primero harían daño a sus enemigos.

El pantano estaba al lado: una expansión ilimitada de fango, manchada con una espuma blanquiverde. Los carros marcharon hacia el sur y bordearon la orilla. Las nubes eran pesadas y bajas; a la distancia, el pantano y el cielo se fundían juntos sin separación visible.

Hacia el sur se deslizaban los carros, en un tren leve y siniestro, sin que los hombres miraran hacia atrás. En la tarde llegaron hasta un cenagal de agua negra, de la cual bebieron, pese al gusto desagradable, y llenaron los receptáculos dentro de los carros; después, bordeando el charco, continuaron hacia el sur.

El cielo se oscureció y cayó la lluvia nocturna, que fue absorbida instantáneamente por el musgo. Los carros prosiguieron su marcha en la penumbra, que se convirtió en oscuridad. Etwane detuvo la columna y los hombres saltaron de sus carros, quejándose de sus músculos contrahechos y del hambre. Caminaron hacia un lado y otro, murmurando con voces roncas. Algunos, notando la diferencia entre el agua luminosa y la oscuridad muerta del pantano, quisieron seguir su marcha durante la noche.

—Cuanto antes lleguemos al campamento, antes terminaremos con el asunto; o comeremos o seremos muertos.

—Yo también tengo prisa —dijo Etwane—. Pero la oscuridad es demasiado peligrosa. No tenemos luces y no podemos mantenernos juntos. ¿Qué ocurre si alguien se confunde y se queda dormido? Hambrientos o no, debemos esperar el día.

—Con la luz seremos visibles para los aparatos aéreos —objetó uno de los hombres—. Hay peligros en todas direcciones, pero nuestros estómagos claman por comida.

—Comenzaremos tan pronto como la aurora nos dé luz —replicó Etwane—. Viajar en la noche oscura es un disparate. Mi estómago está tan ansioso como cualquier otro; a falta de algo mejor me propongo dormir.

No se molestó en hablar más y se acercó hasta la orilla para mirar al pantano. El agua brillaba en azul con sus líneas y curvas, que lentamente se movían y formaban nuevos dibujos. Brillos de una luz pálida surgían de los cañaverales y emergían hacia el espacio abierto... A los pies de Etwane algo se deslizó en el barro; por su forma vio que era un insecto grande y chato, que se desplazaba sobre una docena de patas. Miró desde cerca. ¿Un asutra? No, algo diferente, pero quizá en algún pantano similar los asutra habían evolucionado. Quizá incluso en Kahei, aunque los primeros cantos de la Gran Canción no hacían referencia alguna a los asutra... Otros del grupo

caminaban junto a la orilla, maravillándose de las luces y de la fantasmal soledad... En algún lugar de la orilla alguien encendió un pequeño fuego, utilizando musgo seco y cañas como combustible. Etwane vio que algunos hombres habían capturado insectos y se disponían a tostarlos y comerlos. Hizo un gesto resignado. Era el líder por un convenio muy tenue.

La noche tardó en transcurrir. Etwane procuró encontrar sitio para dormir dentro del carro-lagarto, después salió y se extendió sobre el musgo. Sopló un viento frío en la noche, lo que no le permitió estar cómodo... Dormitó. Sonidos angustiosos le despertaron. Se levantó y fue junto a la fila de carros. Tres hombres yacían en el suelo, retorciéndose en forma convulsiva. Etwane los miró un momento y luego volvió a su carro. No podía ofrecerles comodidad ni ayuda; ciertamente, el destino fatal estaba tan cerca de ellos, que la muerte de tres hombres no parecía muy importante... Una lluvia neblinosa se inclinó con el viento. Etwane entró de nuevo en el carro. Los quejidos de los hombres envenenados se escucharon cada vez menos y después terminaron.

Llegó la aurora y había tres hombres muertos; los tres que comieron insectos. Sin comentarios Etwane montó en el carro y la columna prosigió hacia el sur.

El pantano parecía interminable; los hombres conducían sus carros en un semiletargo. A mediodía llegaron a otro charco y bebieron de esa agua. Los cañaverales cercanos tenían racimos de una fruta cerúlea, que uno o dos de los hombres examinaron con ansiedad. Etwane no dijo nada y los hombres se volvieron.

Korba se detuvo, mirando hacia el sur. Apuntó a una sombra lejana que podía ser una nube o una montaña.

—Al norte del campamento había un despeñadero —dijo— y quizá eso es lo que tenemos delante.

—Tendremos que seguir —dijo Etwane—. La nave que nos llevó al norte se movía a una velocidad considerable. Sospecho que por delante tenemos dos días de viaje, o más.

—Si nuestros estómagos lo resisten.

—Nuestros estómagos nos llevarán si los carros nos llevan. Ése es mi

miedo principal, que se termine el combustible de los carros.

Korba y los otros miraron con curiosidad las largas formas negras.

—Marchemos —dijo uno de ellos—. Por lo menos veremos el otro lado de las colinas, y con un poco de suerte Korba habrá acertado.

—Así también lo espero —dijo Etwane—. Pero hay que prepararse para una desilusión.

La columna siguió a través de una ondulante alfombra negra de musgo. En ningún lado había evidencia alguna de vida: ningún movimiento, ni ruinas, ni antiguos apostaderos, ni jalones de piedras.

Una breve tormenta cayó sobre ellos; las nubes negras llegaron más bajo; un viento repentino sopló desde el oeste... En media hora la tormenta había pasado, dejando el aire más limpio que antes. La sombra hacia el sur era claramente una montaña de una masa considerable.

Hacia el final del día la columna remontó un cerro y miró el panorama. Hasta donde alcanzaba la vista se extendía el pantano vacío y negro.

La columna se detuvo; los hombres salieron de sus carros para contemplar la desolación que tenían por delante. Etwane dijo brevemente:

—Tenemos que ir más lejos.

Volvió a entrar en su carro y se deslizó hacia abajo.

Había tenido una idea, y cuando la oscuridad les forzó a detenerse, explicó su plan.

—¿Os acordáis de la nave-disco que está en el campamento? Creo que es una nave espacial; de cualquier manera, es un objeto de gran valor, mucho más que la muerte de cincuenta o sesenta hombres. Si es que hay una nave aún en el campamento. Sugiero que la capturemos para negociar nuestra vuelta a Durdane.

—¿Podemos hacer eso? —preguntó Korba—. ¿No nos detectarán y utilizarán sus torpedos?

—No vi gran vigilancia en el campamento —señaló Etwane—. ¿Por qué no intentar el máximo? Con certeza que nadie nos ayudará sino nosotros mismos.

Uno de los alula dijo con voz amarga:

—Lo había olvidado; han ocurrido tantas cosas. Hace tiempo nos hablaste

del planeta Tierra y mencionaste a un tal Ifness.

—Una fantasía —dijo Etwane—. Yo también me había olvidado... ¡Es raro pensarlo! Para la gente de la Tierra, si supieran de nosotros, seríamos personajes de una pesadilla, aún menos que los brillos del pantano que se extiende... Me temo que nunca veré la Tierra.

—Yo sería feliz con ver el viejo Caraz —dijo el alula—. Me consideraría afortunado hasta el punto de no creerlo, y nunca volvería a quejarme.

Uno de los hombres gruñó:

—Yo me contentaría con un buen pedazo de carne.

De a uno, y con el disgusto de dejar la calidez de la compañía, los hombres volvieron a sus carros y pasaron otra noche tétrica.

Tan pronto como la aurora dejó percibir el terreno, se pusieron en camino. El carro de Etwane no parecía ya tan brioso como antes; se preguntó cuántos kilómetros más aguantaría el motor. ¿Y a qué distancia estaba el campamento? Un día por lo menos, tres o cuatro a lo sumo.

El musgo proseguía chato y húmedo, confundiéndose con el pantano. Varias veces los carros atravesaron charcos de un barro gris. Cerca de uno de ellos los hombres se detuvieron a estirar sus músculos contrahechos. Los charcos mostraban burbujas de miasma que ascendían a la superficie. El borde del barro albergaba colonias de gusanos marrones y de bolitas negras que corrían; todos ellos se refugiaban en el pantano al escuchar un sonido, hecho que dejó perplejo a Etwane; no parecía haber un enemigo natural del cual las criaturas debieran protegerse. Etwane examinó el aire: no había pájaros, ni reptiles voladores, ni insectos alados. Al borde del musgo negro y podrido, a un metro de la orilla, espizó pequeñas guaridas, de las que surgían huellas de patas con tres dedos. Etwane examinó esas marcas con desconfianza. En el musgo se movió una pequeña sombra púrpura y negra que buscaba ocultarse: un asutra que todavía no era maduro. Etwane retrocedió, alarmado y lleno de asco. Cuando las especies provenían de ambientes tan distintos como el hombre y el asutra, ¿podría haber allí alguna comunicación o simpatía? Etwane pensó que no. Una tolerancia fundada en un mutuo disgusto, quizá una cooperación, nunca.

La columna siguió, y ahora uno de los carros comenzó a fallar,

levantándose y cayéndose sobre sus puntos de soporte. Al final el carro se enterró en el musgo y no avanzó más. Etwane puso al conductor de costado en otro carro que pareció más nuevo; otra vez la columna prosiguió.

A media tarde, otros dos carros se quedaron en el musgo; era evidente que quedaban pocas horas a todos los demás. Por delante había otra colina negra, que parecía más baja que la del costado norte del campamento. Si hubiera otra colina más, Etwane pensó que nunca llegarían al campamento, porque ninguno de los hombres tenía ya la posibilidad de caminar treinta, o cuarenta o cincuenta kilómetros.

Se mantuvieron cerca del pantano para evitar las alturas; aun así, la montaña y el pantano se juntaban en un risco, que remontaron laboriosamente.

Hacia arriba por el cerro marcharon los carros, con quejidos y sesgos. Etwane condujo por el camino hacia la cresta, con el paisaje del sur abierto frente a ellos... El campamento estaba debajo, a unos cinco kilómetros. Un rugido ronco salió de cincuenta gargantas secas.

—¡El campamento, bajaremos al campamento! ¡La comida nos aguarda; pan, buena sopa!

Etwane salió del carro.

—¡Atrás, tontos! ¿Habéis olvidado el plan?

—¿Por qué vamos a esperar? —gritó Sul—. Mira: no hay ninguna nave en las instalaciones: ¡se ha ido! Y aunque estuviera allí, tu plan sería absurdo. Debemos comer y beber; todo lo demás no tiene sentido. Vamos allá entonces; ¡hacia abajo, al campamento!

Etwane insistió:

—¡Atrás! Hemos sufrido demasiado para tirar ahora nuestras vidas. No hay ninguna nave espacial, es cierto. Sin embargo, debemos apoderarnos del campamento, y eso significa sorpresa. Debemos esperar al crepúsculo. Hay que controlar el apetito hasta entonces.

—No he atravesado toda esta distancia para seguir sufriendo —declaró Sul.

—Sufrir o morir —rezongó Korba—. Cuando el campamento sea nuestro, podremos comer. ¡Éste es el momento de demostrar que somos hombres y no

esclavos!

Sul no volvió a hablar. Con el rostro blanquecino, se recostó contra su carro, murmurando a través de sus labios grises y secos.

El campamento parecía curiosamente desatendido y desolado. Unas pocas mujeres se movían en sus tareas; un ka apareció brevemente desde una de las barracas lejanas. Caminó sin objetivo a un lado y otro; después volvió a entrar. No había pelotones que se movieran en el terreno; el garaje estaba oscuro.

Korba susurró:

—El campamento es nuestro; no hay quien nos detenga.

—Desconfía —dijo Etwane—. Esa quietud no es natural.

—¿Crees que nos esperan?

—No sé qué creer. Todavía debemos esperar al crepúsculo, incluso si el campamento sólo tiene a tres ka y a una docena de mujeres ancianas, para que no puedan enviar un mensaje pidiendo ayuda.

Korba gruñó.

—El cielo ya se oscurece —dijo Etwane—. En una hora más el crepúsculo ocultará nuestro acercamiento.

El grupo esperó, señalando aquí y allá a los rincones recordados del campamento. Comenzaron a encenderse lámparas y Etwane miró a Korba.

—¿Estás preparado?

—Estoy preparado.

—Recuerda, yo atacaré las barracas de los ka desde el costado; tú entrarás al campamento por el frente y destrozarás cualquier resistencia que aparezca.

—El plan está claro.

Etwane y la mitad de los carros descendieron por el flanco de la colina; los carros negros eran invisibles sobre el musgo negro. Korba esperó cinco minutos y luego bajó la pendiente, aproximándose al campamento a través del viejo campo de entrenamiento. El grupo de Etwane, con sus carros que se arrastraban y tambaleaban sobre la superficie, dio la vuelta hasta la parte trasera del edificio de bloques blancos que los ka usaban como barracas.

Los hombres entraron y rodearon a los siete ka que encontraron en la habitación única. Sorprendidos o quizá apáticos, los ka ofrecieron sólo una

débil resistencia y luego fueron inmovilizados con cuerdas. Los hombres, dispuestos ya para una batalla desesperada que no encontraron, se sintieron desconcertados y frustrados, por lo que comenzaron a pegar a los ka para matarlos. Etwane los detuvo con furia.

—¿Qué estáis haciendo? Son víctimas como nosotros. ¡Matad a los asutra, pero no dañéis a los ka! ¡No tiene sentido!

Los hombres entonces arrancaron a los asutra de los cuellos de los ka y los aplastaron contra el suelo, en medio de gritos horrorizados de los ka.

Etwane fue a reunirse con Korba, quien ya había enviado a sus hombres de comunicación, descubriendo en total a cuatro ka, a tres de los cuales machacaron hasta hacerlos papilla, careciendo de la presencia moderadora de Etwane. Los hombres no encontraron otra oposición; fueron dueños del campamento, casi sin esfuerzo. Reaccionando a la tensión, muchos de los hombres quedaron asqueados. Doblándose de rodillas, vomitaron lo que ya no tenían en sus estómagos. Etwane, que escuchaba ya ruidos extraños en sus oídos, ordenó a las mujeres del campo que sirvieran alimentos y bebidas.

Los hombres comieron lenta y agradecidamente, maravillándose de que la toma del campamento hubiera sido realizada con tal facilidad. La situación era increíble.

Después de comer, Etwane sintió una pesadez irresistible, a la que debía acceder o sucumbir. La anciana Kretzel estaba cerca y la mandó llamar.

—¿Qué ocurrió con los ka? Había cuarenta o cincuenta aquí; pero ahora solamente quedan diez o menos.

Kretzel habló con voz de desaliento.

—Partieron en la nave. Se fueron hace sólo dos días, con gran excitación. Grandes acontecimientos se aproximan, para bien o para mal.

—¿Cuándo volverá otra nave?

—No se molestaron en explicármelo.

—Preguntemos a los ka.

Fueron a barracas donde los ka yacían atados. Los diez hombres que Etwane dejó de guardia estaban dormidos y los ka estaban trabajando furiosamente por liberarse. Etwane despertó con golpes a los hombres.

—¿Ésta es la forma en que cuidáis nuestra seguridad? Todos estabais

como muertos. En un minuto más habríais muerto de veras.

El viejo Sul, uno de los hombres que integraba la guardia, dio una respuesta gruñona.

—Tú mismo describiste a estos hombres como víctimas; en justicia deberían estar agradecidos por seguir viviendo.

—Ése es justamente el punto que les quería señalar a ellos —continuó Etwane—. Entretanto, sólo somos los hombres salvajes que les atacamos y los sujetamos con cuerdas.

—Bah —murmuró Sul—. No puedo hablar de lógica contigo; tienes más facilidad que yo con las palabras.

Etwane ordenó:

—Aseguraos de que los nudos estén bien atados. —Le pidió a Kretzel—: Dígalas a los ka que no queremos hacerles daño, y que vemos a los asutra como nuestro enemigo común.

Kretzel miró a Etwane con perplejidad, como si opinara que ese comentario era extraño y tonto.

—¿Por qué les dices eso?

—Para que nos ayuden, o por lo menos para que no nos estorben.

Ella sacudió la cabeza.

—Les cantaré, pero no prestarán mucha atención. Tú no comprendes a los ka.

Tomó sus cañas dobles y tocó algunas frases. Los ka escucharon sin ninguna reacción perceptible. No contestaron, pero después de un breve silencio comenzaron a emitir sonidos oscilantes y trémulos, como cloqueos de búhos recién nacidos.

Etwane los miró con vacilación.

—¿Qué dicen?

Kretzel se encogió de hombros.

—Hablan entre sí en el Estilo Alusivo, que está más allá de mi comprensión. En todo caso, no creo que te comprendan.

—Pregúnteles cuándo volverá la nave.

Kretzel se rió, pero le hizo caso. Los ka la miraron con rostro inexpresivo. Uno de ellos balbuceó una breve frase; después quedaron silenciosos.

Etzwane miró a Kretzel con aire interrogativo.

—Cantan una parte del canto 5.633, la «farsa embarazosa». Podría traducirse como una burla: «¿a ti qué te importa?»

—Ya veo —dijo Etzwane—. No son prácticos.

—Son bastante prácticos —corrigió Kretzel—. La situación está más allá de su comprensión. ¿Recuerdas los ahulphs de Durdane?

—Por supuesto.

—Para los ka, los hombres son como los ahulphs: imprevisibles, semiinteligentes, aficionados a rarezas incomprensibles. No te pueden tomar en serio.

Etwane gruñó.

—Hágales de nuevo la pregunta. Dígales que cuando llegue la nave quedarán libres.

Kretzel tocó su flauta. Llegó una tersa respuesta.

—La nave volverá en pocos días con una nueva carga de esclavos.

CAPÍTULO X

Los esclavos amotinados habían obtenido alimentos, albergue y un descanso que todos sabían que era temporal. Un tal Joro adujo que el grupo debería transportar víveres a algún sitio secreto en las colinas y confiar en sobrevivir hasta que pudieran atreverse a realizar otro raid.

—De esta manera podremos ganar algunos meses, y ¿quién sabe lo que podría ocurrir? Podrían llegar de la Tierra naves de rescate.

Etwane dejó oír una risa amarga.

—Ahora sé lo que debí haber sabido en todo momento de mi vida: que a menos que uno se ayude a sí mismo, morirá como esclavo. Ese hecho es básico. Nadie vendrá a rescatarnos. Si nos quedamos aquí, lo probable es que pronto nos maten. Si salimos a ocultarnos en los pantanos, ganamos dos meses de ropa húmeda y miseria, y después seremos muertos, hagamos lo que hagamos. Si seguimos el plan original, podremos conseguir una gran ventaja, y en el peor de los casos moriremos con dignidad, haciendo a nuestros enemigos todo el daño posible.

—Las probabilidades de lo mejor son muy pocas y las de lo peor son muchas —gruñó Sul—. Yo, por mi parte, estoy cansado de esos planes visionarios.

—Debes hacer lo que creas mejor —dijo Etwane amablemente—. Ve a los pantanos. El camino está libre.

Korba dijo en forma cortante:

—Los que quieran irse, que se vayan ahora. Los otros tenemos trabajo para hacer, y el tiempo puede ser escaso.

Pero ni Sul ni Joro eligieron irse.

Durante el día, Rune se aproximó a Etwane.

—¿Te acuerdas de mí? Yo soy la chica alula que una vez comenzó a

hacer amistad contigo. Me pregunto si todavía sientes algún cariño por mí. Pero estoy ojerosa y arrugada, como una vieja. ¿No es cierto?

Etwane, preocupado con cien incertidumbres, miró a través del campamento, procurando encontrar una respuesta poco comprometedora. Dijo, en forma un poco cortante:

—En este mundo una chica hermosa es un monstruo.

—¡Ah, entonces desearía ser un monstruo! Hace tiempo, cuando los hombres se acercaban a tocarme la capa, yo era feliz, aunque fingiera disgusto. Pero ahora, aunque bailara desnuda en el campamento, ¿quién se fijaría en mí?

—Todavía llamarías la atención —dijo Etwane—. Especialmente si bailaras bien.

—Te burlas de mí —dijo Rune apenada—. ¿Por qué no puedes ofrecerme algún consuelo, el asomo de una mirada sonriente? Me haces sentir inútil y fea.

—No tengo tal intención —aclaró Etwane—. Puedes tener la seguridad de eso. Pero, por favor, discúlpame; debo atender nuestros preparativos.

Pasaron dos días, y la tensión crecía a cada hora. En la mañana del tercer día una nave disco apareció sesgada en la costa del sur y se detuvo sobre el campamento. No fueron necesarias las alarmas ni las exhortaciones; los hombres estaban ya en sus puestos.

La nave giró, con un murmullo de vibración. Etwane, desde el garaje, la miró con una transpiración en todo su cuerpo, preguntándose cuál de los detalles podría andar mal.

Desde la nave llegó un suave sonido de sirena, que tras un intervalo reverberó en el eco desde la colina.

El sonido terminó, la nave siguió agitándose. Etwane contuvo la respiración hasta que sus pulmones le dolieron.

La nave se movió y lentamente descendió sobre el campo de aterrizaje. Etwane exhaló y se inclinó hacia adelante. Éste era el momento decisivo.

La nave tocó el terreno, que visiblemente se hundió bajo su peso. Pasó un minuto, después otro. Etwane se preguntó si los de a bordo habrían apercibido alguna incorrección, la carencia de alguna formalidad... Se abrió

la compuerta y una rampa se extendió hasta el suelo. Bajaron dos ka, con los asutra en sus cuellos como pequeños jinetes negros. Se detuvieron en el extremo de la rampa y miraron a través del terreno. Descendieron otros dos ka, y los cuatro se quedaron de pie, como esperando.

Un par de carretones salió del depósito: el procedimiento habitual cuando bajaba una nave. Se desviaron para acercarse a la rampa. Etwane y tres hombres salieron del garaje, caminando sin propósito aparente hacia la nave. De otras zonas del terreno otros grupos de hombres convergieron hacia la nave.

El primer carretón se detuvo; cuatro hombres bajaron y repentinamente saltaron sobre los ka. Del segundo carretón otros hombres trajeron cuerdas; sólo había que proceder a las muertes necesarias, para no quedarse con una nave y nadie que pudiese conducirla. Mientras el grupo luchaba al pie de la rampa, Etwane y sus hombres subieron por la rampa y entraron en la nave.

La nave llevaba una tripulación de catorce ka y varias decenas de asutra, algunos de ellos en bandejas similares a las que Ifness y Etwane habían hallado en la nave destruida bajo el Thrie Orgai. Excepto por la escaramuza al pie de la rampa, ni los ka ni los asutra ofrecieron resistencia. Los ka habían perecido paralizados por la sorpresa, o quizá apáticos; no había forma de comprender sus emociones. Los asutra eran tan opacos como piedras. Otra vez los esclavos rebeldes sintieron la frustración del esfuerzo excesivo; de pegar con todas sus fuerzas y descubrir que le estaban dando al aire. Se sintieron aliviados, pero estafados, triunfantes y sin embargo macerados por una tensión sin alivio.

El gran depósito central contenía casi cuatrocientos hombres y mujeres. Eran de toda edad y condición, pero en general parecían sin espíritu y derrotados.

Etwane no perdió tiempo con la gente de ese depósito; reunió a los ka y a sus asutra en la torre de control y trajo a Kretzel.

—Y asegúrese de que comprenden esto exactamente. Queremos volver a Durdane. Eso es lo que queremos de ellos: transporte a nuestro mundo. No

toleraremos ningún otro acuerdo. Dígales que cuando lleguemos a destino, no les pediremos nada más; podrán conservar sus vidas y su nave. Si rehúsan llevarnos a Durdane, los destruiremos sin piedad.

Kretzel frunció el ceño, restregó sus labios, trajo sus cañas e interpretó el mensaje de Etzwane.

Los ka permanecieron sin contestar. Etzwane preguntó con ansiedad:

—¿Han comprendido?

—Ellos comprenden —informó Kretzel—. Ya decidieron su respuesta. Éste es un silencio ritual.

Uno de los ka se dirigió a Kretzel con frases de un cuidadoso Primer Estilo, pronunciadas con un aire casual como para que parecieran condescendientes y hasta irónicas.

Kretzel dijo a Etzwane:

—Os llevarán a Durdane. La nave partirá inmediatamente.

—Pregúnteles si a bordo hay bastante comida y bebida.

Kretzel obedeció y obtuvo una respuesta.

—Dice que las provisiones son las naturalmente adecuadas para el viaje.

Dígales algo más. Hemos traído torpedos a bordo de la nave. Si intentan engañarnos, volaremos todos juntos.

Kretzel tocó sus dobles cañas; los ka se volvieron sin interesarse.

Etzwane había conocido muchos triunfos y alegrías durante el curso de su vida, pero nunca un gozo tal como en este viaje de vuelta desde el oscuro mundo Kahei. Se sentía cansado, pero no podía dormir. Desconfiaba de los ka; temía a los asutra; no podía creer que su victoria fuera definitiva. De los otros hombres sólo sintió confianza en Korba, y se aseguró de que él y Korba no durmieran nunca al mismo tiempo. Para mantener un espíritu de vigilancia, advirtió que los asutra eran taimados y que no aceptaban fácilmente la derrota; privadamente estaba seguro de que la victoria había sido ganada. Según sus experiencias, los asutra eran realistas impasibles, no afectados por una consideración de malicia o de venganza. Cuando los roguskhoi fueron derrotados en Shant, los asutra pudieron haber destruido Garwiy, Brassei y Maschein con sus rayos de energía, pero no se habían molestado en hacerlo. Era probable, pensó Etzwane, que lo imposible hubiera

sido conseguido, y eso sin la ayuda del inefable Ifness, lo que le agregaba un cierto calor al triunfo.

Etwane desplegó considerable energía en la torre de control. A través de las escotillas no podía verse más que la oscuridad muerta y un ocasional y efímero filamento de espuma. Un panel describía el cielo exterior; las estrellas eran discos negros en un luminoso campo verde. Un círculo englobaba tres puntos negros que diariamente se hacían mayores; Etwane supuso que serían Etta, Sassetta y Zael.

Las condiciones en el depósito eran atroces. El cargamento de hombres y mujeres ignoraban la limpieza, el orden y la sanidad; el recinto olía como un matadero. Etwane supo que la mayoría de aquella gente había nacido en Kahei y sólo había conocido la vida de un campamento de esclavos. Durante la evolución de los roguskhoi, los experimentos macabros había sido parte de su rutina diaria; les parecían la forma natural de vida. Los asutra, cualesquiera que fueran sus virtudes, no mostraban remilgos ni piedad, reflexionó Etwane, y quizá éstas eran emociones propiamente humanas. Etwane procuró sentir compasión por esos esclavos, pero el hedor y el desorden de ese recinto se lo hicieron imposible. Una vez que llegaran a Durdane, esas gentes quedarían destinadas a una miseria adicional. Algunos podrían desear la «vuelta a casa», en el negro mundo Kahei.

La nave surcó el espacio abierto. Arriba danzaban los tres soles; debajo se extendía el rostro gris violáceo de Durdane. A medida que la nave se acercaba, los contornos familiares pasaban por debajo: la isla de Beljamar y Fortunate, las regiones Shant y Palasedra, después el vasto continente Caraz.

Etwane identificó el río Keba y el lago Nior. Cuando la nave llegó más abajo, aparecieron el Thrie Orgai y el río Vurush. Con la ayuda de Kretzel dirigió la nave hacia Shagfe. La nave descendió en la pendiente, al sur de la aldea. Bajaron las rampas; los pasajeros saltaron, se revolcaron y arrastraron sobre el suelo de su mundo nativo, cada uno de ellos apretando un paquete de comida y tanto metal como pudo llevar: lo suficiente para asegurarse un confortable recomienzo en Durdane, donde el metal escaseaba. Etwane se

proveyó de treinta varas de una aleación brillante y roja que quitó del cuarto de máquinas; eran lo bastante valiosas, calculó, como para llevarlas de vuelta a Shant.

Siempre desconfiado, Etwane insistió en que los ka salieran de la nave y quedaran fuera hasta que la gente se hubiera dispersado.

—Nos habéis traído hasta Durdane, y ahora hemos terminado con vosotros y con vuestra nave. ¿Pero habéis terminado vosotros con nosotros? No quiero ser destruido por un rayo púrpura que podáis descargar apenas tengáis la posibilidad de hacerlo.

A través de Kretzel, los ka contestaron:

—No nos importa que vivas o mueras; abandona la nave.

Etwane replicó:

—O venís a la llanura con nosotros, u os quitaremos los asutra, que parecéis reverenciar tanto. No hemos sufrido y luchado para cometer tonterías en el último minuto.

Ocho de los ka bajaron al llano. Con un grupo de sus hombres, Etwane los llevó un kilómetro arriba por la pendiente, y después los despidió. Volvieron a su nave mientras Etwane y sus compañeros se refugiaban tras las rocas. Tan pronto como los ocho estuvieron a bordo, la nave se elevó en el aire. Etwane la vio empequeñecerse y desaparecer, hasta que dentro de sí mismo le surgió un reconocimiento: había vuelto a Durdane, realmente. Sus rodillas se aflojaron; se sentó sobre una roca, cansado como nunca lo había estado en la vida, y las lágrimas salieron de sus ojos.

CAPÍTULO XI

En Shagfe, la llegada de tanta gente cargada de riqueza había provocado algunos trastornos. Algunos bebieron copiosamente el licor del sótano de Baba; otros jugaron con los Gusanos Azules de Kash que todavía aterraban la zona. En la noche se podían escuchar ruidos de altercados: gritos y maldiciones, sollozos de borrachos y quejas de dolor; en la mañana se descubrió una docena de cadáveres. Tan pronto como la luz se hizo en el cielo, los grupos se encaminaron a sus tierras ancestrales, hacia el norte, el este, el sur y el oeste. Los alula, sin despedirse de Etwane, partieron hacia el lago Nior. Rune echó sólo una mirada sobre su hombro. Etwane, que vio esa mirada, la halló incomprensible. Los vio partir en la neblina de la mañana; después fue a ver a Baba el posadero.

—Tengo dos asuntos que tratar con usted —le dijo—. Primero, ¿dónde está Fabrache?

Baba replicó en términos muy vagos.

—¿Quién puede determinar el camino de ese hombre tan errante? El negocio de esclavos se ha arruinado. Los viejos mercados ya no existen y Hozman Garganta Ronca ha desaparecido; la pobreza cubre esta tierra. En cuanto a Fabrache, cuando aparezca lo verá; no es hombre que se pueda predecir.

—No esperaré —dijo Etwane—, y eso me lleva al segundo asunto: mi montura. Quiero que sea ensillada y preparada para el viaje.

Los ojos de Baba se agrandaron con el asombro.

—¿Su montura? ¿Qué prodigio de imaginación es éste? Usted no posee ninguna montura en mis establos.

—Desde luego que sí —insistió Etwane—. Mi amigo Ifness y yo dejamos las monturas a su cargo. Y ahora yo, por lo menos, me propongo reasumir su posesión.

Baba agitó su cabeza con asombro y levantó piadosamente los ojos hacia

el cielo.

—En su tierra podrá haber extrañas costumbres, pero aquí en Shagfe somos muy prácticos. Un regalo que se da no puede ser recuperado.

—¿Regalo, dijo? —El tono de Etwane era hosco—. ¿Ha oído los cuentos de quienes anoche trajeron metal a cambio del brebaje de su bodega? ¿Ha oído cómo por nuestra fuerza y voluntad conquistamos nuestra vuelta a Caraz? ¿Cree que yo soy la clase de hombre que puede tolerar un robo? Tráigame esa montura, o prepárese para una notable paliza.

Baba fue a la trastienda y trajo su garrote.

—¿Una paliza, ha dicho? Escúcheme, presumido, no he sido el posadero de Shagfe sin haber dado algunas palizas propias, se lo aseguro. ¡Y ahora deje este local inmediatamente!

De su bolso Etwane sacó la pequeña arma que Ifness le había dado mucho tiempo antes: el arma de energía que había llevado de ida y vuelta a Kahei. Apuntó hacia la caja de caudales de Baba y apretó el botón. Una llamarada, una explosión, un grito de horror, mientras Baba contemplaba una ruina que poco antes había contenido una fortuna en metal. Etwane cogió el garrote y le pegó en la espalda.

—Mi montura, y de prisa.

La gorda cara de Baba irradió miedo y maldad.

—¡Ya me ha quitado las ganancias de toda una vida! ¿Desea los frutos de mi esfuerzo?

—Nunca trate de engañar a un hombre honesto —dijo Etwane—. Otro ladrón podría simpatizar con sus propósitos; en cuanto a mí, sólo quiero lo mío.

Con una voz nasal, llena de furia, Baba envió a uno de los chicos hasta el establo. Etwane fue hasta el patio de la posada, donde encontró a la anciana Kretzel sentada en un banco.

—¿Qué está haciendo aquí? Pensé que estaría ya camino al lago Elshuka.

—El camino es largo —contestó Kretzel, acomodándose su capa andrajosa sobre los hombros—. Tengo unos fragmentos de metal, lo bastante para alimentarme durante un tiempo. Cuando el metal se acabe, comenzaré mi viaje al sur, aunque es seguro que nunca llegaré a los prados de hierba

junto al charco. Y si llegara, ¿quién se acordaría de la pequeña que fue robada por Molsk?

—¿Y qué hay del Gran Canto? ¿Cuánta gente de Shagfe comprenderá cuando toque sus cañas?

Kretzel arrimó sus hombros al calor del sol.

—Es una gran obra épica; la historia de un mundo lejano. Quizá me olvidaré, o quizá no, y a veces, cuando me siente así al sol, tocaré las cañas, pero nadie sabrá los grandes sucesos que estaré narrando.

La montura fue conducida hasta él: una criatura que no era tan sana como la que Etzwane había traído a Shagfe, con pertrechos gastados y provisiones. Etzwane señaló, y el chico le trajo sacos de alimentos y una bota de brebaje para el recorrido.

A un lado de la posada, Etzwane vio una cara familiar: era Gulshe, que contemplaba sus preparativos con una intensidad que disminuía. Gulshe sería un guía eficaz, pensó Etzwane, pero ¿qué ocurriría cuando Etzwane durmiera y Gulshe montara guardia? La idea le hizo estremecer. Lanzó hacia él un ademán de saludo y montó en su cabalgadura. Durante un momento contempló a la anciana Kretzel, su cabeza repleta de maravillosos conocimientos. Nunca volvería a verla, y con ella moriría la historia de un mundo... Kretzel miró hacia arriba; sus miradas se encontraron. Etzwane se dio la vuelta, con los ojos otra vez llenos de lágrimas. Partió de Shagfe y contra su espalda sintió la mirada de Gulshe y el adiós de Kretzel.

Durante cuatro días Etzwane cabalgó sobre una creta arenosa, desde la que veía fluir el río Keba. Por sus cálculos, Shillinsk estaría hacia el sur, porque había perdido su senda al cruzar el Valle de las Flores Azules. Miró a lo largo de la orilla del Keba y a unos ocho kilómetros vio los muelles de Shillinsk. Condujo a su montura hacia abajo por la pendiente.

La posada de Shillinsk estaba como él la recordaba. Ningún barco de carga ni embarcación alguna había en el muelle, pero Etzwane no sintió gran impaciencia; la tranquilidad de Shillinsk podía ser disfrutada por sí misma.

Entró en la posada y encontró al propietario lustrando la superficie del mostrador con un saco de piedra molida y un cuadrado de piel de chumpa. No reconoció a Etzwane, lo que para éste no significó ninguna sorpresa. Con sus

ropas gastadas, estaba muy lejos de ser el apuesto Gastel Etwane que había llegado a Shillinsk con Ifness.

—Usted no se acuerda de mí —dijo Etwane—, pero hace unos meses yo vine aquí con el brujo Ifness, en su bote mágico. Usted fue la víctima de un incidente desagradable, según recuerdo.

El propietario gesticuló.

—No me venga con esas cosas. El brujo Ifness es un hombre temible. ¿Cuándo vendrá a buscar su bote? Está flotando allí lejos en el agua.

Etwane le miró con sorpresa.

—¿Ifness no se ha llevado el bote?

—Mire por esa puerta; lo verá exactamente como lo dejaron. —Y agregó, virtuosamente—: He conservado el vehículo bien resguardado, como se me encargó.

—Bien hecho.

Etwane se alegró. Había visto manejar los controles a Ifness; conocía el uso de los diales y también sabía cómo subir al bote sin sufrir una descarga eléctrica. Señaló a su cabalgadura.

—Por sus molestias le retribuiré con esta bestia, más la silla. Sólo le pido una comida y albergue por una noche; mañana partiré en el bote mágico.

—¿Se lo llevará a Ifness?

—En verdad, no me puedo imaginar qué es lo que le ocurrió. Yo suponía que habría venido a Shillinsk, hace tiempo y se habría llevado el bote... Sin duda, si él me busca, o si busca el bote, sabrá dónde encontrarme... si es que aún vive.

Si Ifness estuviera aún vivo... Entre Shagfe y Shillinsk había un centenar de peligros: chumpa, bandas de ahulphs enloquecidos, tribus de bandoleros y mercaderes de esclavos. Ifness podía haber sido víctima de cualquiera de esos peligros, con todos los pensamientos injustificados de Etwane... ¿Debía salir a buscar a Ifness? Etwane lanzó un largo suspiro. Caraz era enorme. Sería un esfuerzo inútil.

El propietario le preparó una sabrosa sopa de pescado de río, con una salsa verde, y Etwane caminó por el muelle, viendo caer el crepúsculo púrpura sobre el agua. Shant y la ciudad Garwiy estaban mucho más cerca de

lo que había esperado.

A la mañana remó hasta el bote y movió con un palo seco el interruptor de alarma. Después puso su dedo en la borda. No hubo shock ni emisión de chispas como la que había lanzado al posadero al río.

Etwane ató el esquife y encendió el contacto. La corriente llevó el bote hacia el norte. Izó la vela; Shillinsk retrocedió y se convirtió en una línea de casas de juguete a lo largo de la orilla.

Ahora venía el experimento crítico. Abrió la consola y examinó la línea de clavijas. Prudentemente giró la marcada «ascensor». El bote se elevó, deslizándose en el viento. Etwane arrió rápidamente la vela para no ser arrastrado por alguna ráfaga.

Probó las otras clavijas; el bote giró en un amplio arco y voló hacia el Este en dirección a Shant.

Por debajo pasaron las llanuras grises y los pantanos de un verde oscuro. Hacia adelante brillaban el río Bobol, y después el gran Usak.

A la noche Etwane llegó a la costa oriental y al Océano Verde. Unas pocas luces amarillas indicaban una aldea junto a la ribera; más adelante las estrellas se reflejaban en el agua.

Etwane aminoró la marcha, para que el bote flotara lentamente, y durmió. Cuando llegó la aurora, la tierra de Shant apareció en el horizonte hacia el sudeste.

Etwane voló alto sobre los cantones Gitanesq y Fenesq; después descendió hacia el Sualle. Las torres de Garwiy apenas podían verse, como un puñado de joyas relucientes, hacia el sur. Las orillas se estrechaban; algunos botes pesqueros trabajaban a distancia. Etwane bajó el bote hasta el agua. Levantó la vela y con el viento a su espalda se encaminó hacia Garwiy.

El viento amainó y el bote se movió más lentamente sobre el agua plácida. Reposando bajo esa calidez, Etwane no tenía por qué apresurarse. La idea de amarrar el bote y bajar a tierra le despertó una curiosa sensación de melancolía. La aventura terminaría allí; con toda la miseria y la negra desesperación, había aumentado y enriquecido su vida.

A través de las aguas surcó el bote, y las torres de Garwiy se izaron sobre él, como señores en un banquete. A lo largo de la orilla, Etwane advirtió panoramas familiares: este edificio, aquel depósito y más allá el muelle desvencijado en el que Ifness había amarrado su bote. Etwane movió el remo y su bote surcó el agua; bajó la vela y se deslizó lentamente hasta el embarcadero.

Etwane amarró el bote, llegó hasta el camino y detuvo una diligencia. El conductor le miró con desconfianza.

—¿Por qué me detiene? No tengo nada para darle; vaya a un hospital público a pedir limosna.

—No quiero limosna, quiero transporte —aclaró Etwane: Se subió a la diligencia—. Lléveme a la posada Fontenay, en la avenida Galias.

—¿Tiene dinero?

—No con esta ropa. En Fontenay le será pagado el viaje; acepte mi palabra.

El conductor echó a andar el vehículo. Etwane le interrogó:

—¿Qué ha ocurrido en Garwiy? He estado ausente durante meses.

—Nada muy importante. Los Verdes y los Púrpuras nos han castigado con impuestos; son más ambiciosos de lo que era el Anomo... Me gusta ser libre, pero ahora los Verdes y los Púrpuras me quieren hacer pagar por mi libertad: ¿Qué es mejor: la sumisión barata o la independencia cara?

La diligencia rodó en el crepúsculo, a través de calles que parecían singulares y estrechas, cariñosamente familiares y algo remotas. En Kahei, la idea de Garwiy parecía un sueño, pero existía. Aquí en Garwiy, Kahey se había convertido en una abstracción, y también existía. En otro lugar estaba el mundo de las naves de globo negro con sus tripulaciones humanas. Nunca conocería la realidad de ese mundo.

La diligencia se detuvo frente a la posada Fontenay. El conductor miró a Etwane en forma truculenta.

—Y ahora mi dinero, si me hace el favor. —Un momento.

Etwane entró en la posada, encontró a Fontenay, sentado en una mesa y disfrutando una botella de su propia mercancía. Fontenay frunció el ceño ante esa aparición andrajosa y después, reconociendo a Etwane, lanzó una

exclamación de asombro.

—¿Qué es esto? ¿Gastel Etwane vestido de andrajos para alguna adivinanza?

—Nada de eso, sino una aventura de la que acabo de regresar. Tenga la bondad de pagarle a ese conductor tan molesto y darme después una habitación, un baño, un barbero, alguna ropa nueva y finalmente una buena cena.

—Nada me daría más placer —contestó Fontenay. Chasqueó sus dedos—. ¡Heinel! ¡Jared! Atended a Gastel Etwane.

Fontenay se volvió hacia Etwane.

—¿Sabe quién toca música en aquel palco de orquesta? En media hora llegará aquí.

—¿Dystar el Druithino?

—No, no es Dystar. Es el conjunto de Frolitz y sus Verdosos, Rosados, Negros y Azules.

—Ésa es una buena noticia —dijo Etwane, desde el fondo de su corazón—. No puedo pensar en nadie a quien quiera ver con tanta ansiedad.

—Bien, pues póngase cómodo. Una noche alegre nos espera.

Etwane se bañó con entusiasmo: el primer baño caliente que había tenido desde su partida de Fontenay junto a Ifness. Se vistió con prendas limpias; después un barbero le cortó el cabello y lo afeitó. ¿Qué haría con sus andrajos malolientes? Estuvo tentado de guardarlos como recuerdo, pero los tiró.

Fue hasta el salón, donde encontró a Frolitz en conversación con Fontenay. El primero se incorporó y abrazó a Etwane.

—¡Camarada! ¡No te he visto durante meses, y me dicen que has protagonizado una picaresca aventura! ¡Siempre fuiste afecto a rarezas y andanzas! Pero ahora estás aquí, con apariencia, ¿cómo decirlo?, de estar lleno de conocimientos especiales. ¿Qué música has estado tocando?

Etwane se rió.

—Comencé a aprender una gran canción que tenía catorce mil cantos, pero dominé sólo unos veinte.

—¡Buen principio! Quizá podamos escuchar algo de eso esta noche. He

tomado a otro hombre, un joven y despierto paganés, pero le falta elasticidad. Dudo de que alguna vez llegue a aprender. Tendrás tu viejo puesto y Chaddo puede tocar el bajo deslizante. ¿Qué dices a eso?

—Digo, primero, que no puedo tocar esta noche; ¡los confundiría a todos! Segundo, que estoy hambriento; ha estado en Caraz y he subsistido a base de cereales. Tercero, con respecto al futuro: es un vacío.

—Los intereses externos interfieren constantemente con tu música — declaró Frolitz con brusquedad—. Supongo que has venido a encontrar a tu viejo amigo, de cuyo nombre me olvidé. Lo he visto a menudo durante los últimos días; de hecho, ahí aparece ahora y se va a su mesa habitual en el rincón. Acepta mi consejo e ignora a ese hombre.

—Es un buen consejo —dijo Etwane con voz cansada—. Sin embargo, debo cruzar una palabra con Ifness, y después me reuniré con vosotros.

Etwane cruzó la habitación y se detuvo junto a la mesa del rincón.

—Estoy sorprendido de verte.

Ifness le miró con un aire neutro y luego hizo un ademán brusco.

—Ah, Etwane, me encuentras en un momento apurado. Debo comer algo rápido y partir.

Etwane se sentó en una silla y contempló aquella larga cara austera como si quisiera extraer los secretos de Ifness mediante una succión visual.

—Ifness, uno de nosotros ha de estar loco. ¿Quién es, tú o yo?

Ifness hizo un gesto irritado.

—Sería igual; en cualquier caso, tendríamos la misma disparidad de opiniones. Pero, como te decía...

Etwane habló como si no le hubiera escuchado.

—¿Recuerdas las circunstancias en que nos separamos?

Ifness frunció el ceño.

—¿Cómo no recordarlas? Ocurrió en un lugar al norte de Caraz, en un día que no puedo precisar. Creo que partiste en persecución de una doncella de una tribu bárbara, o algo así. Recuerdo que te advertí contra semejante proyecto.

—Eso es lo de menos. Tú fuiste a arreglar una partida de rescate.

Un camarero puso una sopera delante de Ifness, quien levantó la tapa,

aspiró el aroma y se sirvió un plato de una sopa verde con mariscos. Ifness volvió a la frase de Etwane con un gesto abstraído.

—Veamos, ¿cuáles fueron las circunstancias? incluían a los de la tribu alula y a Hozman Garganta Ronca. Quisiste organizar una valiente expedición hacia los cielos para rescatar a una chica que había despertado tus fantasías. Yo opiné que ese esfuerzo no era práctico y hasta suicida. Me alegra ver que fuiste disuadido.

—Yo recuerdo el asunto desde otra perspectiva —replicó Etwane—. Propuse capturar la nave depósito; tú dijiste que semejante adquisición interesaría a la gente de la Tierra y que una nave de rescate llegaría en un mínimo de dos o tres semanas.

—Sí, así fue. Mencioné el asunto a Dasconetta, quien opinó que un paso semejante excedía las competencias de su departamento, y todo quedó en nada.

Ifness probó su sopa y luego la salpicó con un poco de pimienta.

—En cualquier caso, los hechos eran los mismos, y no necesitas preocuparte.

Etwane controló su voz con gran esfuerzo.

—¿Cómo pueden ser iguales los hechos cuando una carga de esclavos es llevada a un planeta lejano?

—Hablo en un sentido general —continuó Ifness—. En cuanto a mí, el trabajo me ha llevado muy lejos.

Miró su cronómetro.

—Tengo unos minutos. Los asutra que he capturado en Shant y otros han sido estudiados. Puede interesarte lo que he aprendido.

Etwane se reclinó en su silla.

—Por cierto, cuéntame sobre los asutra.

Ifness consumió su sopa con lentos movimientos de la cuchara.

—Algo de lo que te diré es conjetura, parte es inducción, parte observación, y otra parte deriva de la comunicación directa. Los asutra son una especie muy vieja, con una historia tremendamente larga. Como sabemos, son parásitos que han evolucionado desde un tipo de sanguijuelas de pantano. Acumulan información en la superficie de los cristales de su

abdomen. Crecen estos cristales y crece el asutra. Un abdomen grande indica mucha sabiduría acumulada; cuanto mayor es el almacén, más alta es la casta. Los asutra se comunican entre sí mediante impulsos nerviosos, o quizá mediante telepatía; una formación de asutra es capaz de cumplir las tareas intelectuales más complicadas.

Continuó:

—Está admitido que la inteligencia se desarrolla durante una época de condiciones adversas; así ocurrió con los asutra. Tuvieron y tienen un alto índice de reproducción; cada asutra produce un desove de un millón de unidades, que son orientadas según una de dos maneras y que debe encontrarse con una manera opuesta para hacerse viables. En los primeros días los asutra poblaron hasta el exceso los pantanos y fueron obligados a competir con sus otros habitantes, desafío que les obligó a domesticar a esos otros huéspedes, a construir establos y cobertizos y a controlar su propia tasa de reproducción. Es importante reconocer la dinámica de los asutra, su impulso básicamente psíquico, que es el afán de dominar a un anfitrión fuerte y activo. Esta necesidad es tan fundamental como el impulso que inclina a las plantas hacia la luz del sol, o que lleva a los hombres a buscar alimento cuando tienen hambre. Sólo reconociendo ese impulso de dominación pueden comprenderse las actividades de los asutra, aunque sea superficialmente. Debo señalar aquí que muchas, si no todas, de nuestras teorías originales eran ingenuas e incorrectas. Mis investigaciones, me place decirlo, han iluminado la verdad.

»A causa de su inteligencia, por su capacidad de multiplicar esa inteligencia y por su rapacidad natural, la historia de los asutra ha sido compleja y dramática. Han pasado a través de muchas eras. Hubo un período artificial, durante el cual utilizaron nutrición química, sensaciones eléctricas, conocimiento imaginario. Durante una época de lasitud, unos mecanismos crearon mares de un cieno nutritivo, en los que los asutra nadaron. Durante otra época, los asutra cultivaron anfitriones óptimos, pero éstos fueron conquistados y destrozados por otros asutra sobre anfitriones primitivos del limo original. Pero estos anfitriones arcaicos estaban moribundos y casi extinguidos; los asutra fueron estimulados a la aventura interplanetaria.

Prosiguió:

—En el planeta Kahei descubrieron un medio ambiente casi idéntico al propio, y los ka eran anfitriones compatibles. Los asutra asumieron el control de Kahei, que a través de los siglos se convirtió para ellos en un segundo mundo propio. En Kahei hallaron una circunstancia inesperada e inconveniente. En forma sutil los ka se adaptaron a los asutra, y lentamente los papeles comenzaron a invertirse. Los asutra, en lugar de ser el elemento dominante de la simbiosis, se convirtieron en secundarios. Los ka comenzaron a someter a los asutra a usos poco dignos, como centros de control para maquinaria minera, fabricación de maquinaria y otras tareas desagradables. En otros casos, los ka emplearon a formaciones de asutra, combinados como máquinas captadoras o instrumentos de referencia; esencialmente, los ka utilizaron a los asutra para aumentar sus propios poderes, en lugar de ocurrir a la inversa. Los asutra objetaron tales arreglos; sobrevino una guerra y los asutra de Kahei fueron esclavizados. A partir de allí, los ka fueron los amos y los asutra sus ayudantes. Los asutra expulsados de Kahei estaban ansiosos por descubrir otros anfitriones. Vinieron a Durdane, donde los habitantes humanos eran tan ágiles, duraderos y eficientes como los ka y mucho más susceptibles de control. Durdane les resultaba demasiado árido para su comodidad; a través de dos o tres siglos enviaron muchos miles de hombres y mujeres a su mundo propio y los integraron a su sistema de vida. Pero todavía codiciaban el mundo Kahei con sus páramos idílicos y sus cenagales deliciosos, y por tanto emprendieron una guerra de aniquilación contra los ka, utilizando a los hombres como guerreros esclavos. Los ka, que no eran un pueblo numeroso, veían una segura derrota por desgaste, a menos que pudieran sofocar el asalto humano. Como un experimento, los ka crearon a los roguskhoi y los enviaron a Durdane a destruir la especie humana. Como ya sabemos, el experimento falló. Después, los ka pensaron en utilizar hombres como guerreros contra los asutra, pero otra vez el experimento fracasó; sus formaciones de guerreros esclavos se rebelaron y se negaron a combatir.

Etzwane preguntó:

—¿Cómo supiste todo eso?

Ifness hizo un ademán. Había terminado la sopa y comía ahora un plato de diversas carnes y fruta conservada.

—He utilizado las facilidades del Instituto Histórico. Incidentalmente, Dasconetta quedó derrotado; pasé por encima de su pedante terquedad y llevé el asunto ante Coordinación, donde encontré un activo apoyo a mis puntos de vista. Los mundos de la Tierra no pueden tolerar la esclavitud humana bajo especies enemigas; ésa es una política fundamental. Acompañé a la fuerza de corrección, con el título nominal de asesor de comandante, pero de hecho dirigí la expedición. Al llegar a Kahei, encontramos que tanto los ka como los asutra estaban exhaustos y desalentados por la guerra. En la región del norte detuvimos una operación de naves de guerra y luego forzamos a hacer una paz, que fue difícil pero justa. Se exigió a los ka que entregaran todos sus asutra y repatriaran a todos sus esclavos humanos. Los asutra abandonaron su intento de dominar a los Kahei y accedieron a devolver a todos los humanos de Durdane. La solución a un problema altamente complicado fue elegantemente simple, y dentro de una zona común de comprensión. Y ahí, resumida, tienes delineada la situación actual.

Ifness bebió de su taza de té de verbena. Etwane se inclinaba en su silla. Pensó en las naves plateadas y blancas que habían apartado a las naves ka de los globos negros asutra. Con una punzada de humor amargo recordó cuán indefenso y apático había sido el campo de entrenamiento y con qué facilidad había sido tomado por él y por sus hombres. La nave espacial de la que se había apoderado con tan severa determinación... realmente había venido para llevarlos de vuelta a Durdane. ¡No era de extrañar que la resistencia hubiera sido tan escasa!

Ifness le habló con voz de amable preocupación.

—Pareces perturbado. ¿Te ha molestado mi relato?

—En modo alguno —dijo Etwane—. Como tú dices, la verdad destruye muchas ilusiones.

—Como puedes comprender, estuve preocupado por cosas importantes y no pude atender a los alula cautivos, que presumiblemente vagan de nuevo a lo largo del río Vurush. —Miró su cronómetro—. ¿Qué hiciste después de nuestra separación?

—Cosas de poca importancia —dijo Etwane—. Después de algunos pequeños inconvenientes volví a Shillinsk. Traje tu bote de vuelta a Garwiy.

—Eso es muy atento de tu parte. Dasconetta envió un vehículo espacial hasta Shillinsk para buscarme, y desde luego lo utilicé. —Ifness miró su cronómetro—. Si me disculpas, debo partir. Nuestra vinculación ha abarcado varios años, pero dudo que nos veamos de nuevo. Voy a dejar Durdane y no me propongo volver.

Etwane se reclinó en su silla, sin decir nada. Pensó en sitios lejanos, en ríos que fluían, en clanes nómadas. Recordó el terror a bordo de la nave transporte y la muerte de Karazan; pensó en los páramos de terciopelo negro y en las ciénagas negras y púrpura; se acordó de Polovits y de Kretzel.

Ifness se había incorporado. Etwane le dijo:

—En Shagfe hay una anciana llamada Kretzel. Conoce catorce mil cantos del Gran Canto de los ka. Ese conocimiento morirá con ella.

—Interesante —Ifness vaciló, acariciándose el largo mentón—. Remitiré esa información al departamento adecuado y Kretzel será entrevistada, sin duda con beneficio para ella. Y ahora...

Etwane dijo abruptamente:

—¿Te hace falta una ayuda, un asistente? —no había querido formular la pregunta; las palabras habían salido solas.

Ifness sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Esa vinculación no sería práctica, Gastel Etwane. Adiós.

Etwane se quedó sentado, quieto y solo durante quince minutos. Luego se incorporó y fue a otra mesa a través de la habitación. Su apetito había desaparecido; pidió una botella de vino tinto. Reparó en la música: Frolitz y los suyos interpretaban una agradable melodía de las serranías de Lor-Asphen.

Frolitz vino junto a la mesa. Puso una mano en el hombro de Etwane.

—El hombre se fue, y mejor así. Ha tenido una influencia perniciosa sobre ti; de hecho, te ha distraído de tu música. Ahora se fue y las cosas serán como antes. Ven a tocar tu khitan.

Etwane miró en las profundidades del vino helado, estudiando sus luces y colores.

—Se ha ido, pero hoy no tengo estómago para música.

—¿Estómago? —se burló Frolitz—. ¿Quién toca con el estómago?
Utilizaremos las manos y el aliento y alegres inclinaciones.

—Es cierto. Pero mis dedos están torpes; afligiría a los otros. Esta noche me sentaré y escucharé y tomaré un vaso de vino o dos. Mañana decidiré.

Miró hacia la puerta, aunque sabía que Ifness se había ido.

LOS COMEDORES DE LOTOS

Fritz Leiber

Siempre desaprobé enérgicamente la costumbre de castrar a los gatos o esterilizar a las gatas (en base a que tales acciones disminuyen la fortaleza, invaden la individualidad y son un insulto contra el derecho de todo ser para procrear) hasta que empecé a cuidar una casa y tres gatos castrados en Summerland, en el sur de California. Era una casa maravillosa situada en la seca y abrupta falda de una colina.

No tardé en empezar a comprender a mis tres eunucos.

Mi esposa se pasaba la mayor parte del tiempo en la cama. Estaba enferma y sentía una gran afición por el alcohol, los libros y las suaves luces de la chimenea.

Yo alimentaba a los tres gatos: Braggi, un macho enorme, suave, desaseado, con los ojos y el pelo rojo; Fanusi, una pequeña gata beige, con las costumbres de un ser inquieto; y la Gran Duquesa, blanca, con manchas negras, tortuosa y fuerte, que parecía una criatura capaz de cabalgar (aunque no sé muy bien sobre qué corcel) al mando de una tropa de caballería del Oeste.

Braggi era muy cariñoso. Se acercaba a mí y se tendía sobre mis zapatos..., un gran gesto de afectividad.

Fanusi era una neurótica, a pesar de su inquieto comportamiento básico. Aun cuando estuviera galanteando con uno, siempre estaba nerviosa y dispuesta a echar a correr.

La Gran Duquesa no perdía nunca su frialdad, aunque era la más pequeña —si bien la más fuerte— de los tres.

Lo que más me sorprendía de ellos, al cabo de una semana de convivencia, era que todos eran unos asesinos. Traían ratoncillos muertos, e

incluso ratas, pájaros y ardillas, que no se comían, sino que arrojaban a mis pies. Creía que eran unos ejemplos perfectos de los deportes sangrientos. De hecho, me di cuenta de que la Gran Duquesa llevaba a cabo cada día una expedición regular de caza, esperando unos pocos minutos en cada uno de los lugares que elegía para matar.

Me preguntaba cómo se las arreglarían para comer, pues, al parecer, nunca se comían a sus presas... Se limitaban a mostrármelas, mientras que su dueña, que era la propietaria de la casa, cuando los puso estrictamente a mi cuidado, me aseguró que cada uno de ellos sólo tomaba dos cucharadas pequeñas de comida enlatada para gatos al día. Una afirmación que me dejó inmediatamente asombrado.

No tardé en encontrar la solución a través de mi esposa, que suele comprender a la gente mucho mejor que yo. Cada uno de los tres gatos seguía una ruta regular hacia cuatro casas condescendientes situadas en el vecindario, donde conseguían buenas provisiones de las mesas de los seres humanos.

Entonces, me di mucho más cuenta de la existencia de un jardín bastante grande, situado al pie de la colina donde se encontraba la casa, y del que mi esposa y yo nos habíamos comprometido a cuidar, junto con los tres gatos cazadores desexualizados (¡qué terrible palabra esa de desexualizar!). Se entregaban a menudo al juego sexual entre ellos mismos; la castración no es un desastre tan grande para la actividad sexual como muchos piensan. Aquellos tres felinos disfrutaban los unos con los otros.

Me sentí aún más interesado por el jardín situado al pie de la casa, desde donde, por las noches, me llegaban los maullidos de los gatos como si se tratara de las toses suaves de los leones.

El jardín era una verdadera jungla. No, peor que una jungla. Era algo muy parecido al caos.

Así pues, comencé primero por intentar arreglar lo peor. Se trataba de una mala hierba que tenía puntas negras, con un aspecto parecido a las primeras agujas de fonógrafo de bambú, pero que mostraba diminutos erizamientos negros en los extremos. Se enganchaban muy decididamente a mis calcetines y pantalones. Pero seguí librándome de ellos con la ayuda de mi esposa.

Entonces, llegué a unos pequeños matorrales erizados, marrones y circulares. No tuve tanto problema para desembarazarme de ellos. La parte posterior del jardín empezó a adquirir el aspecto de algo que yo fuera capaz de conquistar.

Empecé a cortar toda clase de maderas muertas. Había matorrales que contenían bayas rojas, situados en el centro del jardín. Una vez serrada toda la madera inferior, gris, seca y muerta, descubrí bajo ella una simple fuente de cemento. Me imaginé que ni la dueña de la casa que habíamos alquilado —junto con sus tres gatos— estaría al corriente de la existencia de aquella fuente, pues la única atención que había prestado a aquella zona desde hacía cinco años había sido regar el terreno durante media hora cada tarde. Nunca descubrí cómo funcionaba aquella fuente.

Por aquella época, mi esposa sufrió un leve ataque al corazón, pero encontramos a un médico que le hizo mucho bien y tanto ella como yo continuamos manteniendo nuestras solitarias formas de vida: ella en su habitación, y yo ante mi máquina de escribir, en mi estudio, pasando siempre de una a tres enérgicas y sudorosas horas en la parte trasera del jardín.

Limpié las superficies bajas, ahora que había quitado los matorrales más molestos, primero con un machete, y después con una segadora de mano.

Empecé a acercarme entonces a los árboles y al elevado límite de vegetación. Aquello significaba que encontraría mucha más madera seca y muerta. Demasiado para nuestros capazos. Llenaría el coche de cajas de cartón, en las que colocaría mis grises y muertos desechos vegetales, y lo llevaría todo al basurero de la ciudad, un enorme valle sombrío situado detrás de las colinas que daban al mar, pero rodeado siempre de chillonas aves marinas. El hacer aquello me produjo una extraña sensación, como si estuviera enterrando a mi esposa... o uno, o todos los gatos que tanto ella como yo estábamos cuidando.

Aproximadamente por esta misma época, Braggi comenzó a visitarme mientras yo trabajaba en el jardín de la colina. Me observaba desde muy cerca y cuando me sentaba sobre el borde de la fuente de cemento para descansar un poco y enjugarme el sudor de la frente, se restregaba lleno de afectividad contra mis tobillos. Yo le acariciaba.

Mi esposa leía sus libros y tomaba sus buenos vasos de licor en nuestra habitación. Cuando miraba hacia abajo desde la amplia ventana lo hacía como queriendo darme a entender su compañía, su afecto y su preocupación por mí. Yo la saludaba con la mano.

Estaba fascinado por las cosas que iba poniendo al descubierto mi trabajo de desbrozar maleza. Mientras trabajaba bajo las ramas grises y muertas de dos aguacates, descubrí toda una «placentera bóveda» hemisférica, como se dice en el poema de Coleridge, una bóveda que se elevaba sobre mi cabeza con enormes hojas verdes y grandes frutos igualmente verdes caídos sobre tierra. Aquella noche, mi esposa y yo nos comimos una enorme ensalada.

Durante los días que siguieron, entregamos a los amigos que nos visitaron un buen número de estos maravillosos frutos de piel granulada.

Por esta época, las dos gatas «alteradas» —la neurótica Fanusi y la majestuosa Gran Duquesa— empezaron a observarme ocasionalmente, mientras Braggi lo seguía haciendo desde cierta distancia, mientras yo trabajaba en el jardín.

Entonces, me lancé al ataque del seto de cinco metros del jardín, todo él verde y vigoroso y cubierto de matas de pequeñas y extrañas bayas amarillas. Quedé extrañado de mis descubrimientos al cortar esta feroz vegetación; tres pequeños árboles de hoja perenne que crecían lateralmente, en su intento de librarse de esta enorme prisión verde y alcanzar el sol; dos hermosas ramas de rosas suavemente amarillentas, que estaban floreciendo; y un pequeño naranjo que mostraba frutos diminutos.

Aquella noche, mi esposa y yo colocamos un hermoso florero en nuestra mesa. Yo experimentaba una gran sensación de triunfo al haber conquistado el jardín.

Pero aquella misma noche, aunque algo más tarde, todo fue horrible. Me desperté de un sueño ligero y deslizándome muy despacio fuera de la gran cama con objeto de no despertar a mi esposa, me puse un batín y me dirigí hacia la parte trasera del jardín.

Cada una de las cosas que yo había cortado estaba creciendo ahora a una velocidad sobrenatural, aunque no sé qué dios o diosa tenía el poder suficiente para hacer aquello.

Me quedé perplejo por un momento... el tiempo suficiente para darme cuenta de que Braggi, Fanusi y la Gran Duquesa me estaban observando desde uno de los lados de la colina, silueteados por la luz de la luna.

Parecía claro que toda la vegetación —hierbas, hierbajos, matojos, matorrales, parras y árboles— estaba decidida a rodearme y estrangularme hasta causarme la muerte a mí y a mi esposa y enterrar la casa.

Me di cuenta de que no había dominado aquello para darle vida, sino que aquello me estaba dominando a mí para darme la muerte. Aunque este pensamiento me planteó la paradoja de que al tratar de dar vida al jardín — liberándolo—, había puesto en marcha sus fuerzas contra mí.

Eché a correr colina arriba y subí las escaleras. Mi esposa se despertó instantáneamente. Cogí una botella de licor para ella. Sin empacar nada, nos dirigimos rápidamente hacia nuestro automóvil, pasando junto a matorrales y hierbas que crecían amenazadoramente y que nos cubrían las piernas. Saltamos al auto y lo pusimos en marcha, abriendo la puerta de atrás y gritando:

—¡Fanusi! ¡Gran Duquesa! ¡Braggi! ¡Saltad adentro!

Para mi propio alivio y máxima extrañeza, así lo hicieron con rapidez: Fanusi casi con un ataque de histerismo; Braggi tan cariñoso como siempre (de hecho, acomodándose sobre mi esposa), y la Duquesa mirando hacia atrás, sobre su hombro blanco manchado de negro, con una actitud orgullosa, observando la vegetación que parecía estar persiguiéndonos.

Días más tarde, envié algunas cartas.

Tres meses después recibí noticias de la pareja propietaria de la casa.

Los puntos principales eran que estaban muy agradecidos por habernos llevado a los tres gatos —que habían sido una molestia para ellos durante mucho tiempo—, pero sin mostrarse dispuestos a recuperar a sus animales domésticos. ¿Y cómo es que había dejado el jardín de atrás en un estado tan desordenado, cuando había prometido arreglarlo? Y además, ¿nos habíamos llevado todos los aguacates?

En vista de todo lo cual, mi ruego de que se nos pagara un poco más por haber cuidado la propiedad parecía ridículo.

Mi esposa y yo nos miramos el uno al otro, mientras que Braggi, Fanusi y

la Gran Duquesa nos contemplaban desde los lugares asignados junto a la chimenea que brillaba con luz parpadeante, roja, ondulante y misteriosa, y nos sonreían con sus sonrisas de Cheshire.

LOS ANDROIDES NO LLORAN

Edward Wellen

El hombre se arrastraba por el suelo, en pos de sus sueños de drogado, cuando la sombra de un androide pasó sobre él. El hombre se alzó unos centímetros apoyándose en un codo; farfulló; «Un asqueroso andy», y se sumió de nuevo en su estupor.

El androide siguió su camino, manteniéndose alejado de las sucias paredes. Al doblar la esquina, había estado a punto de tropezar con el hombre. El androide sacudió su cabeza perfecta. Pobre diablo. Pobres diablos, todos ellos. Siguió adelante, ignorando a los hombres que le miraban con desprecio y escupían a sus espaldas.

Había olvidado la cantidad de hombres desamparados, sin trabajo, que había en la Tierra. Era fácil olvidarlo, pues uno no se encontraba con ellos fuera de su zona de la ciudad. Además, había estado fuera mucho tiempo. Incluso para un androide, diez años era mucho tiempo.

El androide se detuvo frente a una puerta. Permaneció inmóvil un largo momento. Su amplio tórax se hinchó con una inspiración profunda. Su poderoso puño golpeó la puerta suave, pero firmemente.

—Ya voy.

Pasos cansinos. Abrió la puerta una mujer delgada, que se llevó una mano a la garganta.

El androide la contempló.

Ella se apartó un mechón de cabello gris con dedos temblorosos.

—¿Sí?

—¿Es usted... la señora de Dan Boesman, Mae Boesman?

Ella asintió; se dio cuenta de que los miraban desde las ventanas, y dio unos pasos atrás, hacia el interior de su casa.

—¿No quiere pasar?

—Gracias.

Sus ojos se adaptaron rápidamente a la penumbra, y se fijó en el retrato de boda sobre la mesa. Con un gesto rápido, ella limpió el portarretratos de plástico con la manga y tendió la fotografía al androide.

—Sí, es mi Dan. Era tal como lo ve ahí..., un hombre bueno y amable. Aunque eso no significa que fuera blando. Pero usted le conocía, ¿no es cierto?

—Sí, le conocía.

—Lo suponía. Entonces usted sabrá que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por su familia. Por eso hizo aquella locura...

El androide le devolvió la fotografía.

—Es... una bonita fotografía.

—Gracias. —Ella la apretó contra su pecho y movió la cabeza—. Es lo único que queda de él.

Dejó el retrato y se volvió sobresaltada al entrar un niño gritando.

—Timmy ha dicho que ha visto a un andy...

El chico se cortó bruscamente al ver al androide.

—Le pido disculpas por mi hijo —se excusó la mujer, turbada.

El androide forzó una sonrisa.

—No se preocupe, no tiene importancia.

—Sí, la tiene, y más siendo usted un amigo de su padre... Oh, le estoy haciendo permanecer de pie. Siéntese, por favor, y dígame el motivo de su visita.

El androide se sentó cuidadosamente en la silla más resistente.

—¿Conocía usted a mi padre? —dijo el chico—. Cuénteme cómo sucedió.

El niño se recostó sobre la mesa, pendiente de las palabras del visitante. Mae Boesman se había sentado frente al androide. Este se dio cuenta de que ella también quería saber la verdad; estaba demasiado interesada como para decirle al chico que se callara. Lo mejor era contárselo sin rodeos, en la medida de lo posible.

—Ya saben que hizo lo posible por pasar por un andy —le hizo un guiño

al chico, que bajó la vista—. Consiguió colarse en la oficina de empleos, y engañó tan bien a todo el mundo que logró embarcarse en una astronave. Naturalmente, los verdaderos androides se dieron cuenta pronto de que no era uno de ellos.

El androide rió al recordarlo. Al ver las expresiones de la mujer y el chico, se explicó:

—Bueno, era divertido, ver la forma en que se mataba para estar a la altura de ellos y lograr una buena jornada de trabajo. Y, por simpatía, los androides lo encubrieron mientras les fue posible. Pero tenía que suceder. El capataz lo descubrió y lo comunicó a la oficina central. La Compañía anuló el contrato y le amenazó con denunciarle por fraude si no devolvía el anticipo que le había mandado a usted.

Mae Boesman habló con un hilo de voz:

—No me enteré de eso.

—Es que nunca sucedió. Los androides hicieron una huelga. La Compañía cedió... y ordenaron al capataz que le apretara las clavijas a Dan.

Mae Boesman se llevó una mano ante la boca.

El androide sonrió.

—No era necesario apretarle las clavijas. Estaba cada vez más débil y delgado con las raciones para androide. Y allí se quedó, en el cinturón de asteroides entre Marte y Júpiter. Hijo, supongo que sabes de qué trabajo se trataba: juntar los asteroides en un montón, apelonarlos en una gran bola, hacer otro planeta semejante a la Tierra para nosotros, para el hombre, listo para ser colonizado aquí mismo, en el sistema solar. Y lo hicimos. Si miras al cielo a la hora adecuada, lo verás alzarse: Jumarte, la nueva estrella de la tarde.

Los ojos del niño eran como estrellas.

—Un trabajo peligroso, ¿eh?

—Ya puedes decirlo, Johnny. A medida que la masa aumentaba y se hacía más compacta, se incrementaba la gravedad, y el arrastre de partículas era cada vez más rápido y peligroso. Había unas pantallas correderas de protección, por supuesto; pero había que tener cuidado de no quedar atrapado entre los paneles. —La voz del androide se hizo grave—. Eso es lo que le

sucedió a tu papá, Johnny. No logró apartarse con la suficiente rapidez.

Mae Boesman se estremeció, dejando escapar un suspiro.

Se levantó y apoyó las manos sobre los hombros del niño, atrayéndolo hacia ella.

El androide sacudió la cabeza.

—Fue una auténtica desgracia. Quedó muy poco de él.

La mujer se llevó las manos a los oídos.

—¡Basta!

—Lo siento.

—No. Es terrible, pero me alegro de saber al fin lo que sucedió realmente. La Compañía nunca nos explicó nada. Todo tan frío, tan impersonal.

El androide rió.

—La Compañía. Oh, sí, ya conocemos a la Compañía. —El androide sacó de su bolsillo una tarjeta de crédito y se la tendió—. Tenga. Esto era de Dan. Esta es la razón de mi visita.

Los ojos de la mujer se abrieron como platos.

—¡Es mucho dinero! Pero cómo...

—No se preocupe por cómo conseguimos sacárselo a la Compañía. Ese dinero es legalmente suyo.

—No puedo creerlo. Ahora Johnny podrá...

El androide parecía embarazado.

—Y habrá más. El dinero del seguro.

—Pero la Compañía dijo...

—Lo sé. Que la situación de Dan era irregular. Pero nosotros estamos trabajando en eso. Y formamos un grupo fuerte.

—No sé qué decir.

El androide sonrió.

—En ese caso, no diga nada.

Ella se había quedado sin aliento.

—¿Puedo hacer algo por usted? —balbució—. Yo no sé lo que usted... Quiero decir, si hay algo que le gustaría...

—Nada, gracias. De todos modos, he de irme.

—¿De veras ha de irse? —Pero parecía aliviada.

—Sí, debo irme. Siempre hay otro gran trabajo que emprender, lejos de aquí. «Cosmetizar el cosmos», es nuestro lema.

—Bueno, si realmente ha de irse. Gracias por haber venido. Y por... todo.

—No hay de qué.

La mujer y el niño formaban una hermosa estampa en el marco de la puerta, pero el androide no se volvió a mirar atrás. Mi siquiera cuando los oyó susurrar.

—¿Cómo es que sabe mi nombre?

—Tu padre debió de hablar de nosotros, supongo.

—Oh.

Entró en el vibrador musical que sacudía placenteramente la carne de los androides, y luego se encaminó hacia el bar. Miró a su alrededor. Un espaciopuerto como todos los demás. Vio a sus amigos en un reservado y se unió a ellos.

—¿Qué tal, Dan, la visita a tu mujer y tu hijo?

Los otros androides dieron al que había hablado unas patadas de advertencia capaces de dejarle la espinilla plana. Pero Dan Boesman parecía no haber oído siquiera la pregunta. Se sentó y se sumió en, un trance de añoranza.

Miró a sus amigos con afecto. Ellos y los demás androides le habían salvado la vida, y habían hecho una colecta para comprarle los aparatos protésicos, las partes perdidas que hicieron de él uno de ellos. Apuró su bebida.

—Oh, estuvo muy bien. —Pidió otra copa y se inclinó hacia adelante—. Contadme, ¿qué habéis oído por las oficinas? ¿Adónde nos van a mandar?

Notas

[1] Entre los chilitas del Templo Bashon, cada Joven Puro seleccionaba para sí mismo un nombre que ejemplificaba sus esperanzas para el futuro. Gastel fue un heroico volador de otras épocas; Etwane un músico legendario. El nombre había provocado sorpresa e insatisfacción a Osso, padre espiritual de Etwane. <<

[2] Discriminador. En el idioma de Shant, *avistioi*; literalmente, Buen Discriminador. Los *avistioi* eran originalmente inspectores contratados por los Estetas de Garwiy, y sólo gradualmente asumieron las funciones de policía de Cantón. Etwane y Aun Sharah habían ampliado su radio de acción. <<

[3] Schiafarilla: un racimo de dos mil magníficas estrellas que iluminaban las noches estivales de Shant. Los mundos terrenales quedaban del otro lado de Schiafarilla. <<

[4] *Pacer*, una bestia descendiente de los bueyes llevados a Durdane por los primeros colonizadores. Los caballos importados en forma similar murieron por fiebre glandular o fueron muertos por los ahulphs. <<

[5] La construcción de la ciudad de vidrio llamada Garwiy fue controlada por la Sociedad Estética, que eventualmente se convirtió en una casta de nobleza hereditaria: los Estetas. <<

[6] Kreposkin, cartógrafo de los reinos del Viejo Caraz. <<

[7] Chumpa: gran animal indígena, similar a los casi bípedos ahulphs, pero menos inteligente y caracterizado por una inclinación a la ferocidad. <<

[8] Los ahulphs más desarrollados controlan cuatro distintos olores, que significan inclinación gregaria, hostilidad y dos variedades de excitación que son desconocidas para la especie humana. Las innumerables razas de ahulphs inferiores sólo manifiestan hostilidad y un olor atractivo. La mentalidad del ahulph semeja algunas veces a la inteligencia humana, pero esta similitud es equivocada y todos los intentos de tratar con los ahulphs sobre bases de racionalidad humana terminan en la frustración. El ahulph, por ejemplo, no puede comprender el trabajo para otro, por muy cuidadosamente que el asunto le sea explicado. <<

[9] *Aersk*: intraducible. Aproximadamente un hombre noble y valiente de las zonas altas, cuyas primeras necesidades son el espacio, la luz solar y las tormentas. (N. del A.). <<